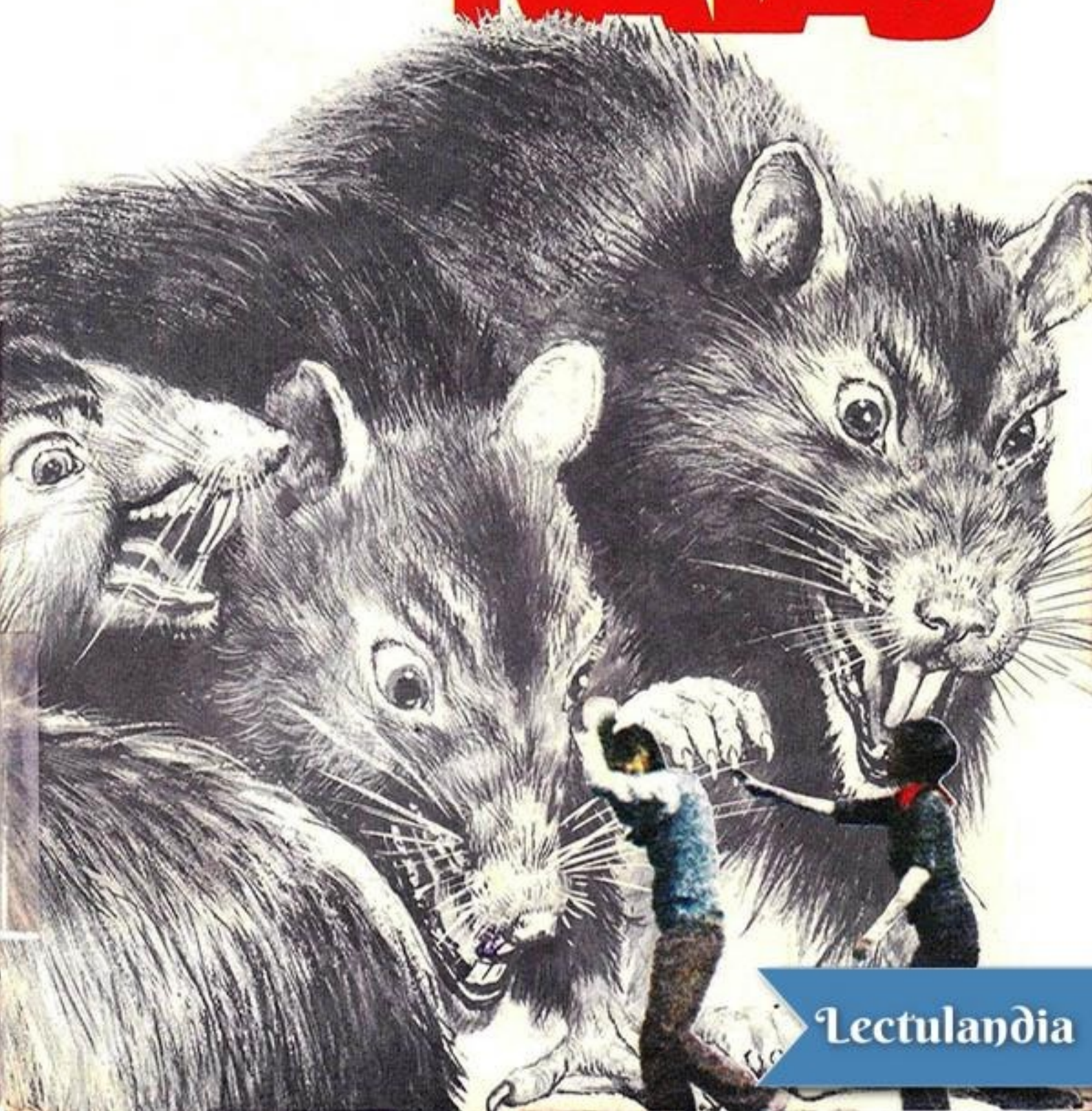


James Herbert La
INVASION
de las **RATAS**



Lectulandia

Este apasionante relato en el que se mezclan la novela de ciencia-ficción y el horror, gravita en torno a un tema insólito: las ratas. Los roedores, por una extraña mutación, se han convertido en seres monstruosos y gigantescos que se alimentan de carne humana, invaden la ciudad de Londres y van devorando a sus habitantes. El pánico se apodera de la ciudad al tiempo que los ataques de esos animales se vuelven cada vez más audaces: una estación de metro, un colegio, un cine. Es tal el terror que infunde la terrible plaga que se acude a toda clase de medidas. Mientras, los ciudadanos mueren uno tras otro...

Éste es el clima alucinante y sugestivo en el que se mueve la acción de la novela. En ella los episodios de terror se alternan hábilmente con el análisis psicológico de los personajes y con la historia de algunos de ellos, un homosexual, una prostituta, etc. Todo lo cual hace que se mantenga desde el principio al fin un ritmo de progresiva tensión que logra captar totalmente la atención del lector.

Lectulandia

James Herbert

La invasión de las ratas

ePub r1.0

Titivillus 29.07.17

Título original: *The rats*
James Herbert, 1975
Traducción: Miguel Torres

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

El viejo caserón estaba vacío desde hacía más de un año. Se mantenía erguido, solitario e indistinto al lado del canal abandonado, lejos de la carretera, apantallada por una vegetación que se había hecho salvaje. Nadie iba allí, ni tampoco nadie se interesaba mucho por el lugar. Unas cuantas ventanas fueron hechas añicos por los niños de la vecindad, pero incluso ellos se desentendieron cuando solamente el silencio contestaba al ruido de los cristales rotos. De hecho, el único acontecimiento que despertó interés por la casa fue que se llevaran a la vieja.

Se sabía que había quedado sola desde la muerte de su marido y que nunca salía; pero a veces se la veía mirando tras las cortinas de encaje. No separaba nunca las cortinas, se limitaba a mirar ea su través, y si alguien se hubiese interesado lo bastante para vigilarla sólo habría visto una forma difusa y espectral. Le llevaban cada semana los comestibles del colmado y los en la puerta trasera. En el paquete había también leche en polvo. El hombre del colmado decía que el banco de la vieja pagaba las facturas regularmente cada trimestre, sin ninguna queja sobre el contenido de las entregas. Esto le convenía. Al principio le dieron una lista para un pedido normal, pero si se olvidaba de poner de vez en cuando una libra de mantequilla o dos libras de azúcar nadie se enteraba, nadie se quejaba.

Sin embargo, estaba intrigado. Solía verla de vez en vez cuando su marido todavía vivía, pero tampoco entonces hablaba mucho. Ella y su viejo formaban una pareja de pájaros extraños. No salían nunca, ni les acompañaba nadie. Pero gozaban de una buena situación porque habían vivido algunos; años en el extranjero, y después de su vuelta no parecía que el marido hubiese trabajado nunca. Luego el viejo murió. El del colmado no estaba seguro, pero falleció tras recaer en alguna enfermedad tropical que cogió en el extranjero. Después dejó de verse a la vieja, aunque el tendero pudo oírla alguna vez. No era mucho, solamente el ruido de sillas o de una puerta cerrándose. En una ocasión la oyó gritar a alguien, pero nunca supo a quién.

La gente empezó a preguntarse qué hacía. Algunos oyeron una noche lamentos procedentes de la casa. Luego risas. Finalmente un silencio absoluto que duró más de un mes.

Cuando el tendero encontró el paquete de la semana anterior todavía sobre los peldaños de la puerta, se decidió de mala gana a informar del caso a la policía. De mala gana, porque temía lo peor, y le disgustaba que llegara a su fin aquel pedido ordenado y regular.

De todos modos, la mujer no había muerto. Se envió a un policía a investigar; luego llegó una ambulancia y se la llevó. No había muerto, simplemente se había vuelto loca. Por lo que al tendero respecta, igual le daba que hubiese muerto, porque su pequeño número también se acabó. Era demasiado bueno para durar.

Por lo tanto la casa quedó vacía. Nadie llegaba allí, nadie salía, nadie realmente se

interesaba. Al cabo de un año apenas podía verse desde la carretera. La maleza era alta, los arbustos espesos y los árboles ocultaban el piso de arriba. La gente, al final, casi no notaba su existencia.

CAPÍTULO 1

Henry Guilfoyle, con la ayuda del alcohol, se iba acercando lentamente a su muerte. Empezó seis años atrás, cuando tenía cuarenta de edad. Era un activo representante de un fabricante de papel del Midland y estaban a punto de ascenderle al director de zona. Por desgracia se había enamorado tarde en la vida. Y, por si fuera poco, se había enamorado de uno de sus ayudantes más jóvenes. Estuvo cinco semanas entrenando al joven Francis, llevándoselo en sus viajes de negocios por toda la región. Al principio no estaba seguro de que el muchacho compartiera sus inclinaciones, pero, a medida que lo iba conociendo, la timidez y la tranquila soledad de su protegido parecieron disolver lentamente el increíble abismo que solía separarle siempre de los demás hombres.

Nunca supo qué había impulsado a Francis a convertirse en un representante comercial. No era el tipo adecuado. Guilfoyle podía imponerse en medio de cualquier grupo de hombres. Podía actuar como el viajante típico y farolero: los chistes verdes, el guiño astuto, el golpe en la espalda; el profesionalismo de su oficio ocultaba cualquier deficiencia de su masculinidad. Era un buen actor.

Francis era distinto. Parecía como si la sombra de su homosexualidad amortiguara su impulso natural, como si el sentimiento de culpabilidad afectara sus gestos. Pero quería afirmarse a sí mismo, ser aceptado, y había escogido una carrera que le permitiría olvidar su propia personalidad reflejando la de los demás.

En la tercera semana pernoctaron en un pequeño hotel de Bradford. Sólo había disponibles habitaciones dobles, y por lo tanto compartieron una habitación con camas separadas. Estuvieron bebiendo gran parte de la tarde con un cliente, después del almuerzo, y lo llevaron al típico local de *strip-tease*. Guilfoyle había estudiado a Francis en aquel sótano a oscuras, que se llamaba club porque disponía de un bar y de una cuota de socio.

El muchacho miraba a las chicas, eso era cierto, pero sin la mirada exagerada de lujuria que aparecía en el rostro de su cliente —y, como es lógico, en el suyo también—. Cuando la última pieza de ropa con lentejuelas que llevaba la chica voló por los aires, golpeó el muslo del muchacho bajo la mesa con una artera cordialidad, dejando que su mano reposara allí sólo un momento, pero lo suficiente para que sus ojos se cruzaran. Y entonces comprendió: fue el momento sublime en que lo supo de veras.

A partir de la primera semana tuvo ya algunos signos. Pequeñas pruebas urdidas por Guilfoyle. Nada atrevido, nada que pudiese causar la más mínima turbación si era contestado negativamente. Pero no se había equivocado. Captó una sonrisa en los ojos del muchacho, libre de sorpresa, incluso de aprensión, y ciertamente libre de miedo.

El resto de la velada pasó como en un trance. Su corazón latía violentamente cada vez que miraba al muchacho. Pero continuó actuando magníficamente. Aquel cliente vulgar y feo —sí, definitivamente feo— no sospechó en ningún momento. Eran

hombres, en un mundo de hombres, mirando maliciosamente a unas mujeres deformes, de grandes pechos. El muchacho no estaba desde luego muy maduro, pero le había enseñado cómo había que actuar cuando estuviera delante de unos muslos desnudos y unas tetas carnudas. Guilfoyle apuró su vaso de whisky, echó la cabeza atrás y se puso a reír.

Cuando volvieron al hotel —el hotel que Guilfoyle había escogido por razones especiales—, el muchacho se sintió mal. No estaba acostumbrado a beber y Guilfoyle le había colmado de whisky toda la tarde. Ahora empezaba a lamentarlo. Quizá había exagerado. Francis había vomitado en el taxi, cuando volvían del club al hotel, y luego en su habitación, en el lavabo. Guilfoyle hizo traer café solo e introdujo tres tazas dentro del muchacho semiconsciente. La chaqueta y la camisa del muchacho estaban hechas un asco, y Guilfoyle se ocupó tiernamente de ellas y lavó las manchas peores con agua caliente.

Entonces Francis se puso a llorar.

Estaba sentado en su cama, con la cabeza entre las manos y los pálidos hombros estremeciéndose convulsivamente. Un rizo de pelo caía sobre sus dedos delgados y finos. Guilfoyle se sentó a su lado y pasó el brazo sobre los hombros del muchacho, que recostó la cabeza sobre el pecho de Guilfoyle, y luego lo estrechó entre sus brazos.

Estuvieron así largo rato, el hombre mayor balanceando al más joven como si fuera un niño de cinco años, hasta que los sollozos se redujeron a un quejido ocasional.

Guilfoyle desnudó lentamente a Francis y lo puso en la cama. Lo estuvo contemplando un rato y luego se desnudó también. Se tendió al lado del muchacho y cerró los ojos. Guilfoyle no olvidaría nunca aquella noche. Hicieron el amor y el muchacho le sorprendió. No era el chico inocente que aparentaba. Y, sin embargo, Guilfoyle se había enamorado de él. Sabía los peligros de tal situación. Había oído historias acerca de hombres de mediana edad y chicos jóvenes. Sabía hasta qué punto eran vulnerables. Pero era feliz. Por primera vez se sentía limpio tras hacer el amor con otro hombre. Se había evaporado el sentimiento de culpa, había desaparecido el sentimiento de autodesprecio, de repugnancia. Se sintió libre, y vivo, más vivo que nunca.

Volvieron a su empresa tras recoger un buen pedido del cliente de Bradford, y todo fue bien durante un tiempo.

Guilfoyle confiaba en ascender a director de zona en pocas semanas, conseguía grandes pedidos y se veía con Francis cada día y casi cada noche.

Luego las cosas empezaron a cambiar. Primero lentamente. Parecía que los chicos más jóvenes le empezaban a faltar al respeto. No era grave, sólo algunas réplicas descaradas. Sus colegas mayores parecía como si no tuviesen ya mucho que contarle. No es exactamente que le evitaran, pero en presencia suya la conversación seguía siempre un curso ligeramente tenso. Supuso que, ante la inminencia de su

nombramiento como director, los demás no sabían realmente qué actitud adoptar.

Pero luego atrapó a una de las mecanógrafas sonriendo con otra, a sus espaldas. La vieja señorita Robson, la solterona de la oficina, ni le dirigía la palabra.

Finalmente llegó el día fatal. Acababa de almorzar. Regresaba del restaurante local donde tenía reservada siempre una mesa cuando estaba en la ciudad y entró en el lavabo de los ejecutivos. Se metió en el wáter, se bajó los pantalones, se sentó y empezó a rumiar un nuevo negocio que estaba perfilando para cuando fuera director de zona.

Luego sus ojos se posaron en la puerta. Quedó helado. Estaba cubierta de inscripciones. Y todas se referían a él. Era evidente que tras la primera inscripción aquello se había convertido en un juego, porque cada una tenía su puntuación. Los toscos dibujos eran todos de él —eso supuso— y de Francis, sin duda alguna de Francis, a causa del largo pelo que le caía sobre la frente y del flaco rostro. Los dibujos ridiculizaban su amor. Asquerosos dibujos.

Le subió la sangre a la cabeza, sus ojos se llenaron de lágrimas. ¿Con qué derecho? ¿Cómo podían destruir de aquel modo su valioso amor? Pequeños cerebros sucios, que acudían allí y rascaban la puerta riendo maliciosamente.

Estuvo sentado media hora, llorando en silencio. Finalmente comprendió lo ridículo y patético de su aspecto: un hombre de media edad enamorado de un chico joven, sentado en un wáter, con los pantalones sobre los muslos, llorando ante palabras y dibujos de quienes no sabían nada de su vida.

Volvió a casa —no podía ya enfrentarse con la oficina y las risitas de sus presuntos amigos—. Apuró una botella de whisky.

Éste fue el inicio de su hundimiento. Volvió al día siguiente al trabajo, pero ya la cosa era diferente. Lo sabía. En cada respuesta intuía una pulla.

Volvió de nuevo a casa a la hora de comer, y compró una nueva botella de escocés por el camino.

Al cabo de dos semanas empezó a dominarse algo, pero de repente Francis se fue. No dijo adiós, se limitó a dejar una nota breve diciendo que lo sentía pero que no podía resistir la persecución de que le hacían objeto sus compañeros de trabajo.

Fue a casa del muchacho, pero una escena histérica con la madre le hizo comprender que todo había terminado. Se convenció de ello cuando le amenazó con denunciarle. Francis era muy joven.

Después su descenso fue rápido. Perdió la oportunidad de ascender, y nunca supo del todo si se debió a su reputación o al hecho de que en raras ocasiones estuviera ya sereno. Probablemente a las dos cosas.

Dimitió y se trasladó a Londres, para perderse en el cenagal de tantas, innumerables, personas desilusionadas. Así, durante seis años no había trabajado mucho, pero había bebido sin interrupción hasta que su dinero se acabó. Le habían echado fuera de su alojamiento tantas veces que ya no podía recordarlas. De vez en cuando hacía trabajos eventuales en los mercados, principalmente en Spitalfields,

empujando carretillas, cargando camiones. Con los pocos peniques que ganaba de este modo compraba alcohol barato. Dormía al aire. En ocasiones pudo satisfacer sus necesidades sexuales en viejos y polvorientos cines, sentado al lado de hombres de su tipo. Sólo en dos ocasiones le amenazaron; una en voz muy baja, pero amenazadora, la otra con muchos gritos, y volar de puños en el aire, y con todos los ojos del cine convergiendo en su vergüenza.

Pero ahora iba demasiado desastrado incluso para esto. Sus ropas hedían, su cuerpo olía a la mugre recogida en el mercado y en los cobertizos donde dormía. Cualquier deseo que le quedara en el cuerpo había sido quemado por el mejunje alcohólico de bajo precio que bebía.

Lo único que le preocupaba ahora era ahorrar sus míseras ganancias para comprar algo más de olvido.

Guilfoyle había trabajado duro aquella semana. Había dominado su deseo de bebida para poder comprar el sábado una botella entera de ginebra barata. No sabía cómo había conseguido sobrevivir, pero de algún modo lo había logrado, con la imagen de una botella llena de ginebra continuamente presente en su cabeza. Ahora, mientras se arrastraba por las oscuras callejuelas de los muelles, bebió hasta que la cabeza empezó a darle vueltas y sus pasos se hicieron cada vez más inseguros.

Escaló la ventana ruinosa de una casa que el equipo de limpieza de suburbios no había derribado todavía. Se abrió camino, tropezando con los cascotes, hacia la parte trasera de la casa, para estar apartado de cualquier linterna que pudiese dirigir allí algún policía sin mucho trabajo.

Se sentó en un rincón de lo que seguramente había sido una cocina. Antes de vaciar del todo la botella se hundió en un sopor alcohólico.

Horas después, Guilfoyle se despertó sobresaltado. Su mente ofuscada había registrado algo, pero no sabía qué. Apuró el resto de ginebra antes de sentir el dolor agudo en su mano izquierda. Cuando se llevó la mano a la boca oyó que algo se alejaba. Tiró la botella hacia aquel sonido al percibir el gusto de sangre en el dorso de la mano. Ésta empezó a pulsar y el sabor de su propia sangre le hizo vomitar.

Rodó hacia un lado mientras la ginebra salía a golpes de su interior, y quedó postrado entre espasmos de su cuerpo.

De pronto sintió de nuevo el dolor en la mano izquierda. Gritó al darse cuenta que algo le estaba royendo los tendones. Intentó incorporarse, pero sólo consiguió tropezar y caer pesadamente, hiriéndose en la mejilla.

Cuando levantó de nuevo la mano hacia su cara, sintió que colgaba de ella algo caliente. Algo pesado.

Intentó quitárselo de encima, pero aquello había conseguido asirse firmemente. Agarró el cuerpo con la otra mano y tocó un pelo hirsuto. A pesar del terror, comprendió que aquello que le atenazaba monstruosamente era una rata. Pero una rata grande. Muy grande. Hubiese podido confundirse con un perrito, pero no gruñía, no disponía de largas piernas para dar patadas contra su cuerpo. Sólo tenía unas

garras afiladas como cuchillas que golpeaban frenéticamente el antebrazo.

Intentó ponerse nuevamente en pie, pero sintió otro dolor en la pierna. Gritó de nuevo.

Aquel dolor cegador parecía que subía por su pierna hasta los mismos testículos. Más dientes se clavaron en sus muslos.

Cuando se incorporó sintió que unos pies pequeños corrían a lo largo de su cuerpo. Llegó a percibir realmente un aliento cálido y fétido al agacharse para ver qué cosa podía escalar un cuerpo humano con tal rapidez. Unos grandes dientes que apuntaban a su cuello se hundieron en la mejilla y arrancaron un gran colgajo.

La sangre manaba ya de su cuerpo tambaleante. Pensó incluso que había dado con la puerta, pero algo pesado saltó hasta su espalda y le arrojó de nuevo al suelo.

«¡Ratas! —«la palabra salió como un chillido de su mente—. ¡Las ratas se me están comiendo vivo! Dios mío, ayúdame».

Le arrancaron un pedazo de carne de la espalda. Ya no podía levantarse porque se lo impedía el simple peso de aquellos bichos peludos, que se alimentaban, entre contorsiones, de su cuerpo, que bebían sangre.

Unos estremecimientos le recorrieron la columna vertebral y llegaron al conmocionado cerebro. Las débiles sombras parecieron flotar ante él, luego se corrió ante su visión un velo rojo. Era el rojo de un dolor increíble. Ya no podía ver: las ratas se le habían comido los ojos.

Luego ya no sintió nada, sólo una dulzura que se esparcía por todo su cuerpo. Murió sin pensamientos en su mente, sin pensar ni en su amado, casi olvidado, Francis. Sólo dulzura, no era ni dolor. Estaba más allá del dolor.

Las ratas se habían saciado de su cuerpo, pero todavía estaban hambrientas. Buscaron más alimento del mismo tipo.

Acababan de probar por primera vez sangre humana.

CAPÍTULO 2

«Otra vez aquí», pensó Harris, mientras emprendía dificultosamente el camino polvoriento de St. Michaels.

«Otra maldita semana enseñando a los chavales. Enseñando arte a unos hijos de su madre cuyas supremas creaciones están en las paredes de los lavabos. ¡Dios mío!».

Se sentía igual cada lunes. Las tres primeras clases de la mañana eran las peores. A la hora del almuerzo sus sentimientos hacia los alumnos se dulcificaban gradualmente; había una o dos perlas entre aquel atajo de piojosos. Thomas tenía algo en la cabeza. Barney tenía talento. Y Keogh... bueno, Keogh era listo. No sería nunca un banquero o un contable, pero en definitiva haría dinero. Dinero quizá no muy limpio, pero sabría cuidarse.

Harris se preguntaba qué cualidad hacía destacar a un chico entre los demás. Keogh, en realidad, no era un chico listo según las normas académicas. Pero a sus catorce años tenía aquella confianza de pillo que le hacía distinto del resto. Quizá una educación dura. Pero, de ser' así, también la mayoría de los alumnos vivía duramente en sus casas. No podía esperarse otra cosa en una zona portuaria, donde los padres trabajaban en las fábricas o en los mismos muelles, y la mayoría de las madres también trabajaban, de modo que al regresar a casa los chicos se encontraban con un hogar vacío. Después, cuando los padres llegaban no disponían de tiempo para ellos. Sin embargo, en su época, las cosas eran bastante peores. Hoy en día los descargadores ganaban buenos sueldos, y lo propio sucedía con los obreros de la industria. Sueldos muy superiores a lo que él ganaba enseñando. En la actualidad, la separación más importante entre la clase obrera y la clase media radicaba en el acento.

Él procedía de la misma zona; el East End no tenía misterios para él. Recordaba que en cierta ocasión, en la escuela de arte, al explicarles a sus compañeros dónde vivía, una de las chicas exclamó: «¡Qué pintoresco!». Pintoresco. Sí, también podía describirse así. A sus treinta y dos años había regresado y se había puesto a enseñar a unas pequeñas copias de él mismo. Al principio, los hijos de su madre intentaron hacerle la vida difícil, porque para ellos el arte era como la hora de recreo, y, además, quien lo enseñara ya era de por sí sospechoso. Pero supo responderles. Se impuso con tanta dureza que en su presencia no se atrevían ni a cuchichear. Había que separar a los cabecillas, ése era el truco; ponerles dificultades, destacarlos.

No era preciso utilizar exactamente su lenguaje, pero se podía utilizar su estilo. Un buen tortazo de vez en cuando obraba maravillas. Como era joven, tenía que demostrarles que también podía ser duro de pelar. Realmente, resultaba patético. Muchas veces tenía que reprimir una sonrisa cuando los pequeños tunantes trataban de hacerle apartar la mirada. Finalmente, empezó a ganarse su respeto; pudo reblandecerse algo, pero no mucho —se habrían aprovechado en seguida—, sólo lo suficiente para que se soltaran algo.

Keogh era el único enigma. Sabía que el muchacho era accesible —ambos lo sabían—, pero Keogh podía reírse de él silenciosamente en el momento justo de alcanzar un punto de comprensión mutua, y de este modo acababa ganando.

Harris se preguntaba si valía la pena. Podía escoger otras escuelas, pero deseaba ayudar a los suyos. No, no era tan noble: se trataba de su territorio. Aquí estaba en su elemento. También el sueldo en las zonas «menos privilegiadas» era más alto. Y, además, Barney parecía prometer. Quizá si hablaba con los padres del chico le dejarían asistir a una escuela de arte...

Sus pensamientos quedaron en suspenso cuando oyó la campana de la escuela. Al llegar a la entrada sintió a sus espaldas el ruido de pasos precipitados.

Pasaron disparadas por su lado dos chicas, riendo sofocadamente, ambas en minifalda, ambas con pechos bamboleantes, ambas de unos catorce años.

—En todo caso el bollo no está mal —dijo Harris sonriendo para sí.

Había dado ya media clase cuando entró Keogh. Llevaba su uniforme habitual: camisa a cuadros de manga corta, unos tirantes sosteniendo a media altura los pantalones y mostrando en toda su longitud las pesadas botas.

—Buenos días, Keogh —dijo Harris.

—Buenos días —contestó con arrogancia.

—Has sido muy amable en venir.

Silencio.

—Bien, ¿qué historia nos traes hoy? —preguntó Harris—. ¿Dificultades con la espalda? ¿No podías enderezarla?

Un par de disimuladas risitas por parte de las chicas hicieron que Harris lamentara inmediatamente su sarcasmo. Por ese camino no conseguiría romper la reserva de Keogh.

Continuaba el silencio.

«Vaya por Dios —pensó Harris—, hoy no está de humor. En mis tiempos los chavales se asustaban si notaban que el profesor estaba de mal humor. Ahora, en cambio, me veo aquí procurando no molestarle demasiado».

Entonces se fijó en la mano del chico. Tenía atado sobre ella un sucio pañuelo, pero la sangre lo traspasaba.

—¿Te has peleado? —preguntó Harris sin dureza.

—No.

—¿Qué ha sido entonces? —con más dureza.

—Me mordieron —contestó Keogh de mala gana.

—¿Qué te mordió?

Keogh se miró la punta de los pies tratando de ocultar el sonrojo que se le transparentaba por el rostro.

—Una maldita rata —dijo.

CAPÍTULO 3

Karen Blakely gritaba excitadamente mientras el perro le lamía con alegría la punta de la nariz. Tenía solamente un año de edad, y le fascinaba aquel ser vibrante de cuatro patas que no se cansaba nunca de jugar con ella, excepto a la hora en que esperaba su comida. Le agarró la cola con manecitas regordetas y estiró con todas sus diminutas fuerzas.

Aquella especie de perro callejero dio un gañido de evidente satisfacción, saltó hasta quedar de nuevo de cara a la niña y le repasó el rostro con su lengua húmeda, provocando nuevas risas y gritos.

—¡*Shane*! —increpó la madre de Karen al excitado perro mientras entraba en la habitación—. ¿Cuántas veces debo decirte que no has de lamer a la niña?

El perro se quedó mirando tímidamente a la madre de Karen, con la lengua fuera y jadeando de emoción. Cuando vio que llenaban en el fregadero su tazón de agua corrió hacia allí y empezó a beber furiosamente.

—Bueno, Karen, vamos a tomar ahora una buena taza de té y luego saldremos de compras —dijo Paula Blakely sonriendo a su hija, que estaba ya dando tirones a una pata del perro.

El perro y la niña habían llegado casi al mismo tiempo: Karen prematuramente y *Shane* como un regalo del marido de Paula, Mike. Se suponía que la tendría entretenida mientras esperaba el nacimiento de su primer hijo, pero aquel mismo día empezó a sentir los dolores y fue llevada urgentemente al hospital. El bebé necesitó doce horas para salir, y los dolores sufridos fueron suficientes para que no deseara tener ninguno más. Pero intuía que amaba más a aquella criatura que al mismo Mike. Quizá porque era lo único que de veras le pertenecía. O quizá no era exactamente eso. Más bien porque Karen era algo que ella había producido, que ella había introducido en el mundo.

Paula sonrió contemplando la alegría del bebé. Quizá simplemente la quería porque se hacía querer tanto. Paula y Mike no habían deseado tener a Karen tan pronto; en realidad era un lujo que no podían permitirse. Tuvieron suerte al dar tan rápidamente con una casa, por destartalada que fuera. La zona no era adecuada, tan próxima a los muelles, pero por otra parte habían vivido casi toda su vida en Poplar, y aquello no importaba mucho. En definitiva no se trataba de un suburbio. Paula se ocupaba personalmente de que no fuera así. Otras casas de la calle quizá no recibían suficiente atención por parte de sus ocupantes, pero la suya era impecable. Pasado algún tiempo, cuando tuviesen ahorrado dinero suficiente, se trasladarían a Barking o a Ilford, sin alejarse demasiado del garaje donde trabajaba Mike, para que éste no tuviese que dejar un empleo tan bueno; a una zona de más clase, donde no fuese necesario tener un perro o un gato solamente para contener a las ratas.

El pitido de la tetera empezó a hacerse audible, interrumpiendo sus sueños. Apagó el gas y abrió el armario para sacar el té. Musitó una maldición cuando vio la

lata vacía. Mike tomaba café por las mañanas, pero a ella no le había gustado nunca aquel sabor ligeramente amargo. Desde niña se había criado con tazas de té; la tetera de su casa raramente se enfriaba.

Miró unos segundos a Karen. No pasaría nada si se ausentaba un momento para pedir un poco de té en la puerta de al lado. La niña estaba absorbida con *Shane*, ocupado en engullir la comida de su tazón. No tardaría mucho y no le podía pasar nada grave a la niña en los pocos segundos que emplearía en conseguir el té.

Cogió una taza del armario y se alejó silenciosamente de la habitación, dejando la puerta abierta y confiando que Karen ni se daría cuenta de su ausencia.

El bebé contemplaba risueño al perrito que engullía su comida. Probó incluso un poco de ella en la punta del dedo, pero la escupió al descubrir que no era de su agrado.

De repente el perro se inmovilizó. Los pelos de su lomo se erizaron. Lanzó un ladrido contra algo que se movía por la entrada. La puerta del sótano, que se encontraba en la sala, al lado de la puerta de la cocina, estaba ligeramente entreabierta, y una forma negra se escurrió por ella.

Shane saltó sobre aquello, lo cogió por el cuello y lo sacudió vigorosamente. Un chillido agudo se escapó de la rata. Inmediatamente, otra rata hizo su aparición y saltó sobre el cuello del perro, hundiéndose en él, profundamente, unos incisivos afilados como cuchillas. El perro, enfurecido, dio una vuelta sobre sí para quitársela de encima, pero sin dejar su presa sobre la primera rata. Luego otra rata saltó sobre el lomo del perro; agarrándose con sus pies como garras, lo mordió fuertemente y le arrancó trozos de piel. *Shane* aulló de dolor y de sorpresa al ver que la habitación se inundaba de bichos negros.

La niñita rompió a llorar horrorizada cuando vio a su querido compañero de juego herido por aquellos bichos hediondos.

Entraron más ratas en la pequeña cocina, pero éstas eran distintas. Eran animales de mayor tamaño que se movían con precaución e ignoraban la lucha violenta con el perro. Vieron el bebé que lloraba, el tazón con la comida del perro a su lado. Se deslizaron hacia allí, olfateando el aire a medida que avanzaban. La comida desapareció rápidamente. Luego se volvieron hacia la diminuta figura.

El perro, moribundo, pareció intuir el peligro que corría la niña y saltó lejos de sus atacantes, con tres roedores agarrados todavía a su cuerpo. Se precipitó contra una gran rata que estaba mordiendo ya una pierna de la niña. *Shane* lanzó al monstruo hacia lo alto con sus últimas fuerzas y dio la vuelta para enfrentarse con los demás. El perrito duró unos segundos más, luchando con frenética desesperación, y luego su cuerpo fue despedazado bajo una masa negra y ondulante. Cuando Paula Blakely entró corriendo en la habitación lanzó un grito de terror y de puro pánico. La escena no llegó a formarse en su mente. Sólo vio una habitación donde pululaban formas bestiales, cubiertas de pelo, desgarrando algo sanguinolento. Y luego una pequeña forma blanca. Una manecita temblando sobre la negra masa.

—¡Karen! —gritó.

Corrió dentro de la habitación, dando patadas, gritando: el pánico ciego le dio la fuerza y la rapidez necesarias. Agarró el brazo y tiró de él. El cuerpecito lo siguió, pero con dos monstruos agarrados de él. Paula los golpeó mientras iba hacia la puerta y sus propias piernas se cubrían de sangre por las dentelladas que recibía. Las dos ratas cayeron, no a consecuencia de los golpes, sino al ceder y separarse del cuerpo la tierna carne de la niña.

Paula salió corriendo de la casa con su hija muerta, gritando y apretando el cuerpo sangriento contra su pecho.

Las ratas acabaron de comerse el perro y luego se escurrieron hacia el sótano, rompiendo las mayores la marcha.

CAPÍTULO 4

Harris llevó a Keogh al London Hospital para que le curaran la mano. Quería aprovechar una ocasión de este tipo para que sus relaciones con el alumno se hiciesen más amistosas. Disponía de una clase libre en la hora siguiente y decidió llevar al chico él mismo. Mientras se dirigían al hospital, la tensión con el profesor parecía ya haber disminuido. Una vez allí, les hicieron esperar en la activa sección de accidentes.

—Bueno, Keogh, ¿cómo sucedió? —preguntó Harris.

—Me había retrasado y tomé el atajo del canal —contestó Keogh.

—Sí, lo conozco —dijo Harris.

El muchacho enarcó las cejas, pero continuó:

—Sucedíó bajo el puente, ya sabe, donde está la vieja casa del guarda de la esclusa. Había un gato muerto y, imagínese, dos ratas lo estaban arrastrando. Jolines, tenía que ver su tamaño, señor Harris. Parecían tan grandes como el mismo gato. Y, por otra parte, no se lo comían, solamente lo arrastraban. Por lo tanto, les largué un ladrillo. —Hizo una pausa, contemplando su pañuelo manchado de sangre—. Bueno, en lugar de huir se limitaron a girarse y mirarme. Había dado a una de ellas, pero no pareció afectarla. Entonces, joder, vinieron a por mí. Yo, claro, me eché a correr. Pero una de ellas pudo darme antes un mordisco en la mano. La eché al canal de una patada, salté el muro y corrí. Pero lo más extraño fue que cuando miré hacia atrás vi a la otra rata sentada en lo alto del muro, estudiándome. Había corrido, persiguiéndome, hasta allí arriba. De todos modos no me quedé merodeando, me esfumé.

Harris sonrió al pensar en ratas grandes como gatos. Probablemente se trataba de un gatito y la mente ágil de Keogh se encargó del resto. El muro del canal era alto, lo recordaba de cuando era chico, e incluso a Keogh le habría costado escalarlo. ¿Y a una rata? Sabía que algunas podían escalar, algunas especies eran arbóreas, pero ¿podían escalar un muro de ladrillo de dos metros de alto? La cosa no era fácil.

Precisamente en aquel momento todas las miradas en la sección de accidentes convergieron hacia una mujer histérica, abrazada a un paquete sangriento, que era llevada casi en brazos por dos hombres de la ambulancia. Una enfermera corrió hacia ella y trató de hacerse cargo de la pequeña forma, pero ella la mantenía apretada con fiereza, mientras los sollozos sacudían todo su cuerpo.

Fue entonces cuando Harris comprendió lo que traía. Era un bebé. El aspecto de su cuerpo empapado en sangre demostraba que no podía estar vivo ya. «Pobrecillo», pensó Harris. Llegó un doctor y trató de calmar a la desesperada madre, hablándole en voz baja y serena, sin intentar quitarle su carga. Luego la cogió del brazo, hizo lo propio la enfermera por el otro lado, y se la llevaron.

En la sala todos estaban impresionados por el drama. Hubo unos segundos de silencio y luego todos rompieron a hablar al mismo tiempo, aunque con voces

contenidas. Harris se volvió hacia Keogh, cuyo rostro aparecía intensamente pálido y las rodillas le temblaban visiblemente.

«No eres tan duro como aparentas», pensó Harris, pero sin decir nada al muchacho.

Pasó un rato antes de que entraran a ver al doctor; un doctor muy joven, mucho más joven que Harris. «Cuando los médicos y los policías parecen muchachos, *seguro* que la vejez se está insinuando», reflexionó Harris.

—Vamos a echar un vistazo —dijo el médico, desatando el vendaje improvisado de la mano de Keogh—. Malo —dijo al examinar las grandes marcas dejadas por los dientes—. ¿Quién lo hizo?

—Una rata —respondió Harris por Keogh.

—¿Más ratas? —El médico empezó a limpiar la herida, haciendo retroceder involuntariamente a Keogh.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Harris.

—Oh, me refiero a la mujer que trajeron hace poco. Su hija fue atacada por unas ratas. Quedó en un estado terrible. —El médico aplicó un ungüento sobre la herida y empezó a vendar la mano—. Desde luego estaba muerta, no tenía solución. La mujer está conmocionada. Se considera culpable de todo. Hemos tenido que internarla para curar sus propias heridas.

Durante unos momentos, Harris se sintió incapaz de hablar. Cuando a los chavales les pasaba algo malo se sentía afectado de igual manera; había presenciado demasiados casos de malos tratos para poder sentirse indiferente ante sus sufrimientos. Dijo:

—Sin embargo, no creo que sea normal que una rata ataque a un ser humano, ¿no es cierto? Quiero decir que no ignoro que pueden atacar a niños muy pequeños, y que incluso han acorralado a personas adultas, pero este caso es distinto. Cuando persiguieron a este chico podían haber huido, pero prefirieron no hacerlo. Al contrario, le atacaron.

—Sí, ya veo —dijo el médico, cogiendo una jeringuilla de una bandeja—. Un pequeño pinchazo y ya estarás listo —dijo sonriendo a Keogh—. Pero según han dicho los hombres de la ambulancia, mataron al perro de la familia para poder llegar hasta la criatura. Según los vecinos que fueron allí, el animal estaba hecho pedazos. Pero no quedaba ni rastro de ellas, solamente unos cuerpos medio comidos, seguramente muertos por el perro y roídos por sus compinches caníbales. La puerta del sótano estaba medio abierta, pero nadie se aventuró a entrar. Supongo que será tarea de la policía.

Dejó la jeringuilla en la bandeja.

—Ya está. Vuelve mañana y veremos cómo vas, ¿de acuerdo? —Luego se dirigió a Harris—: Todo resulta muy extraño. Hemos tenido siempre unos pocos casos de mordeduras por ratas, incluso enfermedades causadas por ellas, es algo propio de la zona, pero nunca lo de ahora. Realmente increíble. Confiemos que se trate solamente

de incidentes aislados, sin más.

Cuando salían del hospital, Harris notó que Keogh todavía temblaba.

—¿Qué sucede? ¿Qué es lo que te ha impresionado? —preguntó dulcemente.

—No, no es nada. Lo único que no me encuentro muy bien, eso es todo. —Keogh se secó el sudor de la frente con la mano sana.

«¿Ganas de hacer novillos?», se preguntó Harris. No, parecía algo pálido, y el sudor de la frente no era inventado. Quizá se trataba de la reacción provocada por la inyección.

—De acuerdo, puedes ir a casa. Y si mañana te encuentras igual quédate también. Pero no dejes de volver al hospital para que te curen la mano. —Harris sabía ya que Keogh no se presentaría al día siguiente en la escuela, no iba a perder la oportunidad de saltarse un día entero de escuela. Bueno, también él había hecho lo mismo cuando era chico. Un día de fiesta no podía desperdiciarse.

—¡Viva! —dijo Keogh, y desapareció por una esquina.

Mientras volvía a la escuela, Harris reflexionó sobre los incidentes con las ratas y sus posibles consecuencias. Cuando era chico había visto gran cantidad de aquellos seres repugnantes. Recordaba aquella ocasión, años atrás, cuando él y su familia estaban almorzando, un domingo, y su gato había aparecido por la ventana abierta con una rata muerta en la boca. Mientras saltaban y expulsaban al gato no podían dejar de reír ante la idea de que el gato se hubiese traído también su propio almuerzo a la fiesta. En otra ocasión, una de las vecinas aseguró que una rata estuvo persiguiéndola calle abajo. El marido salió con un atizador en su persecución, pero la rata desapareció por una de las casas bombardeadas.

Harris pensaba que aquello pertenecía ya al pasado, lo que demostraba hasta qué punto podía perderse el contacto con la realidad viviendo en el ático de una casa de King's Cross. Suponía que las ratas continuaban viviendo, pero que los expertos en desratización las habían obligado literalmente a entrar en la clandestinidad. Con el cuento de su exterminación se habían creado muchas compañías con pingües beneficios. Supuso, en definitiva, que todo aquello no era grave, y que ambos incidentes había coincidido en un mismo día. ¡El siglo xiv quedaba lejos!

CAPÍTULO 5

Los viejos guerreros solían reunirse cada noche en una de las pocas zonas bombardeadas que quedaban en el East End de Londres. Era un viejo cementerio parroquial, al lado mismo de la transitada ruta principal de Whitechapel y muy cerca de la estación de metro de Aldgate East. El solar estaba cubierto de espesa maleza y de tumbas reventadas. Una torre solitaria constituía el único resto de la antigua y majestuosa iglesia. Aquella noche se habían reunido seis de ellos; se sentían seguros porque sabían que no se les veía desde la carretera. Cada uno destruía lentamente su interior con el trasiego continuo de licores metílicos. Todos habían tocado el fondo de la desesperación y habían dicho adiós a la voluntad de convivir con el resto del mundo. Raramente hablaban entre sí, porque sus torturadas mentes estaban demasiado ocupadas con sus propias desventuras para poder interesarse por las de otra persona.

Había una mujer entre ellos, aunque dentro de sus harapos informes apenas fuera distinguible de los hombres. Mary Kelly tenía cuarenta y nueve años, pero parecía veinte años más vieja. Maldecía a los demás, se maldecía a sí misma y, sobre todo, maldecía a Dios. El mismo Dios que había adorado toda su vida, en Irlanda. Cuando era niña a menudo oía tres misas por domingo y una cada día de la semana. A los quince años entró incluso en un convento, pero aquella vida solitaria y solemne no era lo adecuado para una personalidad como la suya, bulliciosa, aunque muy religiosa. Volvió a su pueblo natal de Longford, pero pronto vio que la vida allí era demasiado aburrida para su natural exuberancia. El cura intentó disuadirla de su marcha, pero ella le explicó algo un día, en el confesonario, que le hizo pensar que quizá sería mejor para ella que se fuera. En todo caso sería lo mejor para los chicos del pueblo.

El viejo cura se preguntaba cómo una chica tan profundamente religiosa podía haber desarrollado una atracción tan pecaminosa hacia el sexo. Al final decidió que le sería más fácil intentar salvar aquella alma rebelde si se quedaba en el pueblo, bajo su vigilancia; visitó, pues, a los padres y los convenció para que la retuvieran en casa. Tenían seis hijos más que mantener, y al principio no estaban muy entusiasmados con la idea de retener aquella boca suplementaria, pero en definitiva el cura de la parroquia ejercía una gran influencia sobre su rebaño. El domingo siguiente Mary se confesó de un pecado todavía mayor, y en esta ocasión relacionado con su recién nombrado y joven vicario.

Se fue el lunes con el consiguiente alivio para el viejo padre, cuya mente envejecida se sentía incapaz de enfrentarse con las complejidades de aquella santa promiscua. El joven vicario Aloysius había desmentido todo el asunto al ser interrogado de modo directo y más bien brusco, de modo que el viejo párroco quedó en un estado mental todavía más confuso. Era evidente que una chica tan joven y de tanta devoción no podía haberse inventado una mentira de aquel tipo. Pero, por otra

parte, si su devoción hacia Dios era tan grande como demostraban los hechos, ¿cómo podía dejarse arrastrar de aquel modo por el demonio de la carne? Su única respuesta consistió en rogar por su alma y en dedicarle una misa para salvarla de la condenación eterna.

Mary se fue a Dublín y consiguió un empleo de camarera en un bar, al lado mismo de la calle O'Connell. Como es lógico, conoció a muchos hombres en su jornada laboral, y no resistió a ninguna de las proposiciones que se le hicieron.

Poco después fue despedida, no a causa de su incipiente reputación, sino al ser descubierta por la patrona en compañía del marido tras los barriles de la bodega. Consiguió su siguiente empleo en la cantina de una fábrica de cerveza, cuyos empleados pronto descubrieron que la chica era fácil. Lo único que les extrañaba, y que motivó bromas innumerables entre ellos, era que antes de meterse en la cama con un hombre insistiera en recitar tres avemarías. Se arrodillaba al lado de la cama, cerraba los ojos y apretaba las manos como un niño. Se habrían divertido más si hubiesen sabido el motivo de aquellos rezos.

La primera avemaría era para pedir que no quedara embarazada, la segunda para no coger «purgaciones» y la tercera para conseguir un orgasmo. Se había enterado de los orgasmos por sus amigas de la cantina, y comprendió que durante todos aquellos años le había faltado algo. Su necesidad sexual no había quedado satisfecha y, sin saber por qué, había pedido siempre más y más. El sexo no había dejado de gustarle nunca, pero ahora sabía que podía resultar algo fuera de serie y estaba decidida a conseguirlo. Continuaba oyendo misa cada domingo y comulgaba cada primer viernes de mes. Pronto empezó a ir a la iglesia dos o tres tardes a la semana; rezaba el rosario para alcanzar sus objetivos sexuales. Nunca se le ocurrió que hubiese nada malo en ello. Dios quería que la gente disfrutara con el sexo, porque de otro modo no habría concedido aquel don maravilloso. De niña había espiado a sus padres muchas veces cuando hacían el amor, sin que ellos se enteraran; estaba muy despierta, en la oscuridad del único dormitorio de la casa, escuchando suspiros de felicidad y a su madre que gritaba «¡Dios mío!» antes de caer en el silencio final, seguido por unos inevitables y fuertes ronquidos de satisfacción.

Sus visitas regulares a la iglesia llamaron pronto la atención del párroco, el padre Mahar, quien pronto la enroló para las varias tareas que realizaban las mujeres en torno de la casa del Señor. Le gustaba cambiar las flores, quitar el polvo del altar y de las imágenes sagradas; confiaba que aquel pequeño sacrificio de su tiempo no pasaría inadvertido para Dios.

Empezó a colaborar en las ventas de objetos usados para beneficencia, visitaba a los ancianos y a los enfermos, entró incluso a formar parte del coro. El padre Mahar quedó más que impresionado por el celo de su nueva feligresa y empezó a informarse sobre ella. Supo que trabajaba en la fábrica de cerveza donde estaban también empleados algunos de sus jóvenes feligreses. Cuando los interrogó sobre Mary tuvo la sorpresa de observar sus sonrisitas y sus respuestas evasivas. Luego se le presentó

un día una cierta señora Malone. El párroco la conocía a ella y a su marido de vista, iban con regularidad a la iglesia, pero no se habían hablado nunca. Ambos eran jóvenes, de unos treinta y cinco años, y parecían gente buena y trabajadora. Pero en aquella mañana lluviosa de martes, la señora Malone parecía preocupada, su rostro, normalmente atractivo, dibujaba unas líneas duras que en todo caso, y por desgracia demasiado pronto, se harían permanentes.

—¡Ah! Usted es la señora...

—La señora Malone, padre.

—Sí. ¿Desea usted algo, señora Malone? —La voz del cura era suave, amable, porque podía percibir ya la amenazante histeria de la mujer que venía a visitarle fuera de las horas normales de iglesia.

La voz de Margaret Malone tembló ligeramente al contestar:

—Se trata de mi Tom, padre. Está... —De repente se abrieron las compuertas, y buscó un pañuelo en su bolso.

«Tan pronto... —pensó el cura—. ¿Durante cuánto tiempo ha ido acumulando un dolor que ha explotado tan rápido ante mí? Normalmente les da tiempo de desembuchar casi media historia antes de verse interrumpidas por el diluvio de lágrimas». Suspiró con resignación. Había oído ya la historia muchas veces. Tom le era infiel, o había perdido el interés por su cuerpo, o se había acostumbrado o darle una paliza cada viernes por la noche, tras unas cuantas jarras en la taberna. ¿Cómo podía consolar a aquellas pobres criaturas, hacerles comprender que todo pasa, que por lo menos rogando a Dios podrían resistir las tribulaciones de la vida?

—Vamos, vamos, señora Malone. Sentémonos y explíquemelo todo con calma.

La cogió del brazo y la llevó a un banco en la parte trasera de la iglesia. Una vieja, que llevaba un chal negro sobre los hombros, delgados y encorvados, encendió otro cirio por el alma de su rebelde marido, muerto hacía ya seis años, y no les prestó la menor atención. Había presenciado ya la escena muchas veces. También ella se había sentado en el mismo banco, muchos años antes, explicándole a otro cura sus problemas; problemas que el cura comprendía perfectamente, pero era totalmente incapaz de resolver.

Margaret Malone consiguió por lo menos controlar el temblor de su cuerpo.

—Padre, se trata de mi Tom. Ha encontrado a otra mujer.

El padre Mahar le dio unos golpecitos en la espalda y esperó pacientemente a que las lágrimas cesaran de nuevo.

—Es una mujer de la fábrica de cerveza, padre —añadió finalmente, con su largo pelo rojo empapado ya de lágrimas—. Hace semanas que la cosa sigue así. La ve cada martes y cada miércoles. Al principio decía que se iba a la taberna, pero Deirdre Finnegan me contó que los había visto juntos muchas veces. Y cuando le pedí más detalles, se limitó a reír y me dijo que por lo menos ella... —calló al recordar que estaba hablando con un cura—. Pero a él no le importa. Esto es lo que me hiere. No le importa que yo le sepa. No le importan los niños. Está obsesionado con ella. No sé

qué hacer, padre. ¿Qué puedo hacer?

—Lo primero es que no se deje dominar por la pena, señora Malone —dijo el párroco tratando de consolarla—. La mayoría de los hombres pasan por esta fase en algún momento u otro. En realidad no significa nada. Después volverá a usted y la relación será tan fuerte como antes. Tenga valor.

Hizo una pausa. Ahora tenía que ir a lo práctico.

—¿Sabe el nombre de esa mujer? Quizá pueda hablar con ella.

No estaba seguro si había captado bien el nombre en medio de los sollozos. Era algo así como Mary Kelly.

El padre Mahar quedó de piedra. Era el sábado por la tarde, la hora de las confesiones había finalizado ya y se encontraba solo en su sacristía. Mary Kelly se había presentado para su confesión de cada semana y, tras haber relatado su corta y usual lista de pecados veniales, el cura le había preguntado por Tom Malone. Ella no había intentado siquiera negarlo, había hablado abiertamente de su relación, y al decirle el cura por qué no se había confesado antes contestó que por qué tenía que hacerlo. No había nada malo en ello, ¿no es cierto?

El cura no daba crédito a sus oídos. La pobre chica ignoraba realmente que aquello fuese pecado, pensaba que había actuado con plena inocencia. Cuando la interrogó más a fondo empezó a pensar que no estaba bien de la cabeza.

Le contó sus otros asuntos, el motivo de su asistencia regular a la iglesia y de sus fervientes plegarias.

Todo como si aquello fuese lo más natural del mundo. Y cuando le preguntó si era posible que dijese una misa especial a su intención para que alcanzara aquel maravilloso orgasmo de que tanto le habían hablado, el cura quedó demasiado asombrado para poder contestar.

Necesitaba tiempo para pensar. Le pidió que se fuera y que volviera a la mañana siguiente, antes de las misas. ¿Qué podía hacer? Era evidente que necesitaba tanto ayuda médica como espiritual, pero ¿cómo podía curar un médico a una chica tan absolutamente amoral, y cómo podía ayudar un cura a una chica que no comprendía la diferencia entre lo bueno y lo malo?

Rezó gran parte de la noche, rezó para conseguir la inspiración necesaria para salvar a aquel ser joven e inocente de un destino que estaba destruyendo literalmente su alma. En la mañana siguiente trató de explicarle pacientemente que lo que ella estaba haciendo y lo que pedía era algo malo. No era malo si encontraba un hombre a quien pudiese amar, y llegado el momento casarse, hacer el amor para santificar su unión y tener hijos. Pero era malo si se limitaba a entregar su precioso cuerpo a cualquier hombre que lo deseara, únicamente para satisfacer aquel ávido deseo de su interior, destruyendo así la presencia del Espíritu Santo que lo habitaba. Dios la quería y deseaba que fuese feliz, pero ella debía respetar aquel maravilloso don que le había sido concedido y reservarlo únicamente para el matrimonio.

Ella se echó a reír, pero no desafiadoramente, sino porque pensaba genuinamente

que el cura se hacía el tonto. Su cerebro estaba mentalmente bloqueado y se negaba a aceptar que en el sexo pudiese haber algo malo. Antes había escuchado siempre sus palabras con reverencia, pero ahora trató al cura como si fuese un niño, porque lo que estaba afirmando no podía decirlo en serio.

Él, por su parte, continuó explicándole las enfermedades que podía contraer, los hogares que rompería, el desgraciado final a que se vería abocada, pero todo fue inútil. Su persona no había cambiado: continuaba siendo la chica dulce y pura de antes; era como si una parte de su cerebro se hubiera cerrado a cal y canto y se hubiese negado a permitir la entrada a cualquier argumento.

Finalmente tuvo que sugerirle que fuera con él a ver a un médico, un buen amigo suyo que hablaría con ella, y entre los dos tratarían de llevarla de nuevo por el buen camino. Aceptó la idea, aunque la encontró absurda, pero si aquello le hacía feliz estaba dispuesta a acompañarlo. Se fijó una cita para el miércoles siguiente, pero el padre Mahar nunca más volvió a ver a Mary Kelly.

Mary se cambió a otro barrio de Dublín y volvió a trabajar de nuevo de camarera: su vida siguió el mismo ritmo de antes. Dio con una nueva iglesia, pero en esta ocasión tuvo más cuidado en familiarizarse con el cura.

Y entonces, finalmente, conoció al hombre que iba a satisfacer sus necesidades, y aunque parezca extraño le conoció en la iglesia. Timothy Patrick era una inmensa persona en todos sus aspectos. Tenía la habitual rubicundez de los irlandeses, pelo rubio y rebelde, grandes manazas, y orejas que formaban ángulo recto con la cabeza. Su apetito, no sólo de comida, sino de vida, era tan enorme como su corpulencia. Era también una buena persona, no una persona beata, sino honesta y de confianza.

Cuando sus ojos se entrecruzaron al pasar él la bandeja en la colecta de la misa, el instinto les dijo que tenían allí a alguien que podía responder a su propia vitalidad. Él la esperó fuera de la iglesia, como ella ya sabía, y la acompañó hasta la casa donde se alojaba. Después se vieron cada tarde, y al cabo de siete días se la llevó a un hotel e hicieron el amor.

Aquello constituyó para él el acto de amor más satisfactorio que nunca había experimentado; para ella, fue la respuesta a todas sus plegarias. Él se rió al verla recitar sus jaculatorias en la cama, antes de hacer el amor, pero luego se sintió conmovido cuando ella se puso a rezar un rosario completo en agradecimiento; comprendió que en cierta manera era un cumplido para él.

Cuando Mary vio por primera vez su tamaño se asustó, pero también sintió correr por todo su cuerpo un hormigueo de excitación. Estaba en perfecta proporción con su personalidad. Era enorme. Al principio se mostró suave, más suave que cualquiera de los hombres que habían estado con ella, pero a instancias suyas se puso frenético y salvaje, se lanzó dentro de ella con una fuerza tremenda; sus manazas no descansaban, aplastándole los pechos, los hombros y los muslos. Y ella respondió luchando con todas sus fuerzas, sin permitir nunca que la dominara, mordiendo, arañándole, hasta pedir a gritos el fin de aquel frenesí. Y luego llegó el desahogo que

inundó todo su cuerpo, licuando sus tensos miembros. Rompió a llorar, mientras él acariciaba su frente con dedos delicados, le sonreía y le hablaba sin salirse de su interior.

Ella rezó entonces su rosario, y él esperó silenciosamente a que finalizara, sin que sus ojos se apartaran de su cabeza inclinada. Cuando hubo finalizado se echó a reír y saltó directamente de nuevo a la cama, donde hicieron aquella noche el amor muchas veces más.

Se continuaron viendo cada día, y hacían el amor siempre que estaban solos, sin que su deseo mutuo disminuyera en ningún momento, siempre tan exigente. Finalmente Timothy anunció su intención de ir a Inglaterra para conseguir un empleo mejor pagado, y pidió a Mary que le acompañara.

No se habló de matrimonio, pero ella aceptó entusiasmada, y al cabo de tres semanas estaban viviendo juntos en el norte de Londres. Él encontró trabajo en unas obras y ella volvió a trabajar como camarera. Su fe en Dios era más fuerte que nunca; le daba gracias constantemente, en la iglesia, en casa o incluso en el autobús, mientras iba al trabajo. Cuidaba aquel amor recién descubierto y sabía que ningún otro hombre sería capaz de satisfacerla como Timothy, pero en ningún momento trató de empujarle hacia el matrimonio.

Cuando estalló la guerra, él se alistó en el ejército a pesar de sus protestas. Aunque se sentía orgullosa de él y de su decisión, le aterrorizaba la separación; sabía que ningún otro hombre podría saciarla como él, y que ningún otro hombre la amaría como él, pero se preguntaba si sería lo bastante fuerte para no buscar la satisfacción sexual en otra parte. Timothy se fue y al cabo de cuatro días recibió una carta suya pidiéndole que se casaran en el primer permiso. Supo entonces que podría esperar.

Pero Timothy murió tres semanas después, aplastado por un tanque en una noche de maniobras. Nadie sabía cómo había sucedido; encontraron simplemente su cuerpo a la mañana siguiente, todo su magnífico torso aplastado y aplanado en un campo a media milla de la unidad. Nadie sabía cómo había llegado ni por qué se encontraba allí, pero entró en lista como una de las primeras bajas de guerra del ejército. Semanas más tarde, uno de sus amigos de la unidad de entrenamiento fue a visitar a Mary y le explicó que Timothy se había llevado consigo un frasco de whisky para «que no se me meta en el cuerpo este terrible frío», y había salido a pasear por iniciativa propia aquella noche. El soldado creía que el ejército había encontrado la botella aplastada junto al cuerpo, pero que había tapado el asunto, tanto en bien de Timothy como propio.

Fue entonces cuando Mary perdió su fe en Dios. Su mente sencilla no podía aceptar que tras ¿haberle dado primero tanto, se lo arrebatara luego todo de golpe... Empezó a odiar a Dios con casi tanta intensidad como antes le había amado. La cogieron en su tercer intento de prenderle fuego a una iglesia católica. La metieron en un manicomio, pero la dejaron en libertad al cabo de dos meses porque era una paciente modelo. En su segundo día de libertad se cargó el oído izquierdo de un cura

al meter un cuchillo entre las rejas de madera de un confesonario. Fue declarada demente y llevada de nuevo al manicomio. Cuando la sacaron de allí la guerra había terminado, y regresó a un mundo demasiado ocupado en lamer sus propias heridas para preocuparse por las de ella.

Su decadencia fue inevitable. Continuaba buscando satisfacción y lo hizo de la única manera posible, aunque en esta ocasión lo convirtiera en profesión. Empezó a beber mucho, y pronto tanta cantidad de hombres empezó a aburrirla. Ninguno podía compararse con su Timothy. Empezó a burlarse de sus clientes por sus fútiles intentos de excitarla y se reía de sus patéticos y pequeños órganos. Una noche, un fornido hombre, orgulloso de su virilidad, le partió la nariz cuando se befó de él. Empezó a perder dinero, porque algunos hombres se negaban a pagarle tras sus sarcasmos desmoralizadores, pero ni así podía evitar comentar de modo insultante sus actuaciones en la cama. Entró en conocimiento de la policía por acosar a los curas: seguía a un cura durante kilómetros, hasta que al pobre hombre no le quedaba otro remedio que meterse en la comisaría más próxima.

La internaban una y otra vez, pero siempre se comportaba como una paciente modelo y pronto la dejaban salir. Contrajo luego gonorrea, y en sus primeras fases, al enterarse, disfrutaba enormemente pasándola a los hombres que se acostaban con ella. Pronto se vio en la calle cuando el casero cayó víctima de sus burlas y de su enfermedad. Su belleza se había desvanecido, su aspecto era desharrapado, su mente captaba cada vez menos la realidad. Se fue a vivir con un grupo de inmigrantes pakistaníes en Brick Lane y se quedó varios años con ellos; la utilizaron todos los hombres, tanto colectivamente como por separado, hasta que al final se cansaron de ella y la echaron a la calle. Regresó una noche, meses después, vertió parafina a través de la reja en el sótano de aquella casa ruinosa, prendió fuego a una caja entera de cerillas y la tiró dentro. Murieron un bombero y cinco pakistaníes en el incendio que arrasó toda la casa, pero nadie sospechó de Mary.

La encontraron un día medio muerta en un solar bombardeado. Fueron precisos varios meses para curarla de todas sus dolencias, y cuando los médicos dieron por finalizada su tarea, el Ejército de Salvación se hizo cargo de ella. Le buscaron un lugar donde vivir, le compraron nuevas ropas y le consiguieron un empleo en una lavandería: estaban convencidos que podían salvarla de ella misma.

Y casi lo consiguieron. Trabajó duramente, su maltratado cuerpo empezó a recuperar parte de su antiguo vigor, su mente cerró otra puerta, en esta ocasión la del recuerdo. Pero a medida que su salud aumentaba, su cuerpo empezó a exigir satisfacción. Por desgracia, el único contacto personal que tenía con hombres se reducía al oficial del Ejército de Salvación que la visitaba dos veces por semana en su apartamento de un sótano. Cuando intentó seducirlo, él cometió el error de pedirle que se dirigiera a Dios. Ella recordó de repente la alegría que Él le había arrebatado tras tantas devociones de iglesia. Encontró su premio, a su Timothy, pero Él se lo quitó. Incluso sus servidores, los curas, habían intentado impedir que consiguiera su

felicidad. Y ahora este hombre de Dios, este llamado «soldado» de Dios, trataba de rechazarla, ocultándose tras Él, utilizando Su nombre, recordándole Su traición.

El oficial del Ejército de Salvación emprendió la huida cuando el ataque de histeria degeneró en violencia física. Mary salió del piso y vagó por las calles ofreciendo su cuerpo a todos los hombres con quienes topaba, insultándolos y maldiciéndolos cuando la rechazaban, algunos con mofas, la mayoría asustados por su delirio lunático. Finalmente tuvo que consolarse con una botella de Johnny Walker, comprada con los pobres ahorros de su sueldo de lavandera.

Aquella noche se presentó una ambulancia, respondiendo a una llamada, en unos lavabos públicos de Angel, Islington, donde la encargada había encontrado una mujer inconsciente en uno de los cubículos. Al principio supuso que la mujer estaba simplemente borracha, porque el olor a alcohol era abrumador, pero luego vio la sangre que se escapaba entre las piernas de la mujer. El médico necesitó dos horas para sacar todos los fragmentos de vidrio de la vagina de Mary. La botella de whisky le había dado consuelo de más de una manera.

Mary Kelly echó un vistazo a los cinco compañeros que la rodeaban. En su rostro estragado apareció una contorsión despreciativa. Ninguno de ellos era un hombre de verdad. Pero ¿qué importaba? Aquella noche disponía de su propia botella, y no era metílico sino auténtico escocés. Había necesitado solamente tres días para conseguir el dinero necesario y comprar media botella. El dinero fue fácil de conseguir; se iba al West End, a las colas de cine y de teatro: se plantaba delante de la gente y los miraba a la cara mientras alargaba una mano para recibir el dinero y con la otra se rascaba. Se rascaba el pelo, las axilas, los pechos, y cuando la mano se dirigía hacia el bajo vientre la gente normalmente soltaba la pasta.

Aquí estaba, pues, entre las lápidas de los difuntos y los cascotes de la iglesia bombardeada. Fueron precisos largos años de desgracia, de tormento, tanto para la mente como para el cuerpo, para caer del todo en aquel estado. Pero ahora estaba entre los suyos, aplastada por la vida misma. Sacó el tapón y se llevó la botella a los labios con mano temblorosa.

—¿Qué estás bebiendo, Mary? —dijo una voz en la oscuridad.

—Vete a la mierda.

Mary sabía que aquello sucedería, que los demás se darían cuenta y le pedirían un poco de bebida; sólo una gotita, un trago. Sin embargo no había podido resistir el impulso de presentarse allí aquella noche y de disfrutar, de hacer que los hombres suplicaran. Sabía que incluso estarían dispuestos a hacer el amor con ella con tal de conseguir una gota, y que de este modo podría burlarse todavía más de ellos. Los viejos olvidarían su inmundicia y ella la suya; tratarían desesperadamente de conseguir que se levantaran sus maltrechas pollas para podérsela joder y ganarse un trago. Pero nunca lo conseguirían, y ella reiría y disfrutaría con el desencanto de sus repugnantes rostros.

—Vamos, Mary, dime qué estás bebiendo. —Una figura se arrastró hasta ella.

—No te importa, desgraciado —dijo Mary con una voz en la que después de tantos años todavía resonaban los acentos irlandeses.

Otras cabezas se levantaron de su letargo y se volvieron hacia ella. La figura se acercó más. Los ojos legañosos y amarillentos se clavaron en la botella que ella asía ahora con las dos manos.

—Vamos, Mary, soy yo, Myer. —Los ojos endurecieron su mirada cuando descubrieron que se trataba de una botella casi llena de escocés—. Yo sé lo que quieres, Mary. Dame una gota y estoy dispuesto a hacerlo.

—Tú —dijo con sarcasmo Mary—. Me acuerdo bien de la última vez. No podías ni encontrarla, ¿no es cierto? —Mary se puso a reír por lo bajo, sacudiendo los hombros con el esfuerzo—. ¡Precisamente tú!

El viejo soltó también una risita.

—Tienes razón, Mary, pero ahora será distinto, ya lo verás.

Unos dedos mugrientos empezaron a manosear los pantalones.

Mary reía ya a carcajadas, balanceándose adelante y atrás, mientras bebía a chorro de la botella.

—Espera un segundo, Mary, pronto la tendré.

Myer reía también, parándose de vez en cuando, mientras oscurecía su rostro un gesto concentrado de contrariedad.

—No te lo bebas todo, Mary. —Su mirada perpleja se convirtió en una sonrisa de triunfo y finalmente sacó el objeto de su búsqueda.

La risa de Mary se hizo histérica mientras señalaba aquel miembro inerte.

—Con esto no podrías joder ni un mosquito, viejo y estúpido cabrón —gritó.

En aquel momento una mano agarró el cuello de la botella.

—Danos esto, puta.

Un hombre se inclinaba sobre ella, con el rostro casi oculto por el pelo y la barba, descuidados y ensortijados. Pero aquella mano carecía de fuerza y Mary se sentía fuerte con el escocés y las risas. Apartó la botella y se echó sobre ella, metiéndola entre sus muslos. El barbudo le dio un débil golpe en el pescuezo, pero Mary continuó riendo sonoramente.

El viejo Myer le metió mano en las rodillas para hacerse con la botella, que ella tenía fuertemente agarrada.

—Sólo un trago, Mary, sólo uno —suplicó.

De repente, el otro hombre la emprendió a patadas con ella, agarró su pelo deslucido y estiró su cabeza hacia atrás gritando obscenidades. Ella le largó un golpe con una mano que lo mandó al suelo de espaldas, pero Myer se lanzó sobre la botella. Se dobló con dolor cuando una rodilla huesuda golpeó sus riñones.

Los otros tres viejos guerreros se acurrucaron contemplando la escena; se inclinaban lentamente hacia adelante sin que sus ojos abandonaran en ningún momento la botella. El barbudo consiguió penosamente ponerse en pie y se le acercó tambaleándose, como un toro degenerado al ataque, pero ella le clavó los dedos en

los ojos, sacándole sangre y haciéndole caer de rodillas. Dio la vuelta para enfrentarse con los otros tres, y éstos se retiraron atemorizados.

—¡Hijos de puta! —gritó.

Se volvió de espaldas a todos. A Myer, caído, a cuatro patas, con lágrimas que le rodaban por las mejillas y que todavía suplicaba de espaldas; al barbudo que se restregaba los ojos, y de espaldas a los tres que se encogían en el suelo. Chupó ruidosamente de la botella, luego agarró su falda, falló, la agarró de nuevo, la levantó hasta la cintura y agitó ante sus caras el culo desnudo. Luego desapareció entre la espesura y lo único que les llegó fue una carcajada sarcástica.

Se detuvo al lado de una vieja tumba, riéndose todavía y murmurando. «Hombres, siempre iguales —pensaba—. Todos débiles, sin excepción». Esta noche había disfrutado, se había reído de todos. Pensó en Myer y en su polla diminuta, como un gusanito blanco a la luz de la luna. Era patético. No había conocido nunca a ningún hombre que... pero no, había conocido a uno. ¿Quién fue aquel tipo? Hacía años: bebió de nuevo e intentó recordar quién era aquel hombre que ella había amado, aquel hombre que en cierta ocasión le había dado algo. ¿Pero qué? ¿Qué le había dado? No podía recordarlo.

La piedra chocó contra la garganta descubierta, mientras echaba atrás la cabeza para beber. Cayó de espaldas y el vagabundo barbudo le quitó la botella de las manos. Bebió un buen trago, mientras los demás pisoteaban la forma gimiente del suelo. Myer se hizo cargo a continuación de la botella y bebió ávidamente el líquido ardiente, desprendiéndose de ella solamente cuando la quemazón de su gástrico le obligó a gargajear entre ahogos. El hombre de la cara pálida oscilaba de un lado a otro mientras contemplaba el cuerpo contorsionante de Mary. Conocía a aquella puta, la había visto burlarse de sus amigos, incluso se había burlado *de él* cuando en una ocasión intentó hacerle un favor. Cogió un voluminoso ladrillo y le dio fuerte sobre la cara.

Arrancó la botella de manos de un hombre delgado, que apenas acababa de hacerse con ella, y bebió. Se sentaron todos en círculo, sólo a unos pasos del cuerpo inmóvil de Mary; terminaron el whisky y volvieron a sus mejunjes.

Mary Kelly no estaba aún muerta, pero poco le faltaba. El ladrillo le había fracturado el cráneo y sangraba abundantemente. Tenía dos costillas rotas y una herida profunda en el cuello. Permaneció estirada en tierra largo rato; sus espíritus vitales se escapaban lentamente de ella, y pronto moriría. Sólo se movían sus labios, que parecían recitar alguna silenciosa plegaria, una y otra vez, y sus dedos, que intentaban contar interminablemente hasta diez.

Muy cerca yacían los cuerpos derrumbados de sus cinco compañeros, apretujados en un sueño inquieto.

La primera rata se acercó cautelosamente a ella: el olor de sangre superaba cualquier temor, pero no borraba su astucia. Era mucho mayor que las demás ratas que la seguían y de color más oscuro. Cuando llegó a poca distancia de Mary se

detuvo, con su cuarto trasero abultado, todo su cuerpo en tensión y temblando.

De repente saltó hacia la herida abierta en el cuello, hundió sus grandes incisivos y chupó la sangre entre espasmos violentos de su poderoso cuerpo. Mary quiso moverse, pero estaba ya demasiado débil por la pérdida de sangre, y la rata mordía ya más hondo, hasta sus cuerdas vocales. Todo su cuerpo se estremeció, pero de repente otra forma peluda hundió media cabeza en sus deslucidos cabellos, sobre la herida de la cabeza. Su espalda se arqueó al ponerse tensas sus terminaciones nerviosas y cayó de nuevo hacia delante. Otra rata estiró su oreja. De pronto todo su cuerpo quedó cubierto de seres pululantes que chillaban, mientras otros llegaban escurriéndose en la oscuridad, y el olor de sangre se hacía mucho más intenso. Así terminó la infortunada vida de Mary Kelly. Los curas no habían conseguido nunca salvar su alma, pero en definitiva no se había perdido nunca. Sólo su mente.

Las ratas dejaron su cuerpo sin sangre y royeron su carne, hasta que sólo quedaron de ella los huesos y algunos pedazos de piel. No tardaron mucho, porque eran muy numerosas. Tantas, que no todas quedaron saciadas. Su hambre de carne humana se había simplemente inflamado: querían más. Entre ellas había ya varias ratas mayores, y éstas empezaron a dirigirse hacia las cinco formas humanas que dormían al lado.

Ahora se movían ya sin precauciones y como un enjambre alrededor de aquellos cuerpos. Dos hombres no pudieron defenderse porque les arrancaron los ojos cuando todavía dormían. Se arrastraron a ciegas entre la carnicería general, mientras las ratas colgaban de sus carnes sanguinolentas.

El barbudo se había puesto en pie y arrancó un cuerpo culebreante de su cara, llevándose al mismo tiempo pelo de la mejilla. Pero mientras estaba erguido, una de las ratas mayores saltó sobre su lomo y le arrancó los genitales con una poderosa torsión del cuerpo. El vagabundo gritó y cayó de rodillas, llevándose las manos entre las piernas, como para detener el torrente de sangre, pero una ola de cuerpos negros y erizados se le echó encima y lo abatió.

Otra figura desmelenada hundía la cabeza en sus manos y se enrollaba como una bola, mientras sacudían su frágil cuerpo sollozos y súplicas. Las ratas le arrancaron a dentelladas los dedos y atacaron su pescuezo y la parte descubierta de detrás. Permaneció en aquella postura fetal mientras las ratas se lo comían, todavía medio vivo.

Myer corrió, corrió como nunca había corrido, y casi lo logró. Pero en la oscuridad, y presa del pánico, se metió en una tumba. Tropezó con ella y cayó de espaldas. Inmediatamente, las ratas rodaron sobre él, y sus dientes afilados como cuchillas pronto desgarraron a pedazos su viejo y débil cuerpo.

En el exterior de las ruinas, en la ruta principal, se había congregado una multitud. Habían oído los gritos y la conmoción, pero nadie se atrevía a entrar en el oscuro cementerio. Podían ver a través del follaje, pero conocían a los tipos que habían transformado en su hogar aquel solar bombardeado y no tenían demasiada

prisa en investigar.

Finalmente llegaron dos policías seguidos al poco rato por un coche patrulla. Dirigieron un potente reflector hacia la espesura y tres policías se metieron en ella con linternas.

Salieron de nuevo al cabo de tres minutos, todos intensamente pálidos. Uno de ellos se fue a un lado de la carretera y vomitó.

CAPÍTULO 6

Harris se despertó con un respingo y alargó el brazo automáticamente hacia el estridente despertador. El timbre le sobresaltaba siempre si le cogía desprevenido. Había cogido últimamente el hábito de despertarse minutos antes de sonar el despertador; esperaba el primer timbrazo explosivo, y lo paraba inmediatamente con mano ágil. Luego dormitaba casi veinte minutos de propina.

Pero esta mañana le había sorprendido en un sueño profundo. Intento recordar de qué se trataba. Era algo de unos dientes. Unos dientes afilados y furiosos.

Condenada historia, pensó: las ratas. Miles de ratas. Recordaba haber echado un vistazo por la ventana. Era de noche y en la calle había miles de ratas, quietas todas, que le miraban, sin más, a la luz de la luna. Miles de ojillos malvados. Luego se lanzaron hacia él, reventaron la puerta de la calle y se escurrieron escalera arriba. Gracias a Dios, sonó el despertador.

Dio media vuelta con un gruñido y rodeó con su brazo la figura acurrucada que dormía a su lado.

—Buenos días, Jude. —La chica se enrolló más mientras murmuraba suavemente.

Harris recorrió con la lengua su espalda desnuda, mientras ella se meneaba de placer. Puso la mano entre sus brazos y sus muslos replegados y acarició ligeramente su vientre suave. Ella se volvió lánguidamente hasta ponerse de cara a él, estirando en el proceso brazos y piernas.

—Hola —dijo mientras le besaba.

La acercó más a sí y ambos se apretaron el uno contra el otro.

—Es tarde —dijo.

—No tanto.

—Yo creo que sí. —Pasó un dedo por el interior de sus muslos, provocándola—. ¿No tuviste bastante la última noche?

—No —contestó ella besándole los párpados.

—Pues yo sí. —Arrancó de golpe las sábanas, riendo—. Ahora métete en la cocina y ocúpate de tus cacharros.

—Cerdo.

La siguió con la mirada mientras se ponía el salto de cama y desaparecía en la cocina. Él se quedó en la cama pensando en Judy, mientras le llegaban los ruidos de armarios que se abrían y se cerraban, del agua llenando la tetera, y la música de Radio One.

Vivían juntos desde hacía seis o siete meses y su amor parecía más fuerte cada día. Ella era diseñadora de modas, una buena diseñadora, y se conocieron en una fiesta de unos amigos comunes. Durmieron juntos aquella primera noche, pero ella no le dejó hacer el amor. Lo intentó como es lógico, pero ella le apartaba suavemente, y a la mañana siguiente descubrió con sorpresa que estaba contento por ello. Semanas después, cuando comprendieron que se habían enamorado, le preguntó por qué le

dejó quedarse aquella noche sin permitirle hacer el amor. No pudo explicarlo porque tampoco ella lo entendía del todo. No el no haber hecho el amor, sino el haberle dejado dormir con ella. No había dormido todavía con nadie, y aunque estuvo prometida durante dos años, no hicieron otra cosa que tocarse.

Había sentido que algo cedía en su interior aquella noche. En cierto modo le sabía mal por él, porque parecía por fuera una persona autosuficiente, llena de confianza, pero en el fondo era el proverbial «chiquillo extraviado». Él contestó sonriendo que se trataba de su truco habitual con las mujeres, pero ella, tras asentir, replicó:

—Sí, estaba muy claro. Pero incluso así yo notaba en el fondo una pequeña alma perdida que daba vueltas. Hay muchos niveles en tu persona, Harris.

Aquello le había impresionado. Le halagaba que alguien se interesara tanto por él que tratara de sonsacarle de aquel modo. Continuó explicándole que aquella noche no hubiese podido dejar que se fuera, que le necesitaba cerca de ella, pero que no podía bajar la última barrera hasta estar completamente segura de él. Y de sí misma.

Unos meses después alquilaron un piso en la zona de King's Cross y se fueron a vivir juntos. Hablaron de matrimonio y decidieron que todavía no tenía importancia. Vivirían así por lo menos un año y luego decidirían. O bien a favor, o bien en contra.

A veces, sobre todo si estaba solo, la antigua dureza se insinuaba de nuevo en él y se decía: «Harris, muchacho, aquí tienes un buen asunto». Pero cuando estaba con Judy, paseando, cogidos de la mano, haciendo el amor, la ternura limpiaba toda posible dureza de sus sentimientos.

La voz de Judy, desde la cocina, interrumpió sus pensamientos:

—De acuerdo, gandul, el desayuno está casi a punto.

Saltó de la cama, se puso un albornoz azul y se fue al lavabo del rellano. Luego pasó por la puerta de la calle para coger el periódico. Cuando volvió besó a Judy en el cuello y se sentó ante la mesita.

—Te agradezco que me hayas llamado, por poco revienta mi vejiga.

Judy le pasó el *bacon* y los tomates y se sentó ante sus huevos duros. A él le desagradaban los huevos en el desayuno.

Abrió el *Mirror* para leer los titulares. Normalmente leía el periódico en el autobús, camino de la escuela —le gustaba dejarlo en la sala de profesores y observar la desaprobación de sus colegas, que consideraban tebeos todo lo que no fuera el *Times* o el *Guardian*—, pero siempre echaba un vistazo a los titulares en el desayuno.

—¡Dios mío! Escucha esto —dijo masticando pan—. «Seis vagabundos devorados vivos por las ratas. A últimas horas de ayer noche llamaron a la policía para que acudiera a un solar bombardeado, en Stepney; los transeúntes habían oído gritos y el ruido de una lucha violenta en las ruinas del antiguo cementerio de St. Anne. Al investigar, los inspectores de policía descubrieron los restos de seis cuerpos, aparentemente muertos por las ratas, algunas de las cuales se estaban comiendo todavía los cadáveres. La zona fue acordonada inmediatamente y la policía, provista de trajes de protección y ayudada por una importante compañía de desratización,

inspeccionó las ruinas en busca del nido de ratas, pero sin poder descubrir rastro de los bichos. Anteriormente, y aquel mismo día, Karen Blakely, de trece meses de edad, y su perro fueron atacados y muertos por ratas en su propio hogar. La madre de la niña, Paula Blakely, está en el hospital, con calmantes, y se dice que su estado actual es grave. Se nombrará una comisión de encuesta para...».

Harris finalizó en silencio la lectura del artículo y Judy se levantó y vino a su lado, apoyándose en su hombro.

—Es terrible. —Se estremeció y se apretó contra él—. ¿Cómo pueden suceder estas cosas hoy, en nuestra época?

—Sé que quedan todavía suburbios terribles, pero no sabía que fueran capaces de criar cosas de este tipo. —Movi6 la cabeza perplejo—. Seguramente era la mujer que vi ayer en el hospital. Y Keogh dijo que vio dos ratas enormes. Quizá no estaba exagerando. ¿Qué diablos está ocurriendo?

Se vistieron los dos y salieron del piso. Antes de separarse, para emprender direcciones opuestas —Harris hacia el East End; Judy a los grandes almacenes donde «creaba» moda, en el West End—, se dieron un beso de despedida y cada cual siguió su camino.

En el autobús, Harris reflexionó sobre el tema de las ratas y se preguntó si los tres incidentes estaban relacionados. ¿Se trataba de meras coincidencias o estaban conectados de alg6n modo? ¿Podía tratarse de las mismas ratas o constituían grupos diferentes? Decidió interrogar más a fondo a Keogh sobre las dos ratas, pero recordó entonces que el chico no asistiría a clase. Bien, no importaba, lo haría al día siguiente.

Pero esa mañana no llegaría para Keogh. Cuando Harris llegó a la escuela le llamaron a la oficina del director y le dijeron que el muchacho había sido trasladado urgentemente al hospital la noche anterior, con mucha fiebre, y que su estado era de momento crítico. El hospital había llamado preguntando si hubo otras personas con él cuando fue mordido por la rata. Pedían también que acudiera a verlos el profesor que había traído el chico el día anterior.

—Sí, voy a arreglar mis clases y luego iré —dijo Harris al preocupado señor Norton.

—No, me he preocupado ya de eso —dijo el director—. Puede ir ahora mismo. Insistieron en que la cosa era urgente. No tarde demasiado.

Harris salió de la escuela y se dirigió al hospital con paso vivo. Al llegar allí empezó a explicar qui6n era pero el recepcionista le esperaba: lo llevó inmediatamente a una oficina, en la parte trasera del edificio, y le pidió que esperara. Apenas se había sentado cuando la puerta se abrió y entraron tres personas.

—Ah, ¿es usted el profesor del muchacho? —preguntó el primero de ellos, dirigiéndose hacia la mesa. Su considerable persona se sentó sobre la butaca con un golpe pesado y sus cansados ojos apenas parpadearon hacia Harris. Señaló con la mano los otros dos antes de que Harris pudiese contestar—: El doctor Strackley —el doctor hizo un gesto con la cabeza— y el señor Foskins, del Ministerio de Sanidad.

—Foskins alargó su mano hacia el profesor y éste la estrechó—. Y mi nombre es Tunstall. Soy el secretario del Grupo de Hospitales. —El hombre de la mesa finalizó las presentaciones mientras repasaba un pliego de papeles. Se detuvo especialmente en uno de ellos, pareció estudiarlo intensamente, pero al mismo tiempo preguntó—: ¿Y su nombre?

—Harris. ¿Cómo está Keogh?

Tunstall levantó los ojos del documento.

—¿No se lo han dicho?

Harris se quedó helado ante el tono de voz del secretario del Grupo.

—Por desgracia, falleció esta noche.

Harris sacudió la cabeza con incredulidad.

—Pero fue ayer mismo cuando le mordieron.

—Sí, señor Harris, lo sabemos —el doctor se levantó y se inclinó sobre la mesa, estudiando intensamente al aturdido profesor—. Por eso le pedimos que se presentara. Usted trajo ayer al muchacho. Quizá pueda contarnos cómo y dónde recibió la mordedura.

—Pero no es posible que uno muera de una mordedura. Y en un solo día. —Harris movió negativamente la cabeza mirando a los tres hombres e ignorando la pregunta del doctor.

Tunstall tomó la palabra, tras apartar finalmente los papeles:

—No, ciertamente parece imposible. Están realizando ya una autopsia para comprobar si Keogh padecía en aquel momento otra enfermedad. Pensamos que la mordedura podía haber actuado como una especie de catalizador sobre una enfermedad oculta incubada por el muchacho. Pero actualmente hemos descartado casi del todo esta teoría, aunque todavía la estamos investigando. Ayer trajeron también a una mujer, quizá usted se haya enterado por los periódicos: las ratas mataron a su hija y también ella fue atacada cuando intentaba salvar a su hija. Acaba de morir hace dos horas.

—Pero esto significa que cualquier persona que entra en contacto con las ratas y resulta mordida...

Foskins le interrumpió antes de que Harris pudiese terminar:

—Sí, señor Harris. Una vez mordida, una persona tiene unas veinticuatro horas de vida. Por eso consideramos esencial saber lo más que podamos sobre estas ratas concretas. Se trata evidentemente de una especie desconocida; por lo menos desconocida por nosotros en Inglaterra. Por lo que sabemos, su tamaño es realmente extraordinario...

—Queremos saber todo lo que le dijo el muchacho con relación al incidente —dijo Tunstall con impaciencia.

—Sí, desde luego —asintió Harris—. ¿Pero cómo han muerto? ¿Y de qué han muerto? —Miró a los tres hombres por turno. La habitación se llenó con un silencio incómodo.

Finalmente, el doctor carraspeó y miró al secretario del Grupo.

—Creo que lo lógico es que el señor Harris se entere también. Creo que podemos confiar en su discreción, y quizá pueda ayudarnos si conoce bien esta zona.

—Nací aquí. Conozco casi toda la región; sé exactamente el lugar donde Keogh vio a las ratas.

—Muy bien —suspiró Tunstall—. Pero sepa que no puede repetir nada de lo que se diga en esta habitación. No estamos seguros todavía de qué se trata, y hasta que lo sepamos tenemos que actuar con la mayor discreción. No queremos que cunda el pánico por algo que quizá constituya un hecho aislado.

—Como el hecho que seis vagabundos sean devorados vivos —interrumpió Harris.

—Sí, sí, señor Harris, sabemos que la cosa resulta bastante terrible —dijo Foskins rápidamente—, pero no queremos que cunda el pánico, ¿no es cierto? Me refiero a que las primeras repercusiones se darían en los muelles. Sabemos que los descargadores no necesitan muchos pretextos para dejar el trabajo; piense por lo tanto los resultados de una alarma de este tipo. Y si los alimentos se quedaran pudriéndose en los tinglados y en los buques, ¿qué sucedería? Toda la costa quedaría infestada en unos pocos días. Un círculo vicioso, señor Harris, un círculo vicioso.

El profesor permaneció callado.

—Piense que probablemente superaremos este problema antes de que ocurran más casos —Tunstall se inclinó hacia adelante y dirigió un dedo hacia Harris—: Su ayuda no es esencial en realidad, pero si usted desea ayudarnos ha de aceptar esta condición de no decir nada.

Harris se preguntaba cuál podía ser el motivo real. «Debe de estar realmente preocupado».

—Muy bien —dijo encogiéndose de hombros—. Lo único que quiero saber es cómo murieron Keogh y la mujer.

—Desde luego —dijo el doctor Strackley, sonriendo y tratando de romper el hielo—. Las defunciones se debieron a una infección introducida por la mordedura de la rata en el torrente sanguíneo. La enfermedad que suele transmitir esta plaga se llama enfermedad de Weil, leptospirosis o ictericia espiroquética. En nuestro país se dan solamente unos diez u once casos por año: es una enfermedad rara. El organismo que la causa, *Leptospira Ictero-haemorrhagae*, se alberga en las ratas y llega al hombre por medio de su orina, a través de la piel o del conducto alimentario. Es un riesgo profesional de los que trabajan en el alcantarillado. El período de incubación dura de siete a trece días; la enfermedad se inicia con fiebre elevada, dolores musculares, pérdida del apetito y vómitos. El estadio febril dura varios días antes de hacer su aparición la ictericia y el paciente queda en postración. La temperatura baja normalmente al cabo de diez días, pero tienden a darse recaídas. A menudo tratamos la enfermedad con penicilina y otros antibióticos, pero disponemos de un suero especial para ello. Lo malo es que raramente se diagnostica a tiempo como

enfermedad de Weil para poderlo aplicar. Muy bien, ésta es la enfermedad que nosotros conocemos. Ahora bien, lo increíble es que en los dos casos de anoche todo el proceso tuvo lugar en un periodo de veinticuatro horas. —Hizo una pausa, como para impresionar—. Hay también otras diferencias.

Miró a Tunstall, pidiendo permiso en silencio para continuar. Tunstall asintió.

—La fiebre ataca al cabo de cinco o seis horas. La ictericia aparece inmediatamente. La víctima pierde rápidamente todos sus sentidos, la vista primero. El cuerpo entra en coma y lo sacuden de vez en cuando violentos espasmos. Entonces se produce algo realmente terrible. La piel, que ya está completamente amarilla, se pone tensa. A medida que se estira sobre la estructura ósea, se va adelgazando. Se convierte en un tejido fino. Finalmente empieza a desgarrarse. Aparecen grandes agujeros en todo el cuerpo. La pobre víctima muere de un modo terriblemente doloroso; nuestras drogas más patentes sólo consiguen proporcionar un ligero alivio.

Los tres callaron mientras aquella información trataba de introducirse en el entumecido cerebro de Harris.

—Pobre Keogh —dijo finalmente.

—Sí, y Dios salve a quien quiera que sea mordido de nuevo —dijo Tunstall, casi con impaciencia—. Ahora, antes de que sucedan otras cosas, hemos llamado a Ratkill. Es una buena compañía y muy discreta. Esta mañana están investigando el solar bombardeado y la casa de la mujer, y si usted puede decirnos dónde mordieron al chico, les diremos que investiguen también esa zona.

Harris les explicó la situación del viejo canal que Keogh había tomado como atajo.

—Si me dejan conducir a los desratizadores hasta allí, podré enseñarles el punto exacto.

—Sí —dijo Foskins—. Vamos a pasar ahora por el cementerio para ver qué consiguen. Puede venir con nosotros y luego puede acompañar a alguno de los chicos al canal.

—Tendré que llamar primero a la escuela.

—De acuerdo, pero no diga ni una sola palabra a nadie. Límitese a comunicarles que el hospital le necesita para ir a declarar. Cuando vuelva a la escuela, nos gustaría que preguntara a sus alumnos si han visto recientemente alguna rata y, en caso afirmativo, dónde. Además, si algo les ha mordido, lo que sea, que vayan directamente al hospital. Si puede hacerlo sin que se asusten, se lo agradeceremos.

—No creo que esto baste para asustar a mi pandilla —dijo sonriendo Harris.

—Creo que fue por aquí —dijo Harris a uno de los hombres de Ratkill que había podido llevarse del escenario caótico y espantoso del cementerio.

Él y el desratizador, un hombrecito tranquilo cuyo rostro apuntado, pensaba Harris, no se distinguiría mucho de los seres con cuya exterminación se ganaba la vida, estaban ahora enfrente de un alto muro de ladrillo.

—El canal está al otro lado —dijo Harris—. Si andamos un poco llegaremos a las

barandillas, y a no ser que este cambiado, encontraremos algunas aberturas.

Mientras andaban, el hombrecito, cuyo nombre era Albert Ferris, abandonó parte de su reserva y de su ligera prevención por la profesión de Harris y empezó a conversar con el profesor.

—Piense que no había visto nunca nada como lo de esta mañana. Estoy en este baile desde hace quince años y no ‘había visto nunca nada igual. Sangre y trozos de cuerpos por todas partes. Horrible. Pero sin ninguna rata. Quiero decir sin ninguna rata muerta. Los pobres tipos no debieron ni enterarse de lo que estaba atacándolos. Probablemente aquel mejunje que se tragan los dejó roques, todos bien trompas. Pero podría imaginarse que por lo menos escaparía alguno con vida. O que conseguiría matar alguna rata. —Meneó la cabeza—. No acabo de entenderlo.

—No había oído nunca que las ratas atacaran a los hombres para comer —dijo Harris, para que su compañero continuara hablando. Estaba decidido a aprender todo lo posible sobre el tema. No sabía por qué, pero su inquietud le preocupaba más hondamente que la natural impresión ante aquella terrible tragedia.

—No, en general no atacan —contestó Ferris—. Por lo menos no lo hacen en nuestro país. Piense que las ratas son muy precavidas, mucho. Pueden vivir prácticamente de todo y ciertamente no irán a atacar para conseguir sólo carne. Cadáveres sí. Pueden comer cadáveres. Pero atacar a un hombre sólo para comérselo, no. Lo que más nos extrañó esta mañana fueron los rastros que encontramos. Deyecciones el doble de grandes que las de una rata normal. Las hemos enviado al laboratorio para que las analicen, pero lo que sugieren de entrada son ratas muy grandes. Y si ahora en Londres empieza a criar una colonia de ratas mayores de la cuenta, y ya sabe con qué rapidez crían, me parece que tendremos muchos problemas. Y si además atacan a la gente... —Volvió a sacudir la cabeza.

—De hecho, ¿con qué rapidez crían? —preguntó el profesor.

—La hembra puede tener de cinco a ocho camadas por año, con un número de cuatro a doce crías por camada. Los cabrones se las montan de nuevo un par de horas después. Prefiero no pensar en esas ratas grandes paseándose en manadas por aquí.

Tampoco Harris quería imaginárselo.

Llegaron a las barandillas y dieron con el agujero.

—Bueno —dijo Harris a Ferris—, ya sabe que sólo buscamos el rastro de esos animales. No tenemos interés en coger ninguno.

—No se preocupe, amigo. No voy a enfrentarme con ninguno.

Una vez satisfecho de que no partía en cruzada con el especialista, Harris inició la marcha por la abertura. Empezaron a retroceder lentamente hacia el punto de partida del muro, vigilando intensamente cualquier pequeño movimiento.

Ferris las vio primero. Estaba observando la otra orilla, buscando agujeros oscuros, grupos de deyecciones, cualquier cosa, cuando su mirada tropezó con tres objetos en movimiento por las turbias aguas. Sobre el agua marrón oscuro del canal podían verse tres cabezas pequeñas y negras que se deslizaban en dirección opuesta a

la que ellos seguían.

—Mire —dijo señalándolas excitadamente—. Ahí van tres.

Harris miró en la dirección que Ferris señalaba. Vio al instante las tres formas negras, que en formación perfectamente triangular dejaban tras si una suave estela.

—Muy bien, sigámoslas. ¡Parece que saben hacia dónde van! —gritó Harris al pequeño exterminador de ratas, que le seguía con mucha dificultad.

De repente, los negros animales salieron del agua y se escurrieron hacia la orilla. Por primera vez los dos hombres pudieron observar el cuerpo entero.

—Dios mío, son enormes —exclamó Harris.

—Nunca vi ratas de ese tamaño —dijo Ferris boquiabierto—. De momento, mejor que nos mantengamos apartados, amigo. Es mejor, bueno, que no las excitemos.

—Tenemos que intentar seguir las —dijo Harris firmemente—. Quizá nos conduzcan a su madriguera.

Mientras hablaba, la rata de cabeza se detuvo y volvió la cabeza hacia ellos. Las otras dos se pararon al instante e hicieron lo propio.

Harris no olvidaría nunca el horror que experimentó bajo la mirada de aquellos tres pares de ojos, duros y malignos. Más que por su tamaño o por la repulsión natural que inspiran aquellos bichos, se sintió paralizado al comprobar que no huían, ni trataban de ocultarse. No daban muestra alguna de pánico. Eran tres cuerpos inmóviles, que miraban con malevolencia a los dos hombres, como si ponderaran nadar hacia ellos o continuar su camino. Harris sabía que si aquellos sucios animales hacían cualquier gesto de dirigirse hacia ellos, no dudaría en huir con toda la velocidad de sus piernas. Cuando sintió la mano de Ferris apretándole el brazo, supuso que el desratizador pensaba lo mismo.

Pero las ratas se volvieron de repente y desaparecieron a través de un agujero en la vieja valla de madera que protegía aquel lado del canal del terreno público.

—Gracias a Dios que se fueron. —Ferris exhaló un profundo suspiro. Y cuando se hubo recuperado ligeramente—: ¿Qué hay al otro lado?

Harris pensó un momento, tratando de recordar la zona de los alrededores.

—Bueno, se trata de un solar abandonado, desde aquí puede verse la maleza, y luego hay... —Se rascó una mejilla concentrándose—. ¡Vaya! Hay pisos. Hay un bloque de pisos detrás del solar. Por fortuna, la mayoría de los chicos estarán en la escuela, aunque algunos quizá estén yendo a casa a esta hora para comer. Me imagino que las ratas se dirigen hacia los grandes recipientes de basura afectos a esos pisos. Por si acaso, vayamos rápido hacia allí.

Estaba a punto de emprender la marcha corriendo por la valla metálica de aquel lado del canal, cuando sus ojos captaron más movimientos en el agua. Vio un grupo mayor de formas negras deslizándose por el agua, pero esta vez procedentes de la dirección contraria a la que seguían las tres primeras. Pudo contar por lo menos siete animales antes de salir corriendo tras Ferris, cuya reacción ante el terrible grupo fue inmediata.

Mientras corría, Harris echó un vistazo hacia atrás y pudo ver que los cuerpos peludos y mojados se escurrían por el mismo agujero de la valla que habían utilizado los tres primeros.

Cuando los dos hombres llegaron temblando a la carretera, Harris detuvo un instante al pequeño desratizador.

—Oiga, llame a la policía —dijo mientras sus pulmones jadeaban por conseguir aire—. Que se pongan en contacto con su gente y que los manden aquí lo más rápido posible. Voy a dar la vuelta hasta los pisos, usted sígame cuando haya telefoneado. Hay un pequeño puente para la carretera no muy lejos de aquí, en aquella dirección, sígame lo más pronto que pueda, por amor de Dios. ¡No quiero enfrentarme sin ayuda con esa manada!

—Oiga, amigo, las ratas son mi oficio —replicó Ferris ferozmente—. Usted llama a la policía. Descubriré hacia dónde se dirigen y sabré cómo tratarlas cuando lo consiga. No soy ningún héroe, es cuestión de sentido común, ¿no le parece?

Sin esperar su respuesta el hombrecillo salió al trote.

«¿Por qué discutir?», pensó Harris mientras emprendía la búsqueda de una cabina telefónica.

Las ratas corrían entre la maleza, mientras se les unían nuevos grupos de la variedad más pequeña. Alcanzaron otra valla de madera que separaba los grupos municipales de viviendas del solar abandonado. Se deslizaron como un río por debajo de ella a través de sus múltiples agujeros y se dirigieron hacia los grandes depósitos de basura situados al pie de cada bloque de pisos. Comida y desechos de todo tipo caían allí a través de las conducciones que partían de cada piso y desembocaban en un gran cubo redondo, que era evacuado cada semana por el servicio municipal de basuras. Muchos animales domésticos eran enterrados así cuando su vida acababa por accidente o de vejez. Mondas de patata, cáscaras de huevo, comida podrida, papel; todo lo que cabía por el conducto se evacuaba de este modo y quedaba mezclado y descomponiéndose durante una semana antes de ser vertido y triturado en el camión de la basura. A fines de cada semana el hedor era ya insoportable y los inquilinos prohibían a sus hijos que se acercaran a las puertas putrefactas de los depósitos.

Era la primera ocasión en que un grupo grande de ratas visitaba el lugar durante el día. Normalmente había demasiados niños que reían, gritaban, se peleaban, hacían ruido por el puro placer de hacerlo, y mantenían así apartados a aquellos animales tímidos. La noche era su aliada.

Pero ahora se sentían más valientes. Tenían por jefes a las ratas mayores y más negras, de una nueva especie aparecida de repente entre ellas, que las dominaba e intimidaba, y les infundía al mismo tiempo un nuevo valor. O por lo menos un nuevo impulso.

Sin ser vistas de momento corrieron en fila india a lo largo de las paredes de los edificios hasta alcanzar un depósito donde muchas noches antes habían roído la madera hasta hacer agujeros en las puertas para que pudieran penetrar sus cuerpos

siempre hambrientos. Pasaron apresuradas y se metieron en otros agujeros, también obra suya, situados bajo el gran cilindro de basura, alcanzando de este modo el mismo montón donde roían y comían todo lo masticable.

Las ratas grandes fueron las primeras en notar la presencia de la carne. Alguien había tirado el cuarto de carne de su fin de semana. Quizá se había pasado, quizá un marido cansado de broncas por no regresar de la taberna a tiempo para la comida dominical tiró todo el cuarto en un ataque de ira. Pero estaba allí y el deseo de carne de las ratas se hizo frenético.

Las ratas más pequeñas trataron de hacerse con ella, pero fueron muertas al instante y luego devoradas por sus superiores.

Ferris percibió los chillidos de las ratas pequeñas cuando pasaba corriendo al lado del depósito. Se detuvo, rígido, y escuchó intensamente, con su cara pequeña y puntiaguda vuelta hacia un lado. Lenta y muy silenciosamente caminó hacia las puertas, aparentemente sólidas. Luego descubrió de dónde procedía el ruido. El olor de alimentos podridos le convenció de lo peor. Vio los agujeros en la parte baja de las puertas y se arrodilló cuidadosamente. Escuchó de nuevo. Se había hecho el silencio ahora. Incluyó con precaución la cabeza hacia el mayor de los negros agujeros y trató de sondear la oscuridad. Nada se movía. Ahora se apoyaba ya en las dos rodillas con su oreja derecha en contacto casi con el suelo.

Una rata grande salió contra él sin avisar y le mordió a fondo en la mejilla. Ferris lanzó un grito y cayó de espaldas, golpeando furiosamente al animal que tenía en la cara. Consiguió arrancarse con todas sus fuerzas a la rata, que le abrió un gran agujero en la mejilla, pero no pudo sostener aquel cuerpo poderoso y contorsionante que se echó de nuevo sobre él. Los otros roedores salieron como un río por los agujeros hacia el hombrecito, cuyos gritos poblaron ya de gente puertas y ventanas.

Cuando los inquilinos vieron aquella figura de bata blanca en el suelo, rodeada y cubierta de cuerpos negros y peludos, no podían comprender exactamente qué sucedía. Algunos, cuando se dieron cuenta, cerraron de golpe las puertas y las atrancaron con llave por alguna extraña razón, como si aquellos seres extraños pudiesen abrir cerraduras. Otros —la mayoría mujeres cuyos maridos estaban en el trabajo— gritaban o se desmayaban. Algunos que disponían de teléfono llamaron a la policía. Muchos se quedaron simplemente mirando, horrorizados y silenciosos. Una vieja jubilada, una mujer robusta pero activa, corrió hacia el lugar blandiendo una escoba por encima de la cabeza. Dio con ella pesadamente sobre los cuerpos más próximos, que eran las ratas más pequeñas en la parte exterior del círculo que rodeaba al hombre que luchaba por su vida. Cuando se dispersaron, una rata mayor paró de comer y dirigió una mirada amenazadora hacia ella.

El primer teléfono que Harris encontró había sido inutilizado por los gamberros. Supuso que las otras cabinas de la zona habrían sufrido idéntica suerte y decidió no perder más tiempo y probar en la tienda o bar más próximos. Encontró un estanco y pidió apresuradamente permiso al propietario para telefonar a la policía. El hombre

se mostraba al principio algo reticente, pero la seriedad del profesor le convenció que la cosa era urgente.

Hecha la llamada y pasadas las direcciones, Harris dio las gracias al estanquero y salió corriendo de la tienda. Pronto alcanzó el lugar donde Ferris y él se habían separado y siguió la dirección emprendida por el pequeño exterminador. Atravesó el puente sobre el canal y se encontró con los bloques del Ayuntamiento. Oyó la conmoción segundos antes de llegar al terrible escenario. Mientras corría por los patios y doblaba una esquina vio a una vieja señora que blandía furiosamente una escoba en el aire mientras varias ratas grandes la arrastraban al suelo. Harris quedó petrificado hasta que los lastimeros gritos de auxilio le impulsaron hacia adelante, consciente en extremo de la enfermedad mortal que transmitían las mordeduras de las ratas, pero sabiendo que no podía quedarse parado mientras las ratas despedazaban a la vieja señora. Por fortuna para Harris un grupo de trabajadores de unas obras cercanas habían oído los gritos y estaban avanzando contra las ratas, armados con picos, palas o cualquier instrumento que pudieron recoger al salir corriendo.

De nuevo la gran rata que había observado a la vieja jubilada alzó la vista y estudió furtivamente al hombre que se le estaba aproximando. Las otras ratas mayores detuvieron también su frenético ataque.

Esto no intimidó a los trabajadores. Continuaron avanzando, gritando y meneando sus variadas armas.

De repente, como un solo cuerpo, las ratas dieron la vuelta y huyeron, abandonando a sus compañeras más pequeñas al ataque sin compasión de los enfurecidos hombres.

Harris se apoyó contra una pared cuando vio huir en su dirección a los animales. Pasaron escurriéndose por su lado, una de ellas incluso pasó encima de su zapato y le hizo estremecerse involuntariamente. Otra se detuvo ante él, le miró fríamente durante una fracción de segundo y emprendió de nuevo la marcha. Harris se desmayó casi de alivio cuando la última forma espeluznante desapareció bajo la valla del solar abandonado. Parecía que dos trabajadores fuesen a escalar la valla para detenerlas, pero Harris consiguió recuperar el habla a tiempo para pararlos.

Cuando volvieron atrás el profesor pudo dirigir la vista hacia la carnicería que habían causado las ratas. La anciana señora estaba en el suelo, su pecho sacudido por movimientos pronunciados e irregulares, cubierta de sangre, agarrando todavía débilmente la escoba. Sólo entonces descubrió Harris la bata rota y manchada de sangre del pequeño Ferris. Solamente el uniforme, casi irreconocible, con el emblema «Ratkill» sobre el pecho, le permitió comprender que se trataba del pequeño exterminador de ratas, porque aquel cuerpo desmoronado carecía ya de cara.

—Consigan una ambulancia, de prisa —dijo Harris débilmente a uno de los trabajadores, sabiendo sin embargo que ya era demasiado tarde para la anciana señora.

—Ya viene una hacia aquí —dijo acercándose uno de los vecinos. Los demás

empezaron a emerger lentamente de sus hogares y caminaron indecisos hacia los cuerpos, vigilando atentamente la valla.

—¿Qué eran? —preguntó alguien.

—Eran ratas, desde luego —contestó otro.

—¿Ratas de ese tamaño? —continuó el primero.

—Tan grandes como perros.

—Vamos ya, persigámoslas —rezongó el trabajador que estuvo a punto de escalar la valla—. No podemos dejar que animales así estén sueltos por los alrededores.

—No —dijo Harris. No podía hablarles de la enfermedad fatal que transmitía aquella plaga, pero tenía que impedir que se enfrentaran con las ratas—. La policía está en camino y también los de la desratización; es mejor que lo hagan ellos.

—Mientras esperamos a la policía, los bichos habrán desaparecido. Yo voy allá. ¿Quién viene conmigo?

Harris le cogió por el brazo cuando empezaba a dirigirse hacia la valla. El otro dio media vuelta airadamente, pero ya dos coches de la policía entraban sonoramente en la finca y se detenían chirriando de frenos al lado del grupo de personas inmóviles.

Foskins salió del segundo coche y se fue directamente hacia Harris, sin que sus ojos se apartaran de las dos figuras que yacían en el suelo.

Mientras llegaba una camioneta de Ratkill, apartó a un lado al profesor para que la multitud, que aumentaba, no pudiese captar su conversación.

—Bien, señor Harris, ¿qué ha sucedido?

El profesor le contó brevemente lo sucedido. Se sentía lleno de compasión por aquel pequeño Ferris, de cara sonrosada, cuyo sentido del deber para con su trabajo le había conducido a una muerte prematura. El mismo Harris quizá estaría en el suelo si Ferris no hubiera insistido en seguir personalmente a las ratas.

—Vamos a enviar ahora mismo un equipo de investigación —dijo Foskins—. Pasarán la valla y bajarán por el canal. Enviaremos patrullas a lo largo del canal y acordonaremos toda la zona.

—Estos canales tienen kilómetros de longitud. ¿Cómo podrá acordonarlos? —Harris estaba ligeramente irritado por la voz autoritaria y tranquila de Foskins—. Y en todo caso, ¿cómo podrá acordonar todas las alcantarillas que pasan por debajo de esta zona?

—Esto, señor Harris —dijo Foskins fríamente—, es *nuestro* problema.

CAPÍTULO 7

Harris no estaba de humor para volver a la escuela aquella tarde. Paseó un rato por las calles de su infancia, pasando por lugares olvidados hacía tiempo; un estanque donde compró su primer paquete de cigarrillos Domino; la casa de Linda Crossley, aquella chica que, cuando eran adolescentes, una noche les dejó a él y a seis compañeros suyos que se fueran con ella a la parte trasera de su club de juventud —y que desde entonces conservó el nombre de «siete en punta»—; solares bombardeados, donde todavía no habían llegado las inmobiliarias; postes achaparrados que habían servido en otros tiempos para atar los caballos y que en su época servían para jugar a la «pídola», aunque ahora ya no quedaban casi caballos y, además, ¿cuándo había visto por última vez a los niños jugar a la «pídola»? Finalmente, cogió un autobús y volvió al piso. Preparó algo de té y se sentó en su única butaca, deprimido todavía por los acontecimientos de la mañana. Keogh, la mujer y su hija, los pobres vagabundos, Ferris y la vieja. Londres civilizado y alegre: ¡Londres sucio y podrido!

A pesar de su aspecto moderno y de su alto nivel de vida, todavía podía incubarse una plaga odiosa, transmisora de enfermedades como la que hoy había visto. ¡Y de qué tamaño! ¿Cómo se había producido aquella mutación? Eran bichos inteligentes. En dos ocasiones, una de las ratas negras, grandes, se quedó plantada ante él, observándole (¿y si se trataba en los dos casos de la misma? ¡Dios mío!), sin acobardarse, sin prepararse para el ataque, simplemente vigilándole, como si le estudiara, inescrutablemente.

¿Cuánta gente moriría antes de poder reducirlas? ¿Y de dónde procedían? ¿A qué se debía tanta inteligencia en comparación con sus compañeras más pequeñas? Bueno, ¿para qué preocuparse? Era un problema para las malditas autoridades. Pero no sabía qué le irritaba más, si la plaga en sí o el hecho de que sólo pudiese darse en el este de Londres. No en Hampstead o en Kensington, sino en Poplar. Quizá eran los antiguos prejuicios contra las clases medias y altas, contra los ayuntamientos que sacaban a los obreros de sus suburbios, los metían en bloques altos y alejados, les decían que nunca habían estado como ahora, y no comprendían que cuarenta hogares en un bloque de apartamentos se convertían en cuarenta células de reclusión, donde la comunicación se limitaba a una conversación en el ascensor. ¿No era esto lo que realmente le cargaba? Que esos mismos ayuntamientos permitiesen la suciedad que podía engendrar una plaga como aquellas ratas negras. Recordaba la indignación que le produjo el hundimiento de un nuevo piso «ultramoderno» en el que por puro milagro «sólo» murieron nueve personas. Su resentimiento iba no sólo contra los arquitectos que diseñaron la construcción del «bloque», sino contra el Ayuntamiento, que aprobó el diseño. Recordaba los rumores que corrieron luego; según el más popular, un ladrón de cajas fuertes tenía gelignita en el piso, y al explotar ésta reventó una de las placas de hormigón y provocó el hundimiento, como un castillo de naipes, de uno de los muros laterales. Luego hablaron de una fuga de gas, hecho que más

tarde se confirmó. Pero lo cierto era que la construcción en sí había convertido un pequeño accidente en un desastre de grandes proporciones. La construcción siguió el método más barato de edificar, el método más barato de embutir a treinta o cuarenta familias en la menor superficie posible. Esto era lo que amargaba a Harris: la incompetencia de las autoridades.

Al final tuvo que sonreír para sus adentros. Continuaba siendo en el fondo un estudiante, un rebelde contra los poderes constituidos. En su calidad de profesor estaba directamente bajo el control de un organismo gubernativo, y a menudo le exasperaban las decisiones de «comité», aunque sabía que entre los miembros del comité había hombres y mujeres de buena voluntad que realmente se preocupaban, que luchaban duramente para que se tomaran las decisiones justas. Se había enterado de muchos casos de personas que habían combatido, por ejemplo, la decisión del gobierno de prohibir la distribución gratuita de leche a los niños. Casos de hombres y mujeres que estuvieron a punto de perder sus empleos por su actitud de protesta.

No, no era lo mejor encarnizarse contra los que mandaban, porque sabía muy bien que en todos los niveles se daba la indiferencia. El fontanero que dejaba sin reparar una tubería averiada. El mecánico que dejaba un tornillo flojo. El conductor que circulaba a ochenta kilómetros por hora en medio de la niebla. El lechero que dejaba medio litro en lugar de uno. Todo era cuestión de grado. ¿No se refería el pecado original más o menos a lo mismo? Todos somos culpables. Y se durmió.

A las seis y cuarto le despertó el golpe de la puerta de la calle al cerrarse y los pasos que subían corriendo la escalera.

—Hola, Jude —le dijo cuando ella entró con el rostro congestionado y sin aliento.

—Hola, gandul —le dijo besándole en la nariz—. ¿No has leído todavía los periódicos? —Desplegó un *Standard* y le señaló los titulares que hablaban de más muertes por ratas.

—Sí, ya lo sé. Yo estaba allí. —Le contó lo sucedido aquel día, con voz dura y exenta de emoción.

—Oh, querido, es terrible. Esa pobre gente. Y tú también. Debió de ser horrible, ¿no es cierto? —Le acarició la mejilla, porque sabía que su irritación cubría unos sentimientos más hondos.

—Estoy simplemente harto, Jude. Es demencial que la gente muera tranquilamente de este modo, en nuestros días y en esta época.

—De acuerdo, querido. Pero pronto lo resolverán. No es como antes, cuando estas cosas podían irse de la mano.

—Pero lo malo no es esto. Lo malo es que no tendría que haber sucedido.

De repente, Harris se relajó, como sucedía por reacción natural cuando las cosas superaban su capacidad de absorción. Llegaba hasta un determinado punto, pero cuando sabía que no podía hacer nada, su mente se desentendía.

Miró sonriente a Judy.

—¿Qué te parece si nos vamos fuera este fin de semana? Iremos a visitar a la tía

tonta de Walton. El aire fresco nos hará bien a los dos.

—De acuerdo —los brazos de Judy rodearon su cuello y lo apretaron fuertemente.

—¿Qué tenemos para cenar? —preguntó.

El resto de la semana, en lo que a las ratas se refiere, transcurrió sin incidentes. La opinión pública había reaccionado indignadamente, y la prensa emprendió las campañas habituales para pedir la limpieza de Londres. Hubo debates airados en la televisión por parte de políticos y consejeros, incluso una declaración del primer ministro. Se acordonaron grandes zonas de los muelles y se enviaron equipos de desratización. Los descargadores se declararon en huelga dos días hasta convencerse de que no quedaba ya ni rastro de las ratas. La policía y el ejército investigaron los canales que conducían a los muelles, pero no dieron con roedores mayores que los de siempre, e incluso éstos en escasa cantidad. Llegaban regularmente denuncias de ratas negras y grandes, pero cuando se investigaba solía ser un perro o un gato. Los padres acompañaban a sus hijos hasta la escuela y de vuelta de ella si el recorrido incluía alguna calle solitaria. Los solares bombardeados y de juego aparecieron insólitamente tranquilos. Las tiendas de animales de todo Londres hicieron su agosto vendiendo gatos y perros. Los expertos pusieron veneno, pero las víctimas fueron siempre ratones o las ratas normales, más pequeñas.

No se encontró ni una sola rata negra.

La gente perdió pronto el interés por el tema a medida que otras noticias ocupaban las primeras planas de los periódicos. Historias de violaciones, robos e incendios provocados, políticos o no, se convirtieron de nuevo en temas de conversación. Aunque la búsqueda continuaba y se distribuyeron productos químicos para envenenar a las ratas, nada pudo encontrarse, no se produjeron más muertes y se consideró dominado el peligro. Foskins continuaba inquieto y se preocupó de que su departamento cumpliera hasta el fin el programa fijado; el fin buscado era la extinción de cualquier plaga que pudiese dañar a las personas o a las propiedades. Sin embargo, pronto se comprobó que la tarea resultaría prácticamente imposible si el gobierno no concedía más ayuda, pero a medida que la reacción pública se amortiguaba, disminuía igualmente el dinero que salía de la bolsa del Tesoro.

CAPÍTULO 8

El viernes por la tarde, Harris y Judy se dirigieron hacia Walton a bordo de su viejo y maltrecho Hillman Minx. La tía de Judy se mostró encantadísima cuando aparecieron y demostró no ser tan tonta como Harris había imaginado, introduciéndolos en una habitación extraña pero confortable, con doble cama. Los dejó mientras ellos deshacían su única maleta y los tres se dirigían sonrisas mutuas e inútiles.

—Bueno, bueno: la querida tía Hazel —sonrió Harris mientras Judy se echaba sobre el viejo cobertor gritando alegremente.

—Siempre fue mi tía preferida —dijo entre risitas mientras Harris se estiraba a su lado.

Dio una palmada contra sus manos exploradoras.

—Vamos, deshagamos la maleta y bajemos antes de que se arrepienta por falta de compañía de habernos dado una sola habitación para los dos.

Cuando bajaron, la tía de Judy había abierto una botella de jerez. Les sirvió una copa y les pidió que se sentaran en un sofá, blando y decorado con llores, mientras ella hacía lo propio en una butaca, enfrente de los dos. Hablaba, los interrogaba sobre sus trabajos, contaba chismes sobre los vecinos, y recordaba la época que había vivido con la madre de Judy. Harris se sintió relajado y tranquilo.

Su brazo se dobló sobre el hombro de Judy y sus dedos toparon con los de ella. Los tontos temas de tía Hazel le hacían gracia: le gustaba perderse en el encanto y en el mundo cerrado de la vida pueblerina. Descubrió que estaba profundamente interesado por la tómbola benéfica de la parroquia el día siguiente; por el galán de la viuda que vivía en la casa de al lado; por la carrera de asnos que tuvo lugar la última semana. Descubrió que no estaba riéndose de la vieja tía, sino que la acompañaba, y envidiaba su vida sin complicaciones.

A las diez y media sugirió a la joven pareja que saliera a dar un pequeño paseo antes de irse a la cama: con un poco de ejercicio luego dormirían mejor. Pasearon cogidos del brazo por el silencioso pueblecito, sintiendo ambos la paz que penetraba en su interior.

—Respira fuerte —dijo Harris aspirando a fondo el aire.

Ambos respiraron varias veces con una intensidad exagerada, con la vista levantada hacia los millones de estrellas que cubrían el firmamento, y rompieron finalmente a reír ante aquellos concienzudos esfuerzos. Continuaron paseando mientras el silencio suavizaba todavía más su ya ablandado estado de ánimo.

—Quizá podría conseguir un empleo en una escuela fuera de Londres —reflexionó Harris—. En un pueblo como éste. O quizá podría abrir una oficina de correos. ¿Qué te parece?

Judy sonrió sabiendo lo mucho que le gustaba soñar despierto. Era en el fondo un hombre de ciudad, aunque a menudo decía que no podía aguantarla.

—De acuerdo, y yo abriré una pequeña tienda de confección, todo en lana. Pero

no sé que diría el párroco cuando supiera que vivimos juntos. Probablemente pensaría que soy una mujer ligera.

—Bueno, para contentarle nos podríamos casar.

Se detuvieron un momento y Judy se le puso delante y dijo:

—Si vuelves a hacer otra proposición de este tipo, te obligaré a cumplirla.

Cuando volvieron a casa de tía Hazel los estaban esperando unas tostadas calientes y una taza de chocolate.

La vieja tía mariposeaba por allí con su larga bata, charlando todavía de todo lo que ocupaba su cabeza; luego les deseó buenas noches y desapareció escaleras arriba.

—Es encantadora —sonrió Harris, bebiendo su chocolate caliente—. Me puede exasperar, pero es encantadora.

Cuando subieron finalmente a su habitación descubrieron una botella de agua caliente dentro de la cama y un fuego encendido en la chimenea. Harris no podía dejar de sonreír mientras se desnudaban. Habían pasado mucho tiempo sin que nadie los mimara y ahora era agradable verse mimados los dos juntos.

Subió a la cama, al lado de Judy, y acercó hacia sí su cuerpo cálido.

—Me gustaría que nos quedáramos más tiempo. El retorno me va a disgustar.

—Disfrutemos con lo de ahora, querido. Tenemos todo el fin de semana por delante.

Los dedos sensitivos de Judy, que se deslizaban por su espalda, le hicieron estremecer. Se deslizaron alrededor de su muslo y luego subieron.

—Judy, Judy, Judy —dijo con voz de Cary Grant—. ¿Qué dirá el párroco?

Al día siguiente les despertó un cauteloso golpecito en la puerta. La tía Hazel entró con una bandeja de té y bizcochos y con el periódico de la mañana para Harris. Le dieron las gracias e intentaron mantenerse cubiertos mientras ella iba y venía por la habitación retirando las cortinas y recuperando de fuera de la cama la botella de agua caliente. Mientras continuaba con sus evoluciones y con sus inagotables comentarios sobre el tiempo, los vecinos y el estado de las coles de la señora Green, Judy empezó a pellizcar el desnudo trasero de Harris debajo de las sábanas. Este, luchando para no aullar, le agarró la muñeca y se sentó sobre su mano. Luego empezó a estirar el montoncito de pelos de su pubis.

Cuando Judy no pudo aguantar más y rompió a gritar tuvo que explicar a su sorprendida tía, entre ataques de risa, que tenía rampa en el pie. La mano de la tía Judy se disparó bajo las mantas, agarró el pie de Judy y empezó a darle vigorosas friegas. A aquellas alturas, Harris se ahogaba ya de risa y tuvo que ocultarse tras su tembloroso periódico.

A las diez se vistieron y bajaron a desayunar. La tía les preguntó qué pensaban hacer con su tiempo a lo largo del día: les sugirió que podían acompañarla a la tómbola benéfica. Se excusaron porque querían ir a Stratford a ver la ciudad, y volver probablemente a la hora del almuerzo. Tras recomendarles prudencia por la carretera, montó sobre su cabeza un garboso sombrero de paja, cogió su bolso de compra y se

fue saludándoles con la mano una vez y luego otra desde la puerta del jardín. Lavaron los platos y, mientras Judy hacía la cama, Harris limpio de cenizas el hogar de abajo y preparó un nuevo fuego. Aunque no podía imaginar por qué diablos quería fuego la vieja en un tiempo como aquél, tenía que admitir que por la noche daba alegría verlo.

Finalmente subieron al coche y se fueron a Stratford, cantando a voz en grito por los caminos campesinos.

Cuando Harris empezó a tener dificultades para aparcar se arrepintió ya de aquella visita a la antigua ciudad de Stratford. Estaba invadida de gente, de coches y de autocares. Nunca había estado allí y esperaba encontrarse con casas pintorescas de viejo estilo, sostenidas por vigas de roble y entre calles empedradas con guijarros. Le irritó su ingenuidad, porque no había previsto que un centro turístico como aquél tenía que estar desnaturalizado por el comercialismo. Finalmente dio con una calleja lateral y aparcó. Mientras andaban hacia el Royal Shakespeare Theatre vio que muchas de las calles conservaban su antiguo encanto, a pesar de todo, pero que la atmósfera se hundía irremediabilmente ante la multitud de gente con sus acentos multirraciales. Y a medida que se acercaban al teatro, más ruidosas se hacían las calles.

—¿Vienes ya, Ilda? —dijo un hombre delgado de aspecto amarillento y hombros redondeados, con una camisa colgante de cuello abierto y mangas cortas y la cámara fotográfica pendiendo al lado.

La respuesta llegó como un zumbido de una mujer gorda y con lentes que emergía de una tienda, con una docena de postales de Stratford-on-Avon en la mano:

—Espera, hombre, espera un poco.

Un clarísimo yanqui de pelo corto, chaqueta a cuadros y la inevitable cámara:

—Mira hacia allí, Immogene, rápido, que voy a hacer una foto.

Immogene posó, cohibida, ante una tienda con vigas de roble y tejado de paja, lamiendo al mismo tiempo su helado y mirando con ojos ampliados a través de unas gafas mariposa de lentes azulados:

—¿Quieres darte prisa, Mervyn? Me siento incómoda.

Llegaron al teatro, un edificio pesado y deprimente, y lo encontraron cerrado.

—Tomemos un bote río abajo —sugirió no muy convencida Judy cuando vio el desencanto de Harris. Pero en el río pululaban bateas, canoas y botes de remos.

—Tomemos una copa. —Harris se dirigió hacia el bar más próximo, tras pasar ante ventanas llenas de gente que devoraban Wimpies, salchichas y huevos con patatas fritas. Entraron en un bar oscuro, todo él de madera y pavimento de piedra. Las camareras llevaban trajes de época y sonreían animadamente mientras se enfrentaban con la multitud. «Esto ya está mejor», se dijo, mientras encargaba un doble de Brown, un vaso de vino tinto y dos bocadillos de pernil y tomate. Pasó el vaso de vino a Judy, que se había sentado en un banco de una mesa redonda, de roble, y volvió por su cerveza. Se sentó a su lado y le apretó la mano para demostrarle que su estado de ánimo no repercutiría sobre ella.

—No está mal del todo, ¿no es cierto? —Se volvió para estudiar un gran madero cuadrado que salía del suelo y sostenía el techo bajo. Alargó el dedo para tocar la madera y sentir su honda granulación.

—¡Mierda! ¡Es de plástico!

Cuando salían del bar empezó a lloviznar. Aunque era un chaparrón bastante ligero, las entradas de las tiendas se taponaron de personas. Aparecieron impermeables de plástico para cubrir cabezas y hombros. Harris y Judy fueron golpeados por turistas que corrían a ponerse a cubierto.

—Vámonos, Jude —dijo Harris, cogiéndola firmemente del brazo y llevándola hacia la carretera.

Llegaron rápidamente al coche, luchando ambos contra la sensación de claustrofobia. Se sentaron en el coche y contuvieron el aliento. Harris había fumado medio cigarrillo cuando el sol salió de nuevo y cesó la lluvia. La gente salió de sus refugios riendo y llamándose a gritos. Un autocar se detuvo al otro lado de la carretera y descargó un río de visitantes; todos ellos estiraban los miembros, bostezaban y buscaban los lavabos.

—Mira estas mujeres —dijo el profesor, asombrado—. Todas tienen la misma cara. Todas son gordas y todas llevan gafas. ¡No puedo creerlo!

Judy estalló en carcajadas. Tenía razón. Todas parecían iguales. Sin saber porqué, Harris se sintió mejor. Por lo menos comprendía lo irónico de aquella visita fracasada al lugar de nacimiento de Shakespeare. Condujo el coche fuera de la atestada ciudad, hacia el campo.

Cuando la ciudad quedó atrás experimentó una honda sensación de alivio. Podía respirar de nuevo. No acababa de comprender por qué el gentío le afectaba de aquel modo. La gente le daba una sensación de repulsión, no como individuos, sino cuando formaban masa. Parecía mentira, pero era una sensación ligeramente afín a la repulsión que había experimentado por las ratas. Como si constituyeran una amenaza.

—Jude, ¿te parece que mi cabeza no funciona del todo?

—No, querido. Simplemente que te has encontrado con demasiada gente en el momento menos oportuno y en el lugar equivocado. Vinimos aquí precisamente para huir de la gente y dimos de bruces con ella.

A medida que las carreteras se hacían más tranquilas empezó a sentirse mejor. Avistaron ante ellos una colina que se curvaba hacia lo alto, con la cima cubierta de árboles y campos cultivados en su falda; los matices de color iban desde el amarillo brillante hasta el verde más intenso. Unas ovejas pastaban en los eriales de la vertiente.

—¿Quiere escalar? —preguntó Harris a Judy.

—De acuerdo.

Aparcó sobre un margen lleno de hierba y cerró el coche. Saltaron un seto y rodearon la punta de un campo mientras Judy explicaba la diferencia entre el trigo, el maíz y la cebada, y Harris disfrutaba con su propia ignorancia.

Saltaron de nuevo un seto, bajo la mirada de las ovejas. La colina se hacía ya más abrupta. A medida que se acercaban a la cima el esfuerzo empezó a notarse y se agarraron riendo, y en ocasiones caían juntos al suelo. Finalmente, llegaron a los árboles y dieron con un camino entre ellos que conducía a la cima. Allí había una planicie con más campos, que se extendían hasta la vertiente del otro lado y se difuminaban de nuevo entre los bosques.

Se estiraron sobre la pendiente cubierta de hierba y descansaron contemplando las colinas que los rodeaban, las casitas, las líneas grises de las carreteras. Una ligera brisa animaba la atmósfera, más bien cálida.

—¿Te sientes mejor ahora? —preguntó Judy.

—Sí.

—Respira fuerte.

Se volvió para cogerla.

—Está todo tan tranquilo, sin gente. Parece como si cada cosa recuperara su perspectiva correcta.

Una oveja que había perdido su rebaño pasó precipitadamente por su lado. Cuando hubo pasado se volvió y les lanzó un balido; luego continuó corriendo.

—Eso tú —gritó Harris.

Se volvió hacia Judy y la besó, primero suavemente, con besos cortos y tiernos, tocándole solamente los labios, luego con fuerza y con urgencia. Su mano se deslizó bajo el jersey de ella, sobre sus pechos, pequeños y redondos.

—Harris, puede venir alguien —le advirtió ella.

—¿Aquí arriba? —dijo en son de burla—. Bromeas. ¿Quién puede ser lo bastante tonto para subir hasta aquí?

Le bajó la cremallera del pantalón. Ella le besó en la cara y en el cuello: el amor estaba excitando su deseo y empujó su cuerpo hacia él con un movimiento rítmico. Harris tiró del pantalón mientras ella levantaba el cuerpo para ayudarle, luego pasó ligeramente los dedos sobre sus suaves muslos. Se inclinó para besarlos, trazando con la lengua rayas húmedas a lo largo de cada miembro. Su mano empezó a acariciar el fino tejido de las bragas, luego se metió entre sus muslos.

Ella, gimiendo de placer, alargó las manos y le soltó la ropa para ponerlo cómodo. Los dedos de él se deslizaron lentamente entre las casi transparentes bragas y la suave piel, hasta llegar al sedoso pelo púbico y luego más abajo, entre los muslos, donde se mojaron con ella. Bajó las bragas suavemente a lo largo de sus piernas y las dejó al lado del pantalón. Se sentó a medias, disfrutando con la visión de sus muslos desnudos sobre la rica hierba verde.

Ella le inclinó hacia sí.

—Amor mío —susurro, sin que de veras le importara—, alguien puede vernos.

—Aquí arriba, no. Nadie puede vernos aquí arriba.

Entró en ella, muy suave y muy lentamente. Luego quedaron unidos, con las piernas de ella ligeramente dobladas y los pies planos contra la pendiente. Empezó a

moverse en su interior, adentro y afuera; sus pasiones iban al mismo ritmo, como les sucedía tan a menudo. Ella empujó su cuerpo contra el de él y ambos se hundieron en la dulzura del amor físico.

Pero a medida que sus movimientos se hacían más frenéticos, pies y rodillas empezaron a perder el apoyo sobre la pendiente herbosa. Él, al sentir que se deslizaba, se retorció de nuevo hacia adelante, agarrando unos manojos de hierba para levantarse. Pero al reanudar el juego resbaló de nuevo, saliéndose esta vez de ella. La cosa no le hizo tanta gracia como a Judy.

—Démonos la vuelta —dijo, entrando de nuevo con fuerza en su interior.

Lo hicieron cuidadosamente, poco a poco, en sentido contrario al del reloj; trataban desesperadamente de no separarse, y se reían ya los dos por el espectáculo ridículo que seguramente ofrecían.

—La sangre se me sube a la cabeza —dijo ella entre risitas.

—No te digo a dónde se me sube a mí —contestó con un gemido mientras luchaba por no caer rodando hacia adelante, por encima del cuerpo de Judy. Se mantuvo sobre la hierba, apretado contra ella; el esfuerzo de sus brazos se hacía más intenso a medida que sus cuerpos aceleraban su ritmo ascendente. Ella se retorció debajo suyo, y en dos ocasiones estuvo a punto de enviarlo rodando colina abajo. Alcanzaron el clímax, Harris casi con alivio, y juntos todavía dejaron que sus cuerpos rodaran y se deslizaran lánguidamente hacia abajo.

Descansaron unos minutos mientras sus cuerpos disfrutaban del cálido sol y absorbían la ligera brisa sobre su desnudez.

—Te quiero, amor mio —dijo Judy.

—Bueno, porque yo también.

Se vistieron de mala gana, y Harris encendió un cigarrillo. Judy se apoyó de nuevo contra él y ambos estudiaron el cielo de cobalto.

Una voz interrumpió sus tranquilos pensamientos:

—Susa, preciosa, no te alejes demasiado.

Los dos se incorporaron y miraron en dirección del sonido. Apareció saltando sobre el borde de la colina una niña de unos siete años, seguida de cerca por un hombre y una mujer que se preguntaron por qué la joven pareja que estaba sentada sobre la vertiente de la colina había estallado en carcajadas.

CAPÍTULO 9

Dave estaba apoyado contra la pared de la sombría estación de metro; de vez en cuando echaba la cabeza atrás y bebía su paquete de leche. «Este rollo me está cargando», se dijo, mientras escrutaba las sombras de la descolorida estación. Salir con la misma chica tres veces por semana y desde hacía ya dos meses era pasarse de rosca. El miércoles al cine, el sábado al club, la tele los domingos, y ahora quería que suprimiera su fútbol del viernes por la noche. No le iba a quedar nada. Ni siquiera eran novios, pero Gerry se estaba haciendo cada vez más posesiva, dictaba la ley en relación a sus amigos, se metía con sus trajes, le corregía el lenguaje. Y luego el espectáculo de última hora: correr para coger el último tren y saltar por los peldaños traicioneros de la línea de Shadwell. En dos ocasiones había perdido el tren y en otra estuvo en un tris de romperse una pierna. Esto no le importaba, lo malo era tener que pasarse toda la tarde metiéndole mano para ponerla caliente sin llegar a ninguna parte. Pero luego, cuando él tenía que irse, se disparaba de repente y se ponía cachonda. Sus amigos le habían dicho que era una C. B., caliente braguetas, pero no les hizo caso, llegó incluso a pegarse con uno de ellos.

—Quizá le dé la patada la semana próxima —dijo, expresándose en voz alta para aumentar su seguridad.

Se puso a silbar. Pero era curioso el interés que se le despertaba por verla cuando llegaba el miércoles siguiente. Dejó de silbar. Siempre estaba buena, siempre iba bien vestida. Su madre le ponía nervioso, pero rara vez la veía. Su padre era también un cabrón gandul. No eran como su madre ni su padre. Él se llevaba bien con los suyos. Tenía siempre una camisa recién planchada para el sábado por la noche, una buena cena caliente que le esperaba cuando volvía del trabajo, y al viejo siempre se le podían pedir un billete o dos cuando se acababa la semana. Suponía que en esto influía mucho que fuera hijo único. A su hermano mayor lo atropelló un coche siete años atrás, y parecía como si sus padres hubiesen volcado en él todo su afecto. A él no le importaba: le gustaba...

Podía traer siempre que quisiera a sus amigos y dar una fiesta. Su padre se presentaba para beber cerveza, su madre bailaba con los muchachos. El viejo charlaba incluso con las chicas. No, sus padres no eran como los de Gerry: viejos y miserables cabrones.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por el ruido de pasos que bajaban por la larga escalera. Un empleado de color hizo su aparición, se fue al otro extremo de la plataforma y entró en una puerta con el letrero de «privado».

Los pensamientos de Dave volvieron a su situación actual. ¿Dónde estaba el maldito tren? Por una vez que llegaba pronto se tenía que esperar en aquel agujero oscuro. Gerry le acompañaba siempre hasta la puerta para decirle adiós; su pasión aumentaba a medida que el temor de él a perder el tren se hacía más fuerte. Finalmente le dejaba partir y se quedaba en la entrada hasta que él desaparecía.

Él se giraba indiferentemente de vez en cuando y le hacía adiós con la mano, soplándole besos en la punta de los dedos, pero tras doblar el primer recodo saltaba disparado como un proyectil hasta que los pulmones le dolían por el repentino esfuerzo de correr. Llegaba invariablemente a la estación con un fuerte dolor en el costado, atravesaba la barrera sin pagar, saltaba los peldaños de dos en dos y de tres en tres y llegaba normalmente en el momento justo para introducirse entre las puertas del tren, que se estaban ya cerrando. Por suerte, Gerry no podía oír sus maldiciones si no llegaba a tiempo. Aquello significaba un largo recorrido hasta casa por la conflictiva Commercial Road. Había siempre pandillas en alguna esquina, o algún «pervertido» esperando en un portal. Dave no era un gallina, pero la cosa *resultaba* pesada.

Algo que se movía atrajo su atención. Una forma negra se desplazaba entre las vías. Se acercó al extremo de la plataforma y miró hacia la oscuridad de las vías. Nada. Luego descubrió que la forma se había detenido. Comprendió que se trataba de una rata y le echó el paquete vacío de leche para ver si conseguía que se metiera de nuevo en el negro túnel, pero simplemente se arrinconó bajo la toma de corriente. El muchacho levantó de pronto la cabeza cuando oyó ruidos procedentes de la caverna intensamente oscura del túnel. Parecía como un golpe de aire, pero no era el sonido causado por el tren al acercarse. Dirigió de nuevo la mirada nerviosamente a la forma acurrucada bajo los raíles y la levantó al aumentar el ruido. Cuando lo hizo, centenares —así lo parecían— de pequeños cuerpos negros salieron como un río del túnel; algunos entre los raíles, otros por la rampa y a lo largo del andén.

Dio media vuelta y emprendió la huida antes incluso de ver que eran ratas, mucho mayores que las normales y más rápidas. Alcanzó las escaleras, con un río negro de bichos pisándole los talones, y corrió hacia arriba, saltando los peldaños de tres en tres. Resbaló sobre uno de ellos, pero recuperó rápidamente el equilibrio, agarrándose a la barandilla y tirando de ella para coger nuevo impulso. Pero una rata le había adelantado y el paso siguiente lo dio sobre su lomo, tropezando. Cuando su mano se alargó para recuperarse, unos dientes agudos mordieron sus dedos. Gritó de miedo y lanzó violentas patadas que enviaron a dos de los cuerpos hirsutos sobre los lomos de sus compañeros. Dio un tumbo hacia adelante, pero ahora con el peso de las ratas que se habían agarrado a sus ropas y a su carne. Cayó de nuevo y el puente de su nariz golpeó el agudo canto de un peldaño; la hemorragia se esparció por su rostro y por su camisa blanca de cuello largo.

Pataleó y gritó, pero le arrastraron escaleras abajo; rodaron hasta el fondo con él, despedazaron su cuerpo, lo sacudieron como si fuese un muñeco de juguete. Sus gritos resonaron por la vieja estación. Se incorporó a medias antes de que sus sentidos se oscurecieran del todo y llamó a su madre.

Errol Johnson abrió de golpe la puerta señalada «privado» y se precipitó al exterior. Había oído los gritos y supuso que alguien había caído por la larga escalera hasta el andén. Sabía que algún día iba a suceder: aquella escalera estaba muy mal

iluminada. Si algún día le nombraban jefe de estación, si un hombre de color se convertía algún día en jefe de estación, la limpiaría y la convertiría en una estación respetable. No porque era poco utilizada tenía que estar en mal estado.

Se detuvo petrificado ante el espectáculo que se ofrecía a sus ojos, boquiabierto.

Millones de ratas pululaban por toda la estación. Y ratas grandes, como las que había visto en su país, incluso mayores. Su mente ni siquiera se detuvo a calcular. Corrió sin mirar atrás. Sólo le quedaba una salida, porque la escalera estaba interceptada por una masa enfebrecida de bichos. Sin dudarlo un instante corrió por la rampa y se metió en el vientre oscuro del túnel. Su miedo le condujo directamente bajo las ruedas del tren que se acercaba y que lo mató misericordiosamente antes de que se diera cuenta de la presencia de la muerte.

El conductor, que de todos modos estaba frenando, apretó los frenos con más fuerza, lanzando hacia los asientos de delante a sus pocos pasajeros. Cuando emergió del túnel, con las ruedas del tren protestando con agudos chirridos, la escena que se ofreció ante sus ojos le hizo reaccionar instintivamente, salvando de este modo las vidas de sus pasajeros y la suya propia. Soltó los frenos y continuó la marcha.

Las ratas quedaron inmóviles y miraron ferozmente al gran monstruo que irrumpía entre ellas. Las que estaban en medio de las vías se agacharon cuando pasó retumbando sobre ellas, petrificadas por el chirriar de sus ruedas.

Los pasajeros miraron a través de las ventanas, horrorizados, preguntándose si el tren se habría metido de algún modo por los pasillos del infierno. Un pasajero se echó atrás cuando un cuerpo negro y peludo se precipitó contra él para rebotar en la ventana y caer de nuevo al andén. A medida que el tren cogía velocidad, más animales saltaban contra las ventanas, algunos caían entre el tren y el andén y eran triturados por las chirriantes ruedas. Una rata rompió la ventana de un vagón y atacó inmediatamente al solitario pasajero. El hombre era forzado y consiguió arrancar a la enloquecida criatura de su cuello. Le destrozaba las manos con dientes y garras, haciéndole gritar de dolor, pero mantuvo la presa sobre el cuello y el cuerpo de la rata. Su terror le proporcionó la fuerza y la rapidez necesarias: echó al animal al suelo y le descargó sobre la cabeza su pesada bota, aplastándole el cráneo. Recogió el cuerpo inerte, asombrado de su tamaño, y lo echó por la ventana rota hacia el negro túnel, donde ya había penetrado el tren. Se hundió en su asiento mientras el *shock* se extendía por todo su cuerpo, sin saber que dentro de veinticuatro horas habría muerto.

El jefe de estación se atragantó con su té cuando oyó los gritos procedentes de la escalera. Farfulló mientras trataba de coger aire. Confiaba que no sería otra pelea. ¿A qué se debía que la estación atrajera de tal modo a los gamberros los fines de semana? Especialmente los sábados por la noche. Las estaciones de metro siempre atraían la violencia la noche de los sábados por parte de vagos y borrachos, pero en general los domingos no eran malos. Confiaba que aquel mono estúpido de Errol no estuviera interviniendo. Siempre se liaba. Hacía sugerencias sobre el modo de dirigir el lugar. Ayudaba a los borrachos en lugar de echarlos a patadas. ¿Dónde creía que

estaba, en Charing Cross?

Shadwell era un buen lugar para el jefe de estación. Un lugar tranquilo en comparación con la mayoría de estaciones, y se le daba bien. Desde luego, la estación estaba sucia, pero ¿qué podía hacerse con un viejo vertedero como aquél? Además, esto alejaba a la gente.

Cuando hubo recuperado su compostura, se puso la chaqueta y salió de la casilla de los billetes. Sin precipitarse se dirigió hacia lo alto de la escalera que daba al andén primero.

—¿Qué pasa por ahí abajo? —gritó, torciendo la vista para distinguir algo entre la escasa iluminación. Oyó un grito, algo así como «mamá» y vio una forma negra que se debatía. Bajó cautelosamente unos pocos peldaños y se detuvo de nuevo—. Vamos ya, ¿quién es?

La forma negra pareció disolverse en una multitud de pequeñas formas que empezaron a subir las escaleras, hacia él. Oyó un tren que se detenía chirriando en lo bajo de la escalera y luego el silbido de las unidades que aceleraban de nuevo por algún motivo desconocido y pasaban de largo, sin detenerse. Luego oyó unos chirridos, como de centenares de ratones. Comprendió que las bestias subían hacia él. No eran ratones sino ratas. Ratas grandes y horribles. Negras, repugnantes.

Se puso en movimiento con una rapidez sorprendente para un hombre de su volumen. Franqueó en dos saltos los pocos peldaños que había bajado, se dirigió hacia la casilla de los billetes y cerró de golpe la puerta tras de sí. Se apoyó un par de segundos contra ella, luchando para recuperar el aliento y para calmar algo los latidos de su corazón. Se dirigió al teléfono y con dedos temblorosos marcó el número de urgencias.

—Policía. ¡Rápido! ¿Policía? Aquí la estación de metro de Shadwell, al habla el jefe de estación Green... —Levantó la vista al oír un ruido precipitado. Desde la ventanilla de los billetes una rata enorme, negra, de aspecto maligno, lo estaba mirando.

Dejó caer el teléfono y corrió a la parte trasera de la oficina. Las ventanas estaban protegidas con barrotes y por allí no podía escapar. Echó una mirada a su alrededor, desesperadamente, mientras su cuerpo voluminoso temblaba de terror. Vio el armario de la pared donde se guardaban los cubos y escobas del equipo de limpieza, lo abrió y se apretó en su interior tras cerrar la puerta. Se acurrucó, medio sentado, sollozando, mientras la humedad se extendía entre sus muslos, no atreviéndose siquiera a respirar en las tinieblas. ¡Aquel grito! Debió de ser Errol o alguien que esperaba el tren. Lo cogieron y ahora iban a por él. El conductor del tren no se había detenido. Las había visto y había continuado. «Y no hay nadie más en la estación. Virgen santa, ¿qué pasa ahora? Están royendo. Están rascando. Están dentro de la oficina. ¡Están tratando de abrirse paso con los dientes a través de la puerta del armario!».

CAPÍTULO 10

Las ocho y media. El ajetreo matinal de cada lunes estaba en pleno auge. Los pasajeros del tren metropolitano leían sus periódicos de la mañana o sus novelas; dormían o dormitaban; charlaban o meditaban; estaban de pie o sentados. Algunos, a veces, incluso reían. Los escribientes se rozaban con los directores financieros; las mecanógrafas con las modelos; las camareras con los ejecutivos; los archivadores con los programadores de computadoras; los negros con los blancos. Los hombres miraban descarada o secretamente las piernas de las chicas; las chicas devolvían las miradas o simulaban no enterarse. Unas mentes estaban ocupadas con la semana que comenzaba; otras mentes pensaban en el fin de semana transcurrido; otras estaban casi en blanco.

Jenny Cooper estaba sentada, leyendo el consultorio de una revista femenina, y sonreía de vez en cuando ante las situaciones ridículas en que parecían meterse algunas chicas. Se burló también de algunas respuestas. Sus ojos recorrían la página, pero sin enterarse realmente de las palabras que leía, y sus pensamientos retrocedieron a la fiesta de la noche del sábado anterior. Estaba impaciente por llegar al trabajo y hablar a sus amigas del chico fabuloso que la había acompañado a casa: especialmente contárselo a Marion, que siempre tenía centenares de chicos y no dejaba a las demás que lo olvidaran. Jenny no se consideraba muy atractiva; sus ojos eran en exceso pequeños y juntos, su nariz un poco demasiado larga. Sin embargo tenía buenas piernas; eran largas, ni muy delgadas ni muy gordas. Su pelo tenía siempre un bonito aspecto. Bonitos rizos y un bonito color suave. Y su cara era realmente atractiva si procuraba no sonreír demasiado fuerte. De todos modos, a aquel chico le había gustado de veras: se lo había dicho. Había tenido otros «ligues», pero ninguno llegaba al nivel habitual de Marion. Eran chicos que a ella le gustaban, pero siempre se sentía algo incómoda cuando salía con ellos. Éste, en cambio, era distinto. Era tan guapo como cualquiera de los de Marion; más guapo incluso que muchos de ellos. Y le había pedido salir otra vez. Hoy, por la noche. Al cine. Le faltaba tiempo para enseñarlo a sus amigas. Marion se moriría de envidia.

Violet Melray, sentada a su lado, leía una novela de época. Las novelas románticas la absorbían profundamente, siempre sabía las sensaciones de la heroína en cualquier momento, sufría con ella, experimentaba sus desencantos, su felicidad. Suspiró interiormente cuando el héroe de la historia, tras perder su bienes, a su esposa (que había sido tan malvada y artera) y a su brazo derecho en un accidente de caza, volvía a la mujer que realmente amaba, a la heroína, tan suave, tan pura, tan dispuesta a recogerle de nuevo en sus brazos y a consolarlo en sus penas, dispuesta a sacrificarlo todo por él, por el hombre que había traicionado su fidelidad y que ahora la necesitaba tanto. Violet recordaba lo romántico que había sido George. Cuando eran novios le enviaba flores, pequeños regalos, poemitas. ¡Qué considerado había sido siempre! Pero ahora, después de dieciséis años y tres niños, se sentía más

inclinado a la camaradería que a la galantería. Sin embargo era buena persona, muy formal, pero muy blando.

Había sido buen marido para ella y buen padre para sus hijos, siempre fiel, siempre paciente. Su amor había madurado con los años, de hecho no se había extinguido como parecía suceder con la mayoría de las parejas. Los problemas se trataban con lógica, más que con emoción; y la emoción se medía cuidadosamente sin dejar que desbordara. Si por lo menos no fuera tan sensato. Si alguna vez quisiera darle una sorpresa. Algo asombroso. No meterse en un lío, pero quizá mirar con interés a otra mujer. O volver a casa borracho. O tumbar de un puñetazo a su hermano Albert. Pero no, en realidad prefería que no cambiase. Era culpa de ella esta sensación de necesitar que algo le sucediese de vez en cuando, un poco de aventura, algo emocionante. A sus cuarenta y dos años tenía que haber superado sus impulsos más locos de aventura. Pero los chicos estaban en la escuela y ya sabían cuidarse solos, y su única válvula de escape era la media jornada de trabajo en una oficina de seguros. Los hombres eran bastante pesados, pero algunas de las chicas resultaban realmente divertidas. En todo caso la tenía ocupada gran parte del día, y cuando los chicos volvían de la escuela y George del trabajo, no le quedaba tiempo libre. Tenía que recordar a la hora del almuerzo que iría a Smith's a comprar otro libro.

Henry Sutton se agarraba a la correa mientras el tren daba bandazos por el túnel. Intentaba leer el periódico, pero cada vez que lo desplegaba para pasar a otra página perdía fácilmente el equilibrio. Al fin renunció a esa tarea demasiado complicada, miró a la mujer que estaba sentada frente a él leyendo un libro y se preguntó en qué estación iba a bajar. Lo más probable era que tardara un poco; los lectores de libros seguían siempre largos recorridos. La chica joven sentada al lado. No. «Ésta trabaja en una oficina, y no bajará hasta que lleguemos a la City o al West End, y de momento la siguiente estación es Stepney Green». Tras tantos años de horas punta, Henry se había convertido en un experto en domicilios. No le salía tan bien por las mañanas —raramente conseguía sentarse—, pero por la tarde se situaba delante de una persona que con toda probabilidad bajaría pronto. Por ejemplo, cuanto más piojosa una persona, más pronto llegaba a su destino; la gente de color no pasaba nunca de West Ham; la gente bien vestida solía enlazar en Mile End para tomar la línea del centro. Sus veinte años trabajando para un procurador, un empleo mundano pero confortable, le habían enseñado también muchas cosas sobre la gente. La vida seguía un curso tranquilo, regular; no era muy interesante —aparte de algunos pocos escándalos—, cada día se asemejaba más bien al anterior. Normalmente no había casos de asesinatos, de violaciones o de chantajes, sino de divorcios, desfalcos o compras de pisos. Un material constante. Casi siempre monótono, a menudo pesado. Seguro. Se alegraba de no haberse casado y de haber podido vivir su vida sin tener que preocuparse de los chicos, el colegio, los vecinos, los plazos, las vacaciones. No es que con su sistema de vida llegara tampoco a ninguna parte. Creía en la necesidad de reservarse para sí y no meterse en los problemas de los demás. Tenía bastante de

esto en el trabajo, aunque nunca se sentía implicado emocionalmente. El coro de la parroquia era la única expansión social de que disfrutaba. Se reunían una vez a la semana para ensayar y el domingo por la mañana, cantando con todo su corazón, daba curso al máximo de exhibicionismo que se permitía.

Levantó las gafas y se restregó el puente de la nariz. Los lunes no eran ni deprimentes ni excitantes para Henry Sutton; un día se parecía mucho a otro cualquiera.

El tren dio de pronto un bandazo y se detuvo chirriando, proyectando al sorprendido pasante de abogado sobre las faldas de Violet Melray y Jenny Cooper.

—Oh, perdonen —balbució, enrojeciendo mientras se ponía en pie de nuevo.

Otros pasajeros se encontraban en la misma situación y se estaban recuperando, algunos entre risas y otros con gestos de desaprobación.

—¡Otra vez lo mismo! —se oyó exclamar a una voz—. Veinte minutos más de retraso.

Estaba equivocado. Estuvieron sentados o de pie cuarenta minutos, que pasaron agitadamente, mientras trataban de captar la conversación que sostenían a gritos el conductor y el guarda a través del intercomunicador. Henry Sutton, Violet Melray y Jenny Cooper iban en el primer vagón y por lo tanto pudieron oír con claridad las respuestas del conductor a las preguntas del guarda. Había visto algo en su línea, no estaba seguro de qué se trataba, pero era algo bastante grande, por lo que había apretado los frenos y cortado la marcha. Tanto si era un hombre como un animal el tren lo habría alcanzado, y no tenía remedio ya. Lo lógico era continuar y enviar un equipo desde la siguiente estación. Pero ahora sucedía que no le llegaba ni una gota de corriente. Quizá lo que acababa de atropellar había averiado el tren, aunque lo dudaba. ¿Quizá un cable roto? Le habían contado que las ratas podían roer los cables.

El conductor o «motorista», como se le denominaba oficialmente, había llamado al control central, y éstos le habían aconsejado que esperara un rato mientras localizaban y reparaban la avería. Pero lo que le decidió a actuar fue el olor de humo. Los pasajeros captaron al mismo tiempo el olor y comenzaron a moverse con aprensión.

Puesto que la siguiente estación, Stepney Green, no estaba muy lejos, diría a los pasajeros que bajasen del tren y subieran por el túnel. La cosa podía resultar peligrosa con tantos pasajeros, pero era mejor esto que un pánico dentro de los estrechos vagones. Empezaba a oír voces excitadas procedentes de su vagón, tras la puerta de la cabina. Participó al guarda sus intenciones, luego abrió la puerta de la cabina y se enfrentó con aquellos rostros ansiosos.

—Todo está en orden —les dijo para animarlos, con una falsa seguridad—. Una pequeña dificultad, eso es todo. Vamos a seguir por el túnel hasta la parada siguiente. No queda lejos y los raíles están sin corriente.

—Pero algo está ardiendo —le informó bruscamente un hombre de negocios con cara preocupada.

—Todo está en orden, señor. No hay que alarmarse. Pronto lo arreglaremos. —Se abrió paso hacia el extremo del vagón—. Voy a informar al resto de los pasajeros y, cuando regrese, los guiaré a través del túnel.

Desapareció en el compartimento siguiente, dejando a los desanimados usuarios en un silencio incómodo.

Unos minutos más tarde oyeron un grito seguido por exclamaciones de alarma. La puerta de conexión se abrió de golpe y brotó un río de pasajeros que a empujones y codazos se abrían paso por el apretujado vagón. El olor a quemado siguió inmediatamente. La histeria se contagió como el fuego que la causaba.

Henry Sutton fue proyectado de nuevo sobre las dos viajeras.

—Dios mío —murmuró mientras las gafas se balanceaban en la punta de su nariz.

Esta vez el agolpamiento de la gente le impidió desenredarse de las asustadas mujeres. Se vieron obligados a permanecer enlazados mientras hombres y mujeres pasaban empujándose, aterrorizados ya por el humo denso que empezaba a llenar el tren. Estallaron peleas cuando algunos hombres se veían detenidos por otros. A todo lo largo del convoy la gente forzaba las puertas y los pasajeros saltaban hacia el negro túnel; algunos quedaban inconscientes al chocar contra el muro y eran aplastados por los que caían encima suyo.

Violet trató de respirar bajo el postrado pasante mientras Jenny luchaba para liberarse.

—Lo siento muchísimo, señoras —dijo excusándose, incapaz de moverse—. Si... si conservamos la serenidad, estoy seguro que la aglomeración pronto aflojará y podremos salir del tren. No creo que de momento el fuego nos alcance. Disponemos de mucho tiempo.

Era curioso, pero Henry se sentía perfectamente tranquilo. Tratándose de una persona que había vivido tan pocas aventuras en su vida, le maravillaba su propia compostura. A menudo se había preguntado si demostraría coraje en un momento de crisis, y ahora, entre el pánico de todos los que le rodeaban, los gritos y los empujones, su propia falta de miedo le sorprendía. Estaba realmente satisfecho.

Por aquel entonces el vagón estaba ya menos apretujado porque la gente utilizaba las puertas laterales para escapar del humo asfixiante.

—Bueno, ahora creo que puedo levantarme. —Henry se puso en pie y se inclinó para ayudar a levantarse a la mujer y a la chica—. Creo, señoras, que deberíamos formar un grupo. Cuando nos metamos en el túnel nos cogeremos de las manos y avanzaremos palpando el muro. Yo guiaré y ustedes seguirán.

Condujo a las dos pálidas pasajeras hacia la parte delantera del vagón. De pronto los gritos alcanzaron un nuevo tono. En la oscuridad del túnel, iluminada por los faros del tren, podían verse figuras que luchaban contra algo. Había tantos rostros allí abajo que no podían entender exactamente qué sucedía. Henry captó la imagen de un hombre que conservaba su sombrero hongo y que desaparecía de su vista debajo de la ventana con algo negro en la cara. Cuando se acercaron a la puerta abierta del

compartimento del conductor, vieron que la gente luchaba por regresar al tren, chocando con los que todavía intentaban salir.

Henry y sus dos compañeras alcanzaron la pequeña cabina del conductor.

«Vamos a ver ahora —se dijo a sí mismo—, aquí habrá una linterna o algo parecido: ahá, lo que buscaba».

Alcanzó una larga linterna recubierta de caucho, oculta en un rincón. Un repentino ruido como de arañazos le hizo girarse hacia la puerta abierta del conductor. Algo negro estaba agazapado allí. Encendió la linterna y dirigió hacia allí un rayo de luz. Jenny lanzó un grito cuando el rayo se reflejó sobre dos ojos relucientes y malignos. Instantáneamente, sin darse cuenta de sus actos, Henry descargó su pie, alcanzando a la rata en la cabeza y proyectándola hacia el túnel.

—Es una de las ratas negras que salieron en los periódicos —gritó Violet, horrorizada. Jenny rompió a llorar, hundiendo la cabeza en el hombro de la mujer mayor. Henry dirigió la linterna hacia la oscuridad y quedó paralizado ante aquella escena. En el estrecho espacio del túnel hombres y mujeres corrían, luchaban, se acurrucaban ante centenares de ratas que se lanzaban saltando desenfrenadas contra ellos, destrozándolos y estimulando su sed de sangre un auténtico frenesí. Cerró rápidamente la puerta y miró hacia el interior del vagón. Vio que las ratas habían entrado en el tren y estaban atacando a los pasajeros que no habían conseguido salir o que habían subido de nuevo. Cerró de golpe la puerta de la cabina y apagó la linterna.

Estaba temblando ligeramente, pero consiguió controlar el trémolo de su voz:

—Creo que ahora lo mejor será quedarse sentados aquí un rato, señoras.

Los tres se sobresaltaron cuando algo cayó contra la puerta. Jenny se puso a sollozar en voz alta; los espasmos sacudían todo su cuerpo. Violet hizo lo posible para consolarla:

—No será nada, querida. Aquí no pueden entrar —dijo calmándola.

—Pero debemos guardar silencio —dijo Henry, poniendo suavemente la mano sobre su hombro—. No tienen que oírnos. Creo que le partí el cráneo a aquel demonio y que no volverá a intentarlo. Propongo que nos agazapemos todos en el suelo y que hagamos el menor ruido posible.

Ayudó a sentarse a la chica sollozante y echó otro vistazo a través de la Ventana. Luego se arrepintió. Su mente captó una imagen que estaba seguro que no olvidaría mientras... pero rápidamente apartó de su mente todo pensamiento de vida o de muerte. Allá abajo se desarrollaba una pesadilla. Una escena del infierno. Vio miembros cubiertos de sangre; caras despedazadas; cuerpos reventados. Enfrente de él un hombre estaba de pie, apoyado contra la pared, rígido y tieso, con ojos que parecían mirar, sin vida, a sus propios ojos, mientras tres o cuatro ratas devoraban sus piernas. Una mujer gorda, completamente desnuda, gritaba lastimeramente mientras golpeaba a dos ratas que pendían de sus grandes senos. Un chico de unos dieciocho años trataba de escalar el techo del tren, apoyando los pies en la pared y haciendo lentamente palanca. Una gran rata corrió pared arriba y se lanzó sobre su regazo,

obligando al chico a resbalar hasta el suelo. El aire estaba lleno de aullidos. Gritos de socorro que perforaban su cerebro. Y todo en la penumbra, contra la oscuridad del túnel, como si el entero proceso se desarrollara en un limbo negro. Y por todas partes animales negros y peludos que se escurrían, se subían por las paredes, se lanzaban por el aire, parando solamente cuando cesaban los esfuerzos de sus víctimas para luego comer y beber de ellos.

Henry se hundió sobre sus rodillas y se santiguó débilmente.

Se sobresaltó cuando una mano le tocó el hombro.

—¿Qué haremos? —le preguntó Violet, tratando de ver su rostro en la oscuridad. Con un esfuerzo intentó apartar la terrible escena de su mente.

—Vamos a esperar un rato para ver qué pasa. Deberán enviar a alguien por el túnel a investigar. Supongo que no van a tardar demasiado. —Alcanzó la mano de Violet y la acarició suavemente. Empezaba a disfrutar secretamente con la dependencia de la mujer en relación a él. Anteriormente siempre se había sentido algo tímido con el sexo opuesto, pero ahora, en medio del caos, estaba descubriendo un nuevo aspecto de su personalidad tímida. Una sensación de orgullo personal empezó a apagar los temores de su interior.

De repente los gritos cesaron. Quedaron inmóviles unos segundos, tratando de captar con sus oídos el menor sonido. Y luego oyeron los gemidos. Empezó como un largo y bajo gemido que se desarrolló en varios gemidos más. Pronto, todo el túnel resonó con los gritos de agonía, las voces plañideras y las llamadas de auxilio. Pero no hubo más gritos. Aquella urgencia estridente había desaparecido de las voces. Era como si los que quedaban mutilados —los que todavía estaban con vida— comprendieran que ya nada más podía pasarles. Se había perpetrado el horror y ahora sólo les quedaba vivir o morir.

Henry se incorporó y miró por la ventana. Podía ver uno o dos cuerpos próximos, pero la oscuridad ocultaba el resto.

—Creo que se han ido. —Se volvió hacia la mujer y la chica—: Creo que no queda ni rastro de las ratas.

Violet se puso de rodillas y miró hacia fuera.

—Pero, pero este resplandor qué es. Parece que se ve un resplandor en algún sitio. Henry se incorporó de un salto.

—¡Claro! ¡El fuego! Se esta extendiendo y probablemente ha asustado a las ratas. Tendremos que salir.

—No —gritó Jenny—. No podemos salir de aquí. Estarán esperando.

—Ni tampoco podemos quedarnos aquí —le dijo sin dureza—. Mire, creo que se fueron ya, asustadas por el incendio. Voy a salir a echar un vistazo para comprobarlo. Luego volveré con ustedes.

—No nos abandone —dijo Violet agarrándose a su brazo. Le dirigió una sonrisa mientras su rostro se iluminaba ya con el rojo resplandor. Era una mujer guapa, pensó. Probablemente casada. Y también con hijos. «No se pararía ni un segundo a

mirarme en una situación normal. Lástima».

—De acuerdo. Iremos juntos.

—No, no. Yo no salgo de aquí. —Jenny se acurrucó en el rincón opuesto.

—Tiene que hacerlo, querida. Si se queda, dentro de poco se asfixiará. —El humo se estaba haciendo más denso—. Ahora no hay peligro, ya lo verá. —Se inclinó y la obligó a ponerse en pie, ayudado por Violet—. Cuando salgamos no quiero que ninguna de las dos mire alrededor —les dijo—. Limítense a cogerse conmigo y a mirar hacia adelante. Y por favor, confíen en mí.

Abrió cautelosamente la puerta y dirigió la linterna hacia el túnel, aunque apenas la necesitaba ya gracias al resplandor del fuego que se había declarado en algún lugar del convoy. Había cuerpos tirados entre las vías hasta donde su vista alcanzaba, algunos todavía se movían, algunos se arrastraban túnel arriba, alejándose del tren, otros yacían totalmente inmóviles. Creyó distinguir pequeñas formas que se movían entre ellos, pero no estaba seguro y quizá se debía a una apariencia creada por la luz movediza.

—Vamos ya, señoras. Recuerden lo que les dije y mantengan la vista al frente: no debemos detenernos por nada ni por nadie.

Era normalmente un hombre compasivo, pero sabía que cualquier intento de ayudar a los heridos resultaría fatal. Tendrían que ser rescatados más tarde.

Saltó a las vías y levantó los brazos para ayudar a la chica, que temblaba incontroladamente. Le habló con dulzura, con mimo, tratando de calmar sus nervios destrozados. Violet le sonrió desde arriba, asustada, pero poniendo su vida en manos de aquel hombrecito amable. Iniciaron la marcha, medio agachados para evitar las capas superiores cargadas de humo. Henry iba primero, le seguía la chica, con la cara contra su espalda, y Violet inmediatamente después, con sus brazos alrededor de Jenny.

Avanzaron tropezando y tratando de ignorar los gemidos, los débiles gritos que pedían ayuda. Henry sintió que una mano agarraba débilmente sus pantalones, pero se desprendió al dar el siguiente paso. Sabía que no podía detenerse, porque las vidas de la mujer y de la chica dependían de él. Volvería luego con el equipo de rescate. Su deber ahora consistía en sacar a los tres de allí y avisar a la siguiente estación. Oyó un chirrido y sintió que algo blando se agitaba bajo su pie. Dirigió allí la linterna y descubrió una rata que le miraba desafiadoramente. Vio también a otras ratas alrededor, pero eran distintas de las de antes. Eran pequeñas. Normales. Repugnantes pero normales. Le largó una patada y la rata huyó precipitadamente, mientras otra se lanzaba sobre él y mordía el pantalón de Henry.

Por fortuna sólo arrancó la tela y él pudo levantar a tiempo la pierna contra la pared, obligando a la rata a soltar la presa y a caer al suelo. Dejó caer con fuerza su pie sobre el lomo del animal y quedó sorprendido al oír el crujido de pequeños huesos rompiéndose.

Jenny gritó.

—No pasa nada, no pasa nada —dijo rápidamente—. Son ratas normales. Son peligrosas, pero no tienen comparación con las grandes. Probablemente están más asustadas de nosotros que nosotros de ellas.

Violet sintió que a través de su miedo crecía en su interior la admiración por aquel hombrecito. Apenas se había fijado en él en el tren. Era el tipo que pasaba inadvertido. Sólo una cara. El tipo de hombre sobre el cual una no se pregunta nada: que simplemente no despierta ningún interés. En cambio ahora, aquí abajo, en este lugar espantoso, que valiente era. Las estaba rescatando de aquella carnicería. A ella y a la chica, desde luego. Pero con qué valor.

Cuando Henry mató a la rata, Jenny se vio obligada a mirar a su alrededor. El espectáculo la hizo vomitar. Se dobló contra la pared deseando desmoronarse, pero la otra mujer la sostenía. ¿Por qué aquel hombre no las dejaba regresar al tren, donde estarían a salvo? Trató de retroceder, tambaleándose, pero Henry la cogió del brazo.

—Por aquí, querida. Pronto llegaremos.

Mientras avanzaban, tropezando, vieron ratas que se alimentaban con los cuerpos de hombres y mujeres: de gente que iba al trabajo, creyendo que se trataría de un lunes como todos, con sus mentes ocupadas por pequeñas penas y pequeñas alegrías, sin imaginar que podían morir aquel mismo día. Sin imaginar que pudiesen morir nunca de un modo tan espantoso. Los tres continuaron avanzando, ahogados con el humo; a veces caían, pero se ayudaban entre sí: continuaron avanzando hasta dejar atrás a los muertos y mutilados. De pronto Henry se detuvo y Jenny y Violet chocaron contra su espalda.

—¿Qué sucede? —preguntó ansiosamente la mujer mayor.

—Allí delante. Hay algo allí. Vi un destello.

Recorrió con su linterna un raíl plateado hasta que el rayo cayó sobre cuatro objetos negros. Cuatro ratas gigantes. Los estaban esperando. Los esperaban acechando en la oscuridad. Ninguno de los dos grupos se movió durante unos pocos segundos, petrificados, luego el trío humano empezó a retroceder lentamente. Las ratas se limitaron a mirarlos. Henry oyó un grito sofocado de Violet detrás suyo mientras su mano le apretaba fuertemente el brazo.

—Detrás nuestro. Hay más —consiguió decir.

Dio media vuelta y las vio. Dos ratas. Avanzaban furtivamente hacia ellos. Comprendió que estaban cercados. Las cuatro de delante habían empezado ya a avanzar, daban pequeños pasos encogidos con los músculos de la espalda tensos y prestos para el salto. «Quizá si yo fuera solo lo conseguiría —pensó—. Podría saltar sobre las de delante y salir corriendo. La chica y la mujer no podrían conseguirlo, pero yo solo quizá tendría una oportunidad».

—Contra la pared, señoras. —Las empujó hacia atrás, reprimiendo los pensamientos de huida de su mente—. Manténganse a mi espalda y si tratan de pasar detrás de mí, denles patadas; lo más fuerte que puedan. Se quitó la chaqueta y la arrolló sobre su brazo manteniendo la luz de la linterna enfocada sobre las ratas que

se habían agrupado ante él. La chica ocultó su cara contra la pared, la mujer empezó a sollozar pensando en sus hijos.

Una rata avanzó hacia delante sin que su mirada helada abandonara los ojos de Henry.

Una luz destelló en el fondo del túnel. Oyeron voces. Pasos, más luces. Todo el túnel se iluminó a medida que los pasos y las voces se hacían más fuertes.

Las ratas y las tres personas miraron hacia el sonido, sin que ninguno de los dos grupos se moviera. Unos ruidos por el suelo devolvieron los ojos de Henry hacia las ratas, justo a tiempo para ver cómo desaparecían hacia el tren en llamas. Todas excepto una. La que se había acercado más estaba todavía allí, estudiando al hombre. Sin moverse, como si no tuviera miedo. El pasante sintió un sudor frío como si el animal estuviera escrutando el fondo de su alma. El miedo le paralizó. Casi despreciativamente, la gran rata giró la cabeza hacia los hombres que se acercaban, miró de nuevo a Henry y luego huyó.

—Aquí, aquí —gritó Henry.

Pronto los rodearon hombres de uniforme: policía y personal del metro. Cuando Henry les contó el terrible suceso le miraron incrédulos.

—Por favor, señor. Las ratas no pueden haber atacado ni haber querido atacar a un tren entero cargado de personal —dijo un sargento de la policía, moviendo la cabeza negativamente—. Gigantes o no, no pueden meterse en un tren. Quizá el humo las ha trastornado un poco.

Violet Melray avanzó bruscamente por delante del pequeño pasante y gritó irritadamente:

—¡Vaya, pues, y Véalo de una maldita vez! —Luego se volvió hacia él y cogiendo su mano entre las suyas le dijo más suavemente—: Gracias. Gracias por habernos ayudado.

Henry enrojeció y bajó la vista.

—Ah, bueno, sí —dijo el sargento—, continuaremos. Dos de mis hombres los llevarán a la estación.

—No —dijo Henry—. Regreso al tren con ustedes. Van a necesitar toda la ayuda posible. —Miró a la mujer que apretaba todavía su mano—. Adiós. Volveremos a vernos.

Antes que pudiera sacar su mano, ella dio un paso y le besó en la mejilla.

—Adiós —murmuró.

CAPÍTULO 11

Harris se sentía feliz mientras entraba en la ruidosa aula. El fin de semana le había hecho la mar de bien. Tendría que salir más a menudo. Aire fresco, grandes espacios: verde. Lo mejor, decididamente.

—Muy bien, energúmenos, ¡callaos ya! —ladró por encima de la baraúnda—. Scally, siéntate y suénate. Thomas, fuera de la ventana, vuelve a tu sitio. Maureen, guarda ya tu espejo. Muy bien. ¿Habéis pasado un buen fin de semana? Me alegro. Vamos a pasar lista.

Los alumnos intuyeron que estaba de buen humor y que tendrían un poco más de margen que de costumbre. Por lo menos esa mañana.

—Sólo faltan dos. No está mal para un lunes por la mañana. Sí, Carlos, ¿qué sucede? ¿El water? Pero si acabas de ir. Bueno, sal, si no no podrás concentrarte.

Carlos, un muchacho delgado de piel oscura, le dio las gracias y salió de clase con una sonrisa satisfecha cuando hubo dado la espalda al profesor.

—Carol, distribuye papel. Shelagh, distribuye lapiceros. Hoy vamos a dibujar algunos animales —dijo Harris a la clase.

—¿Puedo dibujar un cerdo, señor? —preguntó un chico de las últimas filas.

—¿Por qué un cerdo, Morris?

—Puedo copiar a Toomey, que está rechoncho, señor.

El ofendido, un chico gordo, dio la vuelta sobre su silla mientras la clase rompía a reír e insultó a su torturador.

—Ven aquí, Morris —dijo Harris sin inmutarse. El chico se arrastró hasta la primera fila—. ¿Se te da mucho dibujar monos, Morris?

—No, señor.

—Bueno, coge un espejo e inténtalo —le dijo Harris sabiendo que la clase esperaba y se divertía con su victoria sobre un provocador, aunque le pudiese tocar el turno luego a cualquiera de los demás. «No muy fuerte», pensó Harris, «pero no está mal para un lunes por la mañana»—. Bueno, poneos a dibujar. El animal que os plazca, pero que ninguno se me parezca. Cuando hayáis acabado escogeremos el mejor y trataré de explicar por qué es el mejor. Recordad vuestro claroscuro.

Se paseó arriba y abajo por los pasillos laterales, conversando individualmente con ellos, dando respuestas y planteando preguntas. Llegó a un chico llamado Barney, algo pequeño para sus catorce años, pero muy brillante, buen dibujante, aunque todavía tuviese que aprender la técnica de la pintura. Era especialmente bueno con pluma y tinta, un arte que había aprendido solo, copiando cómics. Harris miró por encima del hombro del muchacho y contempló el dibujo que se estaba formando.

—¿Por qué dibujas una rata, Barney? —preguntó.

—No lo sé, señor —contestó Barney, chupando la punta de su pluma. Luego dijo —: Vi otra rata el día anterior. Grande, como la que vio Keogh... —Su voz se perdió cuando recordó a su camarada, muerto ya. El resto de la clase calló al oír el nombre

de Keogh.

—¿En qué lugar? —preguntó el profesor.

—Cerca del canal. En el terraplén de Tomlins.

—¿Viste hacia dónde se dirigía?

—Saltó un muro y desapareció en la espesura.

—¿Qué espesura? Por allí no hay ningún parque.

—Donde solía vivir el guarda de la esclusa. Ahora, con el canal cerrado, parece una selva.

Harris recordaba vagamente la vieja casa, muy retirada de la carretera, donde solía ir cuando era niño para ver pasar las barcazas por la esclusa. Al guarda de la esclusa le gustaba que los chicos le vieran trabajar, siempre que no se pusieran pesados, y solía animarlos para que fueran. Era curioso que hubiese olvidado de aquel modo el lugar. Había estado recientemente en dos ocasiones en el terraplén de Tomlins, pero no había recordado la vieja casa. Quizá se debió a la «selva» de enfrente.

—¿Lo dijiste a la policía? —preguntó al muchacho.

—Qué va. —El interés de Barney se dirigió de nuevo a su dibujo, añadiendo unos toques más a su rata de aspecto sorprendentemente maligno.

«Era de suponer —pensó Harris—. Los chicos de esta zona no se mezclan con la policía por elección propia».

En aquel momento entró Carlos en la clase, terriblemente excitado.

—¡Señor, señor, en el patio! ¡Hay una rata! —dijo gesticulando hacia la ventana, con los ojos redondos y sonriendo en su excitación.

Toda la clase se precipitó en bloque hacia las ventanas.

—Volved a vuestros puestos —rugió Harris mientras se acercaba rápidamente a la ventana. Lo que vio le hizo contener el aliento.

No había «una rata», sino varias. Mientras miraba, otras se unieron al primer grupo. Ratas grandes y negras. *Las ratas*. Estaban agazapadas en el patio, mirando hacia el edificio de la escuela. Y luego más, y más.

—Cerrad todas las ventanas —ordenó con calma—. Johnson, Barney, Smith; pasad por las demás clases y pedid a los profesores que cierren todas las ventanas. Scalley, ve al despacho del director y dile que mire por su ventana; no, mejor que vaya yo. —Si iba un chico el director pensaría que se trataba de alguna tomadura de pelo, y podían perderse unos segundos valiosos—. No quiero que salga nadie de esta habitación. Y nada de jaleo. Cutts, tú te encargas de la clase. —El chico más alto de la clase se puso en pie. Los chicos estaban excitados ya y las chicas se ponían cada vez más nerviosas.

Salió corriendo de la habitación y se dirigió hacia el despacho del director. Mientras pasaba por el pasillo, algunas cabezas de profesores se asomaron por varias puertas.

—¿Qué sucede? —preguntó nerviosamente Ainsley, uno de los viejos de la

escuela.

Se lo contó rápidamente y continuó su marcha. Sobre toda la escuela se había abatido un extraño silencio, un silencio que podía echarse totalmente a perder si una de las chicas se ponía histérica.

Barney salió disparado de una de las clases.

Harris le cogió por el brazo y le dijo:

—Tranquilo, Barney. Tómalo con calma y tranquilidad. No asustes a las chicas. No queremos que haya pánico, ¿de acuerdo?

—Sí, señor —fue la jadeante respuesta.

Cuando Harris se aproximó a la escalera que conducía al siguiente piso y al estudio del director, miró hacia el corto tramo que bajaba hasta la entrada principal. Naturalmente las puertas estaban abiertas.

Se deslizó lentamente hacia abajo, con la mano sobre la barandilla para asegurarse. Cuando llegó abajo oyó un sonido suave en los peldaños de piedra del exterior. Saltó silenciosamente hacia un lado de las puertas dobles y miró hacia fuera, a punto para cerrar de golpe e instantáneamente las dos puertas. En el peldaño superior, más ancho, vio a un chiquillo que estaba mirando hacia atrás, al patio donde se habían reunido ya unos treinta roedores.

«Dios mío —pensó Harris horrorizado—. Seguramente ha pasado por en medio mismo de las ratas».

Salió fuera, agarró rápidamente al chiquillo y saltó de nuevo al interior del edificio. Lo descargó sin ceremonias sobre el pavimento y se volvió para cerrar las puertas. Las ratas no se habían movido. Cerró rápida pero silenciosamente las pesadas puertas y las atrancó; luego respiró por primera vez en casi dos minutos.

—Hay animales en el patio, señor —dijo el niño de siete años con los ojos redondos, pero sin señal de miedo—. ¿Qué son? ¿Qué están haciendo aquí?

Harris recogió al niño haciendo caso omiso de sus preguntas, porque no sabía qué responderle, y subió corriendo la escalera. Lo dejó en lo alto y le dijo que corriera a su clase. Oyó el murmullo de voces a medida que los profesores se reunían en el pasillo. Subió corriendo el segundo tramo de la escalera, tres peldaños a la vez, y casi chocó con el director, que salía de su despacho.

—Llame, por favor, a la policía, señor Norton —dijo Harris de modo apremiante—. Temo que tendremos problemas.

—Acabo de hacerlo, señor Harris. ¿Ha visto lo que hay en el patio?

—Sí, a eso me refiero. Son las ratas gigantes, las asesinas.

Volvieron al despacho y miraron por la ventana. Las ratas parecía que se hubiesen multiplicado hasta alcanzar un par de centenares.

—El patio está negro de ratas —dijo el joven profesor sin dar crédito a sus ojos.

—¿Qué quieren? —El director miró a Harris como si él tuviese que saberlo.

—Los niños —dijo Harris.

—La policía no tardará en llegar; pero cómo resolverán la situación ya es otra

historia. Asegurémonos de que todas las puertas y ventanas estén bien cerradas. Todos los niños han de subir al piso de arriba y atrincherarse. No acabo de entender todavía lo que está sucediendo, pero no perdamos tiempo ponderando la situación. — El director se dirigió con paso rápido hacia la puerta—. Ahora, señor Harris, compruebe todas las posibles aberturas. Yo voy a organizar a los profesores.

Harris siguió la delgada figura del director escaleras abajo, desde donde empezaba a subir el rumor de las conversaciones. Le oyó dar una palmada y pedir silencio. Harris pasó rozando el grupo de profesores, miró cada habitación y se aseguró de que todas las ventanas estaban cerradas firmemente.

Gracias a Dios, todas las ventanas inferiores disponían de rejas de hierro para evitar que algún balonazo mal apuntado rompiera los cristales. Bien.

Todo parecía bien. Faltaba la sala de profesores.

Al entrar vio inmediatamente que una de las ventanas estaba abierta. La ventana daba a un estrecho pasaje entre el edificio y el muro exterior y por lo tanto no disponía de reja para protegerla. Y en el suelo, ante ella, estaba sentado uno de los animales.

Harris no sabía nunca cómo había logrado escalar la pared, pero allí estaba, como si formara parte de un equipo de exploración enviado por las demás. Miraba en todas direcciones, olfateaba el aire, arrugando su hocico puntiagudo. Vio a Harris y se levantó de patas. Estaba por lo menos a medio metro del suelo. El profesor entró y cerró de golpe la puerta tras de sí. Tenía que cerrar aquella ventana.

Aquella rata concreta no perdió el tiempo estudiando a su víctima, saltó hacia delante; disparó sus patas y voló apuntando al cuello de Harris. Pero el profesor era más o menos igual de rápido que ella. Alcanzó una silla cuando los músculos del animal empezaban a tensarse para el salto y la blandió contra él. La silla golpeó a la rata en pleno salto, como un palo de cricket contra una pelota y la lanzó a un lado mientras la madera reventaba.

La rata cayó de pie y saltó de nuevo hacia Harris, quien abatió la silla sobre su lomo. Quedó aturdida unos segundos, pero todavía no estaba herida de gravedad. Sin embargo, había dado al profesor tiempo suficiente para alcanzar el pesado atizador puesto entre la leña del hogar apagado. Lo abatió con saña, más por odio que por temor, sobre el cráneo delgado de la rata, produciendo un repugnante ruido sordo. Abatió el atizador una y otra vez. Se volvió hacia la ventana para ver a tiempo a otra rata que escalaba el alféizar. Sin dudarla la golpeó con el atizador, tirando a la rata hacia el angosto pasaje. Cerró la ventana y se apoyó contra ella, recuperando el aliento y tratando de controlar el temblor de sus rodillas. La ventana tenía dentro del cristal una fina trama de alambre para que no estallara al romperse.

—Esto *tendría* que detenerlas —dijo en voz alta.

Luego se fue a la puerta de la sala de profesores, sacó la llave de dentro, salió fuera y la cerró. Pero no sin antes dirigir una atenta mirada al animal que yacía sobre la moqueta.

Su cuerpo debía de medir por lo menos sesenta centímetros, y su cola otros treinta centímetros más. La piel hirsuta no era exactamente negra, sino de un marrón muy oscuro, con muchas manchitas negras. Su cabeza era mayor en proporción que la de los roedores corrientes y sus incisivos eran largos y puntiagudos. Sus ojos medio cerrados tenían el aspecto vidrioso y sin vida de los muertos, pero sus dientes parcialmente cubiertos parecían sonreír malignamente. Incluso cadáver, el cuerpo parecía mortal, como si la enfermedad que contenía pudiese transmitirse por el mero contacto.

Una vez en el *hall*, Harris vio que se estaban llevando a los niños hacia la escalera.

—¿Sucedo algo, señor Harris? —le dijo el director acercándose a grandes pasos.

—No, nada. He matado a uno de los monstruos. —Harris vio que tenía todavía en la mano el atizador tinto en sangre.

—Gracias, amigo. Bueno, el lugar ha quedado protegido y la policía llegará pronto aquí, por lo tanto no creo que tengamos que preocuparnos mucho —dijo el director con confianza.

Pero su sonrisa desapareció inmediatamente ante la siguiente pregunta de Harris:

—¿Y el sótano?

Ambos se dirigieron hacia la escalera del sótano y apretaron a correr cuando se acercaban a ella. Se detuvieron en lo alto y miraron hacia la oscuridad.

—Seguramente todo está en orden —dijo el director—. El señor Jenkins, el encargado, está probablemente allí, repasando la caldera. Los lunes por la mañana le cuesta algo ponerla en marcha. Sabe Dios que los lunes me he quejado muchas veces del agua fría... —Calló algo indispuosto al ver que el joven profesor continuaba bajando como si no prestara atención a ninguna de sus palabras.

Harris se aproximó a la puerta del sótano con alguna precaución, apoyó una oreja contra ella y escuchó. Hizo callar al director llevándose un dedo sobre los labios cuando el otro llegó a su altura.

—Oh, vamos hombre —el director le hizo a un lado impacientemente y cogiendo el tirador abrió de par en par la puerta—. Jenkins, está... —Sus palabras se ahogaron ante el espectáculo que se ofrecía a sus ojos.

Animales negros pululaban y se escabullían por todo el sótano. Una ventana pequeña y elevada, a ras del patio exterior, estaba totalmente abierta, y de ella descendían más y más animales, un río constante de bichos.

Y estaban comiendo algo sobre el suelo. Lo único que Harris y el director pudieron distinguir fue una bota que sobresalía solitaria de entre la masa de cuerpos retorciéndose. El profesor apartó a su jefe de la puerta abierta porque varias formas negras se precipitaban ya hacia ellos. Agarró el tirador y estiró fuerte, pero dos de las ratas se escurrieron entre la puerta y el dintel, y una tercera quedó cogida por el hombro. Le dio tres patadas antes que volviera al sótano. Se giró rápidamente y vio que las otras dos huían escaleras arriba. El director estaba de rodillas y las seguía con

la vista.

—Dios mío, son enormes —consiguió articular.

—Si llegan hasta los niños... —empezó a decir Harris.

—Yo las detendré, yo las detendrá. Harris, usted vigile esta puerta. Bloquéela con todo lo que encuentre. Es muy pesada, pero ¡tenemos que estar seguros! —El angustiado director empezaba a recuperarse—. Cuando esté, suba directamente arriba.

—De acuerdo, pero ¡que no le muerdan! —gritó Harris al hombre que subía—. Sus mordiscos son mortales. Manténgase lejos de su alcance.

Miró a su alrededor en busca de algo grande con que bloquear la puerta. El almacén estaba a su derecha. Lo abrió y echó un precavido vistazo a su interior. No tenía ventanas y por lo tanto no había problemas. Encendió la luz. Mesas, sillas, pizarras. Bien. Estiró una pesada mesa y la volcó hacia un lado, luego la arrastró de nuevo hasta la puerta del sótano. La aplicó contra ella y comprobó con satisfacción que la cubría completamente. La empujó hasta no dejar intersticio, y volvió al almacén. Vio un viejo radiador apoyado contra la pared y lo arrastró, haciendo un fuerte ruido al rozar con el suelo. Lo apoyó contra la mesa volcada y regresó para coger más sillas.

Precisamente entonces oyó un grito en lo alto de la escalera. Recogió el atizador del suelo y corrió escaleras arriba.

El director estaba en el suelo del pasillo, luchando con dos repugnantes ratas. Por suerte la puerta del extremo del pasillo estaba ya cerrada y los chicos habían podido escapar todos al piso superior. El director tenía cogida por el cuello a una de las ratas y luchaba para que no le alcanzara la cara. La otra estaba abriendo un agujero en su costado.

—¡Ayúdeme, ayúdeme! —suplicó a Harris volviendo la cabeza hacia el profesor.

Harris, mareado porque sabía que su jefe estaba ya muerto, corrió hacia él y abatió el atizador con todas sus fuerzas sobre una de las ratas. La rata lanzó un chillido agudo, una octava más alto que el de un niño asustado, y retiró sus colmillos del hombre que se debatía. Tenía el lomo partido, pero intentó arrastrarse hacia Harris. Este le puso el pie encima de la cabeza y la aplastó.

No podía golpear a la segunda rata por miedo a herir al director, por lo que dejó caer el atizador y alargó las manos para cogerla. La agarró cerca de los hombros y la levantó, procurando que sus dientes chasqueantes no le alcanzaran el cuerpo. Por desgracia, el director estaba demasiado asustado para soltar su presa sobre el roedor que se revolvía.

—¡Suéltelo ya, suéltelo! —gritó Harris, que casi levantaba al hombre junto con la rata.

Pero el director estaba demasiado aterrorizado para oír. El profesor aplicó su pie contra el pecho del director y le empujó hacia el suelo; cuando el otro se soltó cayó tambaleándose hacia atrás, pero consiguió mantener en lo alto a la rata. Su peso y su

fuerza eran tremendos y notó que las garras de sus pies le hacían trizas la chaqueta y la camisa. Mientras lo aguantaba por detrás se incorporó sobre una rodilla y lo apretó contra el suelo. Vio que el director se alejaba de él a rastras sin apartar los ojos del monstruo que se retorció entre sus manos. En un segundo plano Harris pudo oír el sonido de las sirenas de la policía. «¿Dónde demonios estaban? ¿Y qué hago yo ahora con esto?».

Miró desesperadamente a su alrededor. El animal se estaba ya deslizando y pronto se soltaría. No podría aguantarlo mucho rato. Y aunque luego lo matara, bastaba una sola dentellada de aquel maldito animal, una sola dentellada, para morir. La clase 3c tenía un acuario... Esa era la solución. Podía ahogar a la rata. Pero todas las puertas estaban jodidamente cerradas. Y con una sola mano no podría aguantar la presa.

—Señor Norton —gritó—. La puerta de 3c. ¡Ábrala, rápido, no puedo aguantar mucho!

El director meneó la cabeza, apagadamente, sin quitar los ojos de la rata.

—¡Abra la maldita puerta! —chilló Harris.

El hombre mayor arrancó finalmente su mirada de la rata y la fijó sobre el rostro congestionado del profesor. Asintió lentamente y empezó a arrastrarse hacia la clase 3c.

—¡Rápido, rápido! —gritó Harris.

Tardó casi una eternidad, pero el director alcanzó la puerta y levantó una mano temblorosa y cubierta de sangre hacia el tirador. Su mano resbalaba con la sangre y no podía darle la vuelta; para conseguirlo tuvo que levantar la otra. Al fin, la puerta se abrió.

Harris arrastró a la rata por el suelo, con los dedos doloridos, tratando de exprimir la vida de aquel cuerpo furioso, pero sin disponer de la fuerza ni de la presa necesarias. La rata clavaba sus garras en el *parquet*, obligándole a mantener la cabeza y los hombros ligeramente por encima del suelo. La pequeña cabeza chasqueaba los dientes en todas direcciones para hundirlos en la carne del hombre. Pero Harris iba con cuidado, con mucho cuidado. Cuando alcanzó la puerta, el director lanzó un gritito y dio una patada que le alcanzó en la pierna y casi le hizo soltar a la rata.

—Salga de ahí —dijo lentamente y entre dientes—, ¡váyase de una vez! —dijo más fuerte.

El director se arrastró hacia un lado y Harris pudo entrar. Vio el depósito al lado del alféizar de la ventana. Se desplazó hacia él. Cuando alcanzó la mesa del profesor, en la punta de la clase, levantó con un impulso a la rata encima de ella, utilizando toda su energía, pero sin soltar la presa en ningún momento. Luego la empujó con su cuerpo hacia el acuario y apretó la cabeza de la rata contra la mesa, mientras las patas traseras de la bestia se ensañaban con su cuerpo.

Finalmente la mesa se detuvo contra el alféizar. Levantó una pierna, se arrastró encima de ella y luego empujó a la rata hacia el tanque lleno de agua.

Descansó un instante antes de realizar el esfuerzo final. Reunió todas sus fuerzas,

mientras el sudor bañaba su rostro. Levanto su cuerpo y el de la rata y hundió al frenético animal en el agua.

Pareció como si el tanque explotara. Agua y peces cayeron en cascada sobre él, pero aguantó inexorablemente, empujó aquella cabeza hasta el mismo fondo, ignorando el dolor en el pecho y en los brazos. Empezó a preguntarse si quedaría bastante agua en el tanque para ahogar a la rata o si sus miembros en convulsión no romperían las paredes de cristal. Pero los esfuerzos se hicieron cada vez más débiles y los espasmos de la cabeza menos violentos. Finalmente dejó de moverse. Pero Harris continuó sujetándola. Para estar seguro.

Levantó la vista y miró a través de la ventana. Algunos coches de la policía habían llegado ya y muchos hombres uniformados de azul estaban en el exterior de la puerta principal, sin saber qué hacer.

Soltó finalmente el cuerpo muerto y descendió penosamente de la mesa. Sus ropas estaban desgarradas, la sangre cubría la pechera de la camisa, pero estaba bastante seguro de que no le había mordido. Volvió junto al director, que permanecía sentado a la entrada con la cabeza hundida entre las manos.

—Ya está solucionado, señor. La policía acaba de llegar. Pronto terminarán con ellas. —Harris se arrodilló al lado del hombre tembloroso.

—Fue horrible —dijo el director levantando la cabeza de entre sus manos—. Espantoso. Estas repugnantes bestias me estaban esperando. No huían, en absoluto. Estaban en lo alto, esperándome.

Harris no sabía qué decir. ¿Cómo se puede consolar a una persona que va a morir en veinticuatro horas?

—Vámonos arriba. Allí estaremos más seguros. —Ayudó a incorporarse al director. Recorrieron el pasillo hacia la puerta que conducía a la escalera.

Cuando trató de abrirla descubrió que estaba cerrada con llave.

—¡Vamos ya, podéis imaginar que no abrirán los malditos tiradores! —gritó golpeando la puerta con el puño.

Oyeron ruido de pasos y luego de cerrojos que se abrían.

—Lo siento, no pensábamos que quedase nadie abajo —se excusó Ainsley, mientras su calva cabeza asomaba tras la puerta—. Oh, Dios mío, ¿qué ha pasado? —preguntó ansiosamente mirando las ropas cubiertas de sangre.

Pasaron entre ambos al director y cerraron la puerta.

—¿Están bien los alumnos? —preguntó Harris.

—Las chicas se están poniendo algo histéricas, pero los chicos conservan la chulería —contestó Ainsley, conteniendo el aliento bajo el peso del director.

—La van a necesitar —murmuró Harris.

Llevaron al herido director a su despacho y lo depositaron en su butaca.

—Yo ya estoy bien. Vayan a ver a los chicos. —Su rostro estaba pálido y Harris se preguntó si eran imaginaciones suyas o si estaba detectando ya un matiz amarillento en el rostro del hombre herido. ¿La piel se estaba tensando o era

simplemente la tirantez del dolor?

—El señor Ainsley curará sus heridas, señor —dijo Harris—. Yo voy a ver qué está ocurriendo fuera.

Salió del despacho, apenado por aquel hombre que nunca le había gustado, pero a quien por lo menos respetaba. La visión del hombre arrastrándose por el suelo como un niño asustado no le abandonaría en mucho tiempo.

Entró en una clase llena de profesores y alumnos y todas las cabezas se volvieron hacia él. Vio que la puerta de la habitación de al lado estaba abierta y que por ella se asomaban rostros ansiosos. Hizo un gesto a los profesores para que se reunieran a su alrededor.

—El director está herido —dijo en voz baja para que los niños no le oyeran—. Creo que aquí arriba estamos bastante seguros, pero tendremos que poner barricadas en las puertas por si las ratas consiguen subir por la escalera. Que todas las chicas se pongan en un rincón lejos de las ventanas. Los chicos mayores pueden ayudar a empujar los pupitres y las sillas contra la puerta.

Grimble, una especie de pájaro de nariz ganchuda, se abrió paso hacia delante.

—Bueno, yo, en mi calidad de vicedirector... —empezó a decir.

—No disponemos de tiempo para cuestiones de política interior, Grimble —le interrumpió Harris bruscamente, provocando en algunos de los profesores jóvenes sonrisas de satisfacción, medio reprimidas. Grimble era bien conocido y despreciado por su manera artera y mezquina de actuar. Se retiró malhumorado.

Harris se dirigió a una ventana y la abrió. Vio muchos coches de la policía, entre ellos una camioneta cargada de perros. Algunos de los policías llevaban trajes de protección. Dos coches de bomberos estaban doblando la esquina al otro extremo de la calle, añadiendo sus frenéticas sirenas al barullo general. Una multitud se había estacionado en la estrecha calle.

Vio que en el patio el número de ratas había disminuido considerablemente. Luego descubrió por qué. Estaban desapareciendo de dos o tres en fondo por la pequeña ventana que a ras de suelo conducía al cuarto de la calefacción. Otras se dirigían hacia el estrecho pasaje, al lado del edificio. Supuso que la ventana de la sala de profesores era su objetivo.

Oyó que alguien gritaba detrás suyo. Al girarse vio que una de las chicas tenía un ataque de histeria. Estaba sentada sobre un pupitre y algunas compañeras y una profesora trataban de consolarla.

Una voz los llamó desde un altavoz, con un tono mecánico e inhumano:

—¿Están todos bien allá arriba? ¿Hay algún herido?

Harris hizo pantalla con las manos y gritó:

—Sí, por el momento estamos bien. ¡Pero hay un herido!

—Bien. Bueno... hagan barricadas. No sabemos qué planean las ratas, pero quizá traten de alcanzarlos.

«Desde luego que lo intentarán —pensó Harris—. ¿A qué cree que han venido

hasta aquí? ¿De excursión?». Rabiaba de impaciencia, pero el policía se volvió e hizo un gesto a los coches patrulla, indicándoles que abrieran paso a los camiones de los bomberos. Se volvió hacia la escuela y levantó de nuevo el altavoz.

—Primero vamos a soltarles los perros, y mientras estén ocupadas intentaremos llegar hasta ustedes con las escaleras de los bomberos.

Era evidente que estaba enterado de la enfermedad mortal que transmitían los bichos y no estaba dispuesto a poner en riesgo a sus hombres contra ellos.

—¡No! —contestó Harris gritando—. No podrán evacuar a todos los chicos por las escaleras. ¡Y sus perros no durarán ni cinco segundos contra esas ratas!

—No se dejen llevar por el pánico. Repito: ¡no se asusten! Los expertos llegarán pronto.

Harris lanzó una maldición silenciosa cuando la voz continuó:

—Creo que van a traer gas para matar a los animales. Por favor, guarden la calma. No tardarán mucho.

El profesor gimió en voz alta. ¿Cuánto tiempo tardarían aquellos monstruos en abrirse paso royendo las puertas? No eran ratas normales; disponían de inteligencia, eran sistemáticas. Bastaría con que pasara una sola rata para desencadenar una debacle entre los niños.

—Oiga —gritó de nuevo—. ¡Las mangueras! Inunden el sótano. ¡Inunden las clases de abajo! Por lo menos eso las asustará.

Vio que el policía, que seguramente era un inspector jefe, consultaba con un bombero. Los bomberos se pusieron repentinamente en actividad y comenzaron a desenrollar las largas y gruesas mangueras. Mientras tanto los perros ladraban excitados, tirando de sus traíllas, ansiosos por enfrentarse con los negros animales. Dos consiguieron soltarse y se dispararon por el patio hacia el grueso de las ratas. El primero, un fuerte alsaciano, agarró una de las ratas por el cuello, la sacudió violentamente y la tiró al aire. El segundo perro, un macizo dobermann, saltó entre la apretujada masa de pelos, dando dentelladas en todas direcciones.

Pero pronto los perros quedaron cubiertos por los roedores, se vieron arrastrados al suelo con sus pelambres cubiertas de sangre. Se levantaron varias veces, pero caían de nuevo al suelo. Los otros perros, una decena, fueron soltados y volaron hacia la melée. Uno de ellos fue saltando incluso por encima de los lomos de las ratas y se abrió paso hasta desaparecer por la pequeña ventana del sótano.

Harris, que lo contemplaba desde arriba, se estremeció al pensar en lo que le esperaba.

Aunque los perros eran valientes no podían competir con la multitud de ratas gigantes. Pronto quedaron tirados por el suelo, despedazados, o bien intentaban arrastrarse hacia sus dolidos entrenadores. El jefe inspector tuvo que ordenar a los hombres que se retiraran. Era el único que había el riesgo que corrían, la enfermedad mortal transmitida por los animales, y no quería que sus hombres sacrificaran sus vidas si no era totalmente esencial para el bien de los niños.

De repente, las mangueras entraron en acción. Barrieron el patio con torrentes de agua helada, abrieron un paso libre de ratas proyectándolas contra la pared de ladrillos del edificio de la escuela. Se dispersaron en todas direcciones; se subían las unas encima de las otras. Y luchaban entre sí para librarse del agua. Pronto el río continuo de agua limpió la sangre de los perros.

Un chorro apuntó a la ventana del sótano, empujando dentro a algunas ratas, pero evitando que entraran más.

Los niños, que se habían amasado en las ventanas, gritaron con alegría cuando vieron la dispersión de los bichos. Cuando las ratas iniciaron la huida, la mayoría hacia los depósitos de carbón, otro chorro incidió sobre las ventanas del piso bajo. El estrépito de los cristales pulverizados por el chorro provocó sonrisas de alegría en los rostros de muchos alumnos.

Harris se separó de la ventana y atravesó la habitación abriéndose paso suavemente entre la masa de chiquillos.

—¿Dónde está el director? —preguntó a Grimble.

—Usted sabrá. Estaba con usted —fue la seca respuesta.

—Aparte algunos de estos pupitres. Seguramente está todavía en su despacho con Ainsley.

Apartaron los pupitres y dejaron el espacio suficiente para que abriera la puerta y se deslizara fuera.

—Voy a ver cómo están. Luego echaré un vistazo a las puertas del pasillo —dijo—. Poned de nuevo la barricada cuando haya salido. Si regreso rápido y golpeo la puerta, decid a los bomberos que suban las escaleras. Pero no abráis la puerta. Yo me meteré en el despacho del director y saldré por aquella ventana.

Cerró tras de sí la puerta y oyó el roce de los pupitres contra ella. Vio que la puerta del despacho del director estaba abierta de par en par. Corrió hacia allí y exhaló un suspiro de alivio cuando encontró al viejo Ainsley ocupado todavía con las heridas del director.

—Está... parece que está bien ahora, Harris —dijo Ainsley pasando una toalla húmeda sobre el rostro del director.

—Bien. Voy a comprobar las demás puertas: quiero que cierre ésta detrás de mí. Quédense aquí, y si hay más problemas... —calló sin tratar de explicar lo que quería decir con «problemas», aunque el silencio hablaba por sí solo—. Si hay más problemas salgan a la ventana y llamen a los bomberos. Les subirán una escalera. —No quiso sugerirles que se reunieran con los demás en las clases: la visión del director empapado en sangre los asustaría demasiado. Hasta ahora los chicos se habían mantenido bajo un notable control, pero si veían sangre podían salirse fácilmente de quicio.

Cerró la puerta y se dirigió rápidamente hacia la escalera. Abrió la puerta ligeramente y miró por la rendija. Todo en orden. Bien. La atravesó, la cerró y se deslizó escaleras abajo. El agua se estaba filtrando por debajo de la puerta inferior. La

abrió cautelosamente. El pasillo se presentaba vacío de vida. Una de las ratas muertas que habían atacado al director yacía en el agua. Por un momento Harris pensó que vivía, pero comprendió que se trataba simplemente del río de agua que la movía.

Chapoteó por el pasillo, sin descuidarse de cerrar la puerta detrás suyo, pero abriendo luego todas las puertas de las clases para que el agua pudiese entrar más fácilmente. Pasó ante la sala de profesores y le pareció oír ruidos. Pero de momento lo más urgente era el sótano. Por allí había visto entrar a la mayoría de las ratas. Tenía que asegurarse de que la puerta aguantaba, quizá tendría que apoyar más muebles contra ella. Podía volver luego y dedicarse a la sala de profesores.

Bajó los peldaños que conducían al sótano procurando no resbalar en el chorro de agua. Supuso que habían llegado más camiones de bomberos y que las fuerzas del exterior estaban utilizando más mangueras para inundar completamente los pisos bajos.

Alcanzó el fondo y vadeó hasta la puerta. Pudo oír ruidos frenéticos de arañazos y luchas. Se inclinó para oír mejor sobre el ruido del agua que caía. Sí, trataban de abrirse camino royendo la puerta. Aflojó ligeramente el pupitre para ver el daño sufrido. Dios mío, se estaban formando ya hendiduras. Podía oír cómo roían ya la madera. Apretó de nuevo el pupitre y chapoteó hasta el almacén. Miró a su alrededor. Sólo quedaban unas pesadas cortinas. Cortinas viejas que se habían utilizado en el salón de actos del colegio. Las arrastró desde el estante donde se guardaban la mayor parte del año, dispuestas para utilizarlas en la fiesta de concesión de premios de fin de curso. Eran pesadas, pero con una tendrían suficiente.

Las dejó dobladas sobre un banco para que no se mojaran y aumentaran de peso, y se fue a un montón de pizarras. Eran del tipo antiguo, con caballetes, y cogió dos. Las llevó fuera y las apoyó contra la pared. Luego tiró del radiador y el pupitre, separándolos de la puerta del sótano.

Vio unos bultos en la madera, por donde las ratas habían conseguido casi abrirse paso. «¡Dios mío, estas quijadas son fuertes!». Regresó rápidamente al almacén y recogió la cortina. Volvió corriendo a tiempo para ver que la madera empezaba a astillarse.

Casi con pánico embutió la tela en la rendija de debajo de la puerta, plegándola para que tuviera cuantas más capas mejor. Agarró las pizarras y las deslizó contra la puerta, lo más cerca del suelo que dejaba la cortina. Luego empujó la mesa contra la puerta y el radiador contra la mesa, reforzando la barricada con sillas y cajones, todo lo que pudo encontrar en el almacén.

Contento al fin, se apoyó contra la pared para recobrar el aliento. Creyó oír chillidos desde el interior, pero no estaba seguro y quizá su imaginación le estaba jugando pasadas.

Por aquel entonces el agua le llegaba ya a las rodillas. Vadeó hasta la escalera y subió arriba. Cuando alcanzaba el peldaño superior oyó que algo se rompía en la puerta de la sala de profesores. Vio emerger por ella una larga cabeza puntiaguda,

ocupada todavía en roer la madera de su alrededor. Quedó helado, inmóvil. ¿No pararían nunca? Miró desesperadamente a su alrededor y descubrió el pesado atizador que había utilizado antes, tirado todavía en el pasillo y casi oculto por el río de agua. Saltó hacia él, resbaló en el suelo mojado y cayó a lo largo. Echó un vistazo atrás y vio que los hombros de la rata aparecían por el agujero cada vez mayor.

Se lanzó a cuatro patas, frenéticamente, hacia adelante, a tropezones agarró el atizador y se puso en pie, apoyándose en la pared para sostenerse.

Era como si la rata comprendiera sus intenciones porque redobló sus esfuerzos para escapar de la madera astillada. Gran parte de su cuerpo estaba libre ya y sólo sus pesados flancos la mantenían cautiva.

Harris corrió hacia adelante, procurando en esta ocasión no caer. Sin detenerse abatió el arma sobre el cráneo que se retorció. De modo increíble falló porque la rata apartó la cabeza a un lado y el golpe fue a dar en el marco de la puerta. La rata descubrió sus dientes grandes y afilados y dirigió sus dentelladas contra el profesor, mientras sus ojos brillaban venenosamente. Pero Harris vio casi con satisfacción que demostraban también algo de miedo. «¿Qué le sucede a este ser inescrutable? Está asustado. ¿De mí?». Dio un grito, ávido de sangre, y abatió con fuerza el atizador sobre el delgado cráneo. Reventó de lleno y escapó la sustancia de él, mientras todo el cuerpo se contraía y luego quedaba inerte.

Harris se sintió mareado. Incluso matar a monstruos como aquellos no daba ningún placer, no era ningún triunfo. Se hizo atrás, sabiendo que aquel cuerpo que bloqueaba la salida de las demás ratas no duraría mucho. O bien lo empujarían afuera o se comerían los cuartos traseros.

Estaba todavía retrocediendo cuando vio que el cuerpo se movía a sacudidas, como si tiraran de él por detrás. De repente, medio cuerpo se desprendió del agujero. «Sólo les ha costado eso —pensó—. Menos de medio minuto para masticar sus cuartos traseros». Otra forma negra empezó a abrirse paso por el agujero. Harris se volvió y corrió, lanzando antes el atizador contra la puerta, más por frustración que por pánico. Falló y rebotó contra el suelo.

La rata había salido ya y otra ocupaba su lugar inmediatamente cuando la primera se lanzó contra el profesor en retirada.

La puerta se abrió lentamente a causa de la presión que ejercían en su base unos cuantos centímetros de agua, y Harris apenas tuvo tiempo de escapar. Cuando consiguió meterse dentro y hubo empujado la puerta hasta cerrarla, oyó el golpe del pesado cuerpo de la rata chocando contra el otro lado. Pronto siguieron ruidos de garras. En la escalera no había nada que apoyar contra la puerta. Corrió escaleras arriba, pasó al piso siguiente. Y cerró de golpe la puerta tras de sí. Entró precipitadamente en el despacho del director dando un susto a Ainsley. El director parecía estar todavía bajo los efectos del *shock*.

Harris corrió hacia la ventana y se asomó. Las escaleras de los bomberos habían alcanzado ya las ventanas de las clases adyacentes y los bomberos empezaban a

subirlas.

—¡Por aquí! —gritó—. Traigan una aquí, con una manguera.

Uno de los bomberos le miró desde abajo.

—Las mangueras se están utilizando abajo, señor —dijo, y luego agregó—: No se preocupe, en seguida llegaremos a usted. Tan pronto como tengamos a los niños.

—Traiga aquí una manguera, ¡rápido! —gritó con impaciencia—. Tenemos que detener a los malditos bichos antes que logren subir por la escalera.

Sin discutir más, los bomberos empezaron a bajar.

—Señor Harris, no es necesario que perdamos los estribos —la cabeza de Grumble asomaba por la ventana de una clase próxima—. Si nos mantenemos todos en calma...

—¡Mierda!

La cabeza de Grumble desapareció bruscamente. Harris sonrió para sí. Por lo menos el día de hoy le había dado *alguna* satisfacción. Miró abajo y vio a los bomberos que conferenciaban con sus superiores y señalaban su ventana. Vio que asentían y que los bomberos corrían hacia donde otros dos controlaban una manguera. El chorro de agua se detuvo y la pesada manguera fue llevada a mano hasta la base de la larga escalera. El primer bombero subió los peldaños llevando la boca metálica de la manguera sobre su hombro, mientras sus compañeros la iban largando a medida que subía.

Harris vio que acababa de llegar una camioneta blanca con el nombre de «Ratkill». Hombres con bata blanca estaban descargando varios cilindros largos y plateados. Supuso que sería algún tipo de gas. Toda la calle estaba bloqueada ya por coches de la policía, camiones de los bomberos, ambulancias y un cordón de policías contenía a la multitud por los dos extremos. Vio padres angustiados, mujeres que lloraban y pedían a la policía que las dejaran pasar.

Cuando el bombero llegó al extremo de la escalera, ésta fue desplazada hacia la ventana de Harris.

—Perfecto —dijo ayudando al bombero a saltar a la habitación.

—¿Hacia dónde? —preguntó el bombero mirando a su alrededor e ignorando a Ainsley y al director.

—Por aquí. Sígame —dijo Harris estirando más manguera por la ventana. Vio que subía más gente uniformada.

Los dos arrastraron la manguera a lo largo del corredor.

—Un segundo sólo —dijo el profesor, deteniéndose ante la puerta de la escalera—. Asegurémonos primero.

Se preguntó si alguna vez podría abrir de nuevo una puerta con confianza. Atisbó por una delgadísima abertura que amplió luego cuando comprobó que no había peligro. Bajaron hasta el recodo de la escalera y miraron hacia la siguiente de abajo, cerrada. El bombero se volvió hacia Harris cuando oyó el ruido de garras.

—Dios mío, ¿son ellas? —preguntó.

—Sí —dijo Harris—. Son ellas. Se están abriendo paso a base de roer la puerta. No necesitarán mucho, disponen de dientes como sierras eléctricas.

—Bueno, parece de todos modos que el agua está inundándolo todo —dijo el bombero quitándose el casco y rascándose la cabeza.

Harris asintió. Por lo menos había diez o quince centímetros de agua al pie de la escalera. Seguramente el sótano estaba ya totalmente inundado. El agua llegaba por lo menos al nivel de las ventanas y el chorro de las mangueras impediría que se escapara ninguna rata.

Oyeron pasos detrás suyo. Tres policías, un sargento y dos bomberos más bajaban para reunirse con ellos.

Harris les indicó que se quedaran donde estaban.

—Las ratas intentan atravesar la puerta. Si uno de ustedes se queda en la ventana, otro en la puerta del despacho y otro en lo alto de la escalera, podremos avisar en el momento oportuno para soltar el agua.

—El único problema es que sólo podremos utilizar media presión, a causa de los recodos —dijo el bombero que estaba con él—. Si damos toda la presión, el agua tratará de enderezar la manguera.

—En ese caso, procuramos redondear al máximo todas las curvas —dijo el sargento—. Que no haga cantos agudos.

Dieron a la manguera una forma serpenteante a lo largo de los varios recodos.

—La presión la echará hacia la pared de la derecha; por lo tanto, yo me quedaré aquí y la aguantaré. Usted, Harris, póngase al otro lado —dijo el bombero que acompañaba al profesor.

El sargento ordenó a los otros bomberos que volvieran a la ventana de arriba y situó a sus dos hombres en posiciones estratégicas a lo largo del recorrido.

—Muy bien. Estos cabrones ya pueden salir —dijo.

Esperaron en silencio con los ojos clavados en las estrechas rendijas de la puerta de abajo, que aumentaban de tamaño.

—¡Atención arriba! —gritó el primer bombero—. Es increíble. Madera maciza.

—Sí, y es el segundo caso en una mañana —comentó el fornido sargento.

—¿Qué quiere decir? —«preguntó Harris.

—Atacaron un tren cargado de personas en la hora punta. No sabemos todavía la gravedad, pero parece que fue una matanza. Yo me resistía a creerlo pero no tras ver esto.

—¿Un tren cargado de gente? ¿Atacaron un tren? —Harris miró con incredulidad al policía—: No lo creo.

—Oh, es muy cierto —contestó el sargento—. Como dije, todavía no conocemos todos los detalles. Quizá han exagerado. Pero la última noche también nos llamaron, a Shadwell. Tres personas muertas. Encontramos los restos del jefe de estación dentro de un armario: no quedaba gran cosa. Las ratas reventaron la puerta. Al principio querían echar tierra al asunto, por lo menos de momento, pero una cosa así no puede

ocultarse.

Oyeron ruido de madera rompiéndose y un agujero apareció en la puerta, que luego se agrandó al saltar un gran trozo.

—¡Ya! —gritó el bombero.

—Ya, ya, ya —llegaron los ecos de los demás.

Una rata empezó a retorcerse por el agujero.

La manguera inerte se puso rígida al llenarse de agua y el bombero lanzó inmediatamente el chorro apuntando directamente al animal que se retorcía. El chorro golpeó la puerta un segundo tarde. La rata pudo soltarse a tiempo, mientras el poderoso chorro golpeaba su trasero hacia un lado. El bombero apuntó más abajo y la hizo rebotar de nuevo contra la pared.

—La puerta. No deje la puerta. Que no pase ninguna más —gritó Harris, pero ya era tarde. Con una velocidad fulgurante, otra rata había saltado por el agujero libre. El bombero dirigió de nuevo el chorro hacia la puerta y cubrió completamente el agujero. Incluso lo agrandó al empujar hacia adentro los trozos sueltos de madera. Las dos ratas medio corrieron, medio nadaron hacia la escalera.

—Yo me ocupo de ellas —bramó el sargento arrancando una de las pequeñas hachas del cinto de un bombero. Avanzó hacia las ratas que se aproximaban, procurando no meterse en la cascada de agua. Para darle más tiempo, el bombero bajó durante una fracción de segundo la puntería enviando a los dos animales rodando hasta la pared de enfrente.

El policía saltó los dos últimos peldaños y aterrizó con un chapoteo, blandiendo el hacha sobre su cabeza. Resbaló, pero la descargó sobre una de ellas y consiguió hundirla en su lomo. De nuevo se oyó el chillido infantil del monstruo herido. Sin esperar a rematarla se volvió hacia la segunda rata, pero sólo pudo alcanzarla de refilón con la hoja plana. La rata cayó, dio media vuelta y se lanzó contra las piernas del hombrachón. El policía lanzó un grito cuando aquellos dientes sañudos se hundieron en su rodilla. Golpeó de lado a la bestia tenaz, por miedo a cortarse la pierna con su arma ensangrentada, y trató de desalojarla. Desesperado, cayó de rodillas, apretó a la rata contra el suelo y abatió el hacha con todas sus fuerzas. Casi cortó de una rebanada a la bestia de pelo negro.

La otra rata herida trató de alcanzar la escalera pero Harris corrió hacia ella y de una patada la devolvió desde el primer peldaño. El policía le cortó la cabeza de un solo golpe. Luego separó la mandíbula de la rata que todavía pendía de su rodilla. Subió renqueando y maldiciendo en voz alta, arrimado a la pared.

El bombero que estaba estacionado en la ventana bajó corriendo.

—Acaban de traer los cilindros de gas al patio. Van a descargarlos por las ventanas. Dicen que no es perjudicial sino se respira demasiado, pero que acabará con los bichos: cúbranse el rostro con los pañuelos empapados.

—Dígales que inyecten gas por la ventana de este lado del edificio. ¡Es la sala de profesores y las ratas intentarán salir por allí! —gritó Harris para hacerse oír por

encima del ruido del agua.

—¡De acuerdo! —El bombero subió corriendo las escaleras.

—¿Cree que podrá aguantarlas? —preguntó Harris al de la manguera.

—No hay problema. Aunque la puerta reviente bajo la presión, impediremos que suban la escalera hasta que el gas haga su efecto.

Harris ayudó al sargento a subir al segundo piso. Mientras avanzaba renqueando, el policía dijo:

—Me han dicho que estas mordeduras pueden ser peligrosas. ¿El chico que murió a causa de las ratas en la última semana era de esta escuela?

—Sí, lo era. Se llamaba Keogh.

—Sí, así es. Debió de quedar muy malherido, ¿no?

—No sé —mintió Harris.

Lo llevó al despacho del director y lo sentó en una silla de respaldo duro.

—Oh, ¿también a usted le han mordido? —preguntó Ainsley en tono quejumbroso, mientras cogía la caja de medicinas.

—Sólo un mordisco, señor. No es nada. Pero pica un poco —le dijo el policía.

Harris fue a la clase de al lado y golpeó la puerta.

—No hay peligro —gritó—. Déjenme pasar.

Oyó el ruido de los muebles al retirarse y se abrió la puerta ante él. La habitación estaba totalmente llena ya de profesores, alumnos, policías y bomberos.

Levantó la mano para imponer silencio a los niños.

—La situación está controlada ya. El agua bloquea la escalera y están inyectando en las clases de abajo un gas, inocuo para nosotros. Pronto podremos salir.

—Le agradecemos mucho su juicio sobre la situación, señor Harris —dijo agriamente Grimble—. Creo que el inspector jefe puede asumir el mando. Con su permiso, desde luego.

«A esta rata el gas no le va a afectar», pensó Harris.

Las ratas de la escuela fueron exterminadas lentamente. Las que no se ahogaron en el sótano murieron por el gas. Las del piso bajo corrían por todas partes, nadando por el agua que subía de nivel, buscando frenéticamente una salida. Escalaban los radiadores, se abrían paso royendo hacia otras clases y trataban de escapar por las ventanas, pero las detenían las rejas clavadas en el exterior. Saltaban encima de los pupitres, de los armarios, de todo lo que estaba elevado, para escapar del torrente de agua. Luego el gas se filtró en el interior y finalmente cayeron una por una, con violentas convulsiones, levantándose primero sobre sus patas traseras; algunas caían directamente al agua y otras se tumbaban sobre las plataformas que podían haberlas salvado de la inundación.

Muchas trataron una y otra vez de arrastrarse por el agujero de la puerta en el extremo del pasillo, pero el poderoso chorro de agua las devolvía sin falla. El pánico las enloqueció. Luchaban entre sí cuando se producía una colisión o cuando más de una intentaba alcanzar el mismo punto de huida. Luego una cuadrilla escogía sin

motivo aparente una rata concreta, la atacaba y la mataba en segundos, porque la víctima no ofrecía ninguna clase de resistencia. Luego la cuadrilla escogía de nuevo a uno de sus propios componentes y lo destruía. De este modo su número iba disminuyendo.

Y pronto quedaron todas muertas.

CAPÍTULO 12

Aquel lunes se convirtió para los londinenses en el «lunes negro». Durante todo el día fueron llegando informes a intervalos regulares: informes sobre muertos y heridos. La tragedia del metro fue el desastre mayor, y la escuela estuvo a punto de convertirse en el segundo. Las muertes se producían de modo extraño: el hombre que iba a sacar el coche y se encontraba su garaje lleno de bichos; el crío que tomaba el sol, solo en su cochecito, y sonreía al negro animal para ser luego arrastrado y matado; el cura que recitaba sus oraciones matinales solo en su iglesia; los dos electricistas que repasaban la instalación eléctrica de una casa vieja para los nuevos inquilinos; un jubilado que vivía en lo alto de un nuevo bloque municipal y que abría la puerta de la calle para recoger la leche; el basurero que levantaba la tapa de un recipiente de basuras y encontraba dentro a dos animales al acecho.

Hubo también escapes milagrosos: un cartero que llevaba la correspondencia a un sótano habitado, al darse la vuelta se encontró con tres pares de ojos malignos que le estudiaban desde el depósito del carbón, pero las ratas no intentaron atacarle y pudo retirarse a tropezones y subir los peldaños de piedra; un equipo de descargadores quedó atrapado por las ratas en un tinglado del muelle, escaparon escalando bidones y luego saliendo por una claraboya y por el tejado; un lechero repelió a dos ratas negras tirándoles botellas de leche; una ama de casa encontró su planta baja llena de animales, subió escaleras arriba y saltó desde la ventana de un dormitorio a la calle.

Pero quizá la fuga más fantástica fue la del repartidor de periódicos, que en su recorrido matinal tomó un atajo por entre unos derribos y se encontró en medio de unas treinta o cuarenta ratas gigantes. Con increíble sangre fría para un chico de catorce años caminó tranquilamente entre ellas, procurando cuidadosamente no pisar ninguna. Sin que pueda saber por qué, le dejaron pasar. Nadie hubiera creído al muchacho si dos hombres que iban al trabajo no hubiesen contemplado la escena desde la calle. No había explicación ni razón lógica para un fenómeno así.

La gente de Stepney, donde se produjeron la mayoría de los incidentes, estaba asustada e irritada. Culpaban a las autoridades locales de la situación; aseguraban que en la Zona no se habían mantenido nunca de modo completo ni en toda la extensión necesaria los adecuados servicios sanitarios. Se habían descuidado desde la guerra los viejos solares bombardeados; casas declaradas ruinosas desde hacía años estaban todavía en pie; nunca se eliminaba con la rapidez necesaria la basura de los mercados y los derribos de las constructoras. Todos estos lugares criaban porquería, constituían santuarios para las plagas. Los ayuntamientos cargaban la culpa al gobierno, dando por entendido que la investigación que había llevado a cabo el Ministerio de Sanidad no había sido completa; que no se había dedicado dinero para eliminar la plaga; que se había regateado en el proyecto tiempo y trabajo; que no se había procurado con suficiente rigor la total extinción de la plaga. El gobierno ordenó una encuesta pública que hizo recaer la responsabilidad final, de modo terminante e irrevocable,

sobre las espaldas de Foskins, el subsecretario de Estado.

Aceptó su responsabilidad y dimitió, sabiendo que esto era lo que se esperaba de él. La compañía Ratkill fue criticada también severamente. El gobierno la acusó de negligencia y le dirigió una reprensión pública, aunque ella replicaba que se trataba de una especie desconocida e impredecible de roedor. Pidió que se le diera otra oportunidad en la lucha contra aquel problema amenazador, pero se le informó que iban a intervenir para resolver el problema casi todas las compañías de control de plagas del país y que todas deberían trabajar estrictamente coordinadas.

La cuestión se transformó en un tema político. El Partido laborista aseguraba que los conservadores, que estaban gobernando, *de hecho* no se habían preocupado nunca de las condiciones de vida de la clase obrera, habían descuidado la eliminación de los suburbios, permitían que la porquería se acumulara en las calles y no habían llevado nunca a cabo los planes propuestos (propuestos por los laboristas cuando gobernaban) para instalar una red completamente nueva de alcantarillado que resolviera el gran problema de los desechos de Londres. Los conservadores contestaron que las condiciones de vida de la clase obrera de Londres no habían empeorado de repente cuando el partido se había hecho cargo del gobierno, sino que ya antes, cuando el gobierno laborista estaba en el poder, se había dejado que se deterioraran. Citaron estadísticas de grandes zonas de nueva urbanización, no sólo en el East End de Londres sino en todos los barrios pobres de la ciudad. La polución, afirmaron, se había reducido espectacularmente.

Todos los tramos orientales del metro urbano quedaron cerrados temporalmente para proceder a una completa depuración de los túneles. Sin embargo, la mayoría de las personas se negaron a utilizar cualquier tramo del metro y las horas punta se hicieron caóticas. Los descargadores se declararon en huelga, negándose a trabajar en las zonas del puerto donde la amenaza parecía más fuerte. Los basureros se negaron a poner en peligro sus vidas recogiendo basura que podía contener a los mortales bichos. Se llamó al ejército para resolver el problema, porque no podía dejarse que la basura se acumulara en una situación tan precaria. Como es natural, los trabajadores municipales que mantenían el alcantarillado resistieron a todas las presiones para continuar con su trabajo.

Cuando llegaron al conocimiento público las noticias sobre los fallecimientos causados por la enfermedad de las ratas, la situación se hizo todavía más crítica.

La gente que vivía en los distritos del este de Londres pidió la evacuación inmediata. El gobierno les pidió que se mantuvieran en calma: la situación estaba firmemente controlada. Pero los padres se negaban a enviar a sus hijos a la escuela. Se puso en práctica una vez más el sistema de evacuación de niños para época de guerra, y los niños fueron trasladados a todas las regiones del país. Se depositaron cebos envenenados en sótanos, jardines y cubos de basura, consiguiéndose así matar a ratas pequeñas, ratones y muchos animales domésticos. La gente desconfiaba de los restaurantes y prefería no acudir a ellos. Muchos carniceros decidieron cerrar de

momento las tiendas: la idea de quedarse entre aquellas cantidades de carne cruda resultaba bastante incómoda. La gente rechazaba cualquier trabajo que obligara a estar bajo tierra, rechazaba cualquier trabajo que obligara a salir de noche.

Los ataques continuaron y murió más gente a causa de las heridas, de la enfermedad o de ambos factores.

Aunque se suponía que las compañías de control de plagas trabajaban juntas para obtener sistemas de lucha contra la aparente invasión de ratas, cada cual trató de superar por su cuenta a las demás. Los cebos envenenados resultaron bastante ineficaces porque al parecer los animales preferían alimentarse de carne humana o animal. Cuando los venenos normales, fosfuro de cinc y óxido arsenioso, fallaron se pasó al fluoracetato y a la fluoracetamida de sodio, pero tampoco consiguieron mucho efecto.

El gas, como se había demostrado en el ataque a la escuela, era la respuesta efectiva, pero había que atrapar a las ratas en espacios cerrados. Lo inyectaron en las alcantarillas y en los sótanos de viejos edificios, pero cuando se enviaba un equipo con trajes protectores para investigar los resultados, solía encontrarse con muchas ratas normales muertas y un número pequeño de ratas gigantes muertas.

Harris estaba mirando desde la ventana de su piso cuando sonó el teléfono. Contemplaba el pequeño jardín privado dentro de la plaza, rodeado de casas altas con terraza, magníficas en su época de la Regencia, pero ahora ligeramente desvencijadas. El profesor esperaba que le destinaran a otra escuela tras el cierre de St. Michael y de otras escuelas de la zona, clausuradas hasta que la situación mejorara. Su mente se relajaba ante la visión del pequeño y pacífico jardín; tras el drama de la escuela sus nervios estaban a punto de estallar y pedían todo el *relax* que podía darles.

Contestó al teléfono, aunque su agudo repiqueteo le hubiese despertado de nuevo la tensión.

—Oiga, ¿el señor Harris? Le habla Foskins.

Tras la sorpresa inicial, Harris contestó:

—Hola, Foskins. ¿Qué puedo...?

—Nos preguntábamos, viejo amigo, si podría prestarnos una pequeña ayuda.

—Bueno, sí, claro está...

—Uno de nuestros muchachos quisiera plantearle unas cuantas preguntas. Poca cosa, no le ocupará mucho tiempo. Resulta que usted es una de las contadas personas que entró en contacto físico con las ratas asesinas y sobrevivió. ¿Podría acudir esta tarde?...

—De acuerdo. Pero yo creía que le habían...

—¿Despedido? Exteriormente así fue, querido amigo; tenía que ser así. La presión pública. Pero creo que el Ministerio prefiere no prescindir de mí en estos momentos, por lo tanto no dé crédito a todo lo que lee en los periódicos. Bueno, ahí está la dirección a la que quiero que acuda...

El mismo Foskins le recibió cuando llegó a la dirección transmitida. Resultó ser el Ayuntamiento de Poplar; una base de operaciones bastante lógica, pensó. Foskins le introdujo en una gran sala de reuniones, con las paredes cubiertas de mapas ampliados de la zona, diagramas de las redes del metro y del alcantarillado, ampliaciones de las mismas ratas gigantes, viviseccionadas o enteras, incluso fotografías de sus deyecciones.

La sala era un hervidero de actividad, pero Foskins le condujo hasta un grupo de personas que discutían, alrededor de una mesa, de modo tranquilo y sin excitarse.

—Caballeros, éste es el señor Harris, el profesor de quien les hablé —dijo Foskins presentándole—. Éste es nuestro equipo de expertos. Investigadores de las principales compañías de control de plagas, biólogos, expertos de sanidad de nuestro propio ministerio, incluso un par de muchachos de la guerra química.

Los saludó con un gesto de cabeza.

—Permítame que le ponga brevemente al día y luego le haremos algunas preguntas —dijo Foskins—. Hemos examinado a fondo estos monstruos y no hemos encontrado nada extraordinario en ellos, aparte, como es lógico, de su tamaño y de su cerebro ligeramente mayor. Sus dientes son más grandes, pero sólo en relación a su cuerpo. Sus orejas, que de entrada parecen peculiarmente largas debido a que carecen de pelos, están también exactamente proporcionadas a su cuerpo. Pero las ratas negras normalmente tienen orejas más largas que la especie gris. Lo cual nos plantea un tema interesante. —Hizo una pausa indicando a Harris que se sentara, luego continuó—: La rata gris parece que ha desaparecido de Londres. Como la rata gris no puede escalar tan bien como la negra, a lo largo de los años su capacidad de supervivencia en la ciudad ha sido menor. La rata negra puede escalar paredes y saltar de un tejado a otro, mientras que a la gris cada vez le ha resultado más difícil conseguir entrar en los lugares que presentaban barreras de este tipo. Durante años, las dos especies han batallado por la supremacía y ahora parece que la negra ha vencido. No hemos encontrado rastro de la gris, incluso han desaparecido sus deyecciones, que son muy distintas de las de la negra.

—Es natural suponer que la introducción de las monstruosas ratas negras inclinó la balanza a su favor —interrumpió uno de los presentes.

—Sí, como si un pequeño país consiguiera la bomba de hidrógeno —continuó Foskins—. Bueno, parece ser que han vencido por completo a la rata gris. Uno de nuestros asociados más jóvenes —miró hacia el hombre que había hablado— presentó la idea de lanzar multitudes de grises para que se enfrentaran con las negras, contando con la ventaja de su número. No hay que decir que no tenemos intención de convertir el este de Londres en un campo de batalla para los bichos. Las consecuencias podrían ser desastrosas.

El joven investigador enrojeció profundamente y se puso a estudiar atentamente las uñas de sus dedos.

—Éste es, pues, el villano de nuestra historia —Foskins levantó una fotografía de

una rata grande pero muerta—. *Rattus rattus*. La rata negra. O la rata de los barcos. Se sabe que algunas de las especies alcanzan en las regiones tropicales sus dimensiones. Creemos que un representante, o representantes, de su especie llegó en un buque y se cruzó con nuestra variedad vulgar. A causa de las dificultades que esto representa sospechamos que las trajeron clandestinamente. Los parques zoológicos aseguran que no conocen ningún caso, y en general la idea sería de todos modos ilegal, pero no podemos confiar con que alguien admita haberlo hecho.

—Lo que esperamos ahora de usted, señor Harris, es información —dijo otro miembro del comité—. Cualquier cosa que nos ilustre algo más sobre estos animales. Como ve, no hemos podido hasta ahora hacernos con ningún ejemplar vivo y usted es la única persona que ha tenido contacto estrecho con ellas más de una vez y ha sobrevivido. No sabemos nada de su conducta, dónde van tras un ataque, por qué a veces no atacan en absoluto y qué ha causado su apetito de carne humana. Cualquier ligera peculiaridad que usted haya notado podría tener para nosotros un valor incalculable.

Harris les contó sus experiencias con las ratas; les habló de Keogh, una de sus primeras víctimas, y de cómo persiguieron al chico por el canal, escalando una un muro de dos metros, pero dejándole huir; el episodio con Ferris, el hombrecito de Ratkill, y su primera vista de los bichos, nadando en una especie de formación, cómo uno de ellos se había detenido al otro lado del canal para estudiarle y desapareció luego súbitamente a través de una valla.

—¿Se fue porque usted la asustó? —«le preguntaron.

—No, en absoluto. No era temor. Levantó la cabeza como si de repente hubiese oído algo, casi como si alguien la llamara. Pero yo no oí nada.

Uno de los investigadores tomó la palabra:

—Posee un agudo sentido de la audición, como sucede con muchos animales o mamíferos. Las ratas pueden localizar a sus crías en un campo de trigo gracias a sus silbidos superagudos. No es nada extraño. De hecho, mi compañía trabaja en un método de exterminación de ratas en los edificios con ultrasonidos. De momento está en una fase inicial, pero parece que funciona.

—Bueno, quizá fuera eso. Pero lo que es extraño es el modo como te estudian. Me ha sucedido más de una vez: parecía como si leyeran mi mente. Es extraño. —Continuó hablándoles de la batalla en la escuela, y les contó todos los detalles que pudo recordar. Cuando hubo concluido se hizo el silencio en la mesa.

—Lo siento, veo que no les sirvo de mucho —dijo, con la sensación de haber olvidado algo, y de que su mente estaba trabajando oscuramente para recuperarlo.

—Por el contrario, señor Harris —sonrió Foskins—. Nos ha sido muy útil. Si ahora quiere dejarnos para que podamos digerir la información que nos ha facilitado...

El joven investigador a quien Foskins había hecho sonrojar antes se puso de pie excitadamente:

—Infectémoslas —gritó.

Todos los ojos se dirigieron hacia él.

—Oigan, no podemos envenenarlas porque sólo quieren carne humana o de animal. Pero podríamos infectarlas.

—¿Cómo, exactamente? —preguntó el escéptico Foskins.

—Inyectemos un grupo de animales, perros, gatos, o ¿qué les parece ratas grises?, con un virus, algo muy infeccioso, mortal para las ratas: nuestros bioquímicos podrían conseguirlo fácilmente. Los soltamos en ciertos puntos que el señor Harris podría mostrarnos; por ejemplo, aquel tramo del canal. Los animales infectados son atacados por las ratas negras, ellas mismas reciben la infección y la contagian a sus congéneres. Ellos mismos se destruyen.

Hubo un momento de silencio.

—Podría infectar a las personas. Podría provocar una epidemia —sugirió alguien.

—No si utilizamos el virus adecuado.

—Podría matar a todos los animales dentro y alrededor de Londres.

—¿Vale la pena el riesgo, no?

Otro silencio.

Luego Foskins dijo:

—Sí, quizá dé resultado.

El joven investigador le dirigió una sonrisa de gratitud.

—Sí, es posible —uno de los científicos se inclinó con entusiasmo hacia delante—. Son demasiado inteligentes para tragarse el veneno, o quizá estén inmunizadas. Pero si pudiésemos infectarlas...

—Pero no con ratas —dijo otro, mientras la idea empezaba a prender, quizá por pura desesperación—. Sería demasiado peligroso con otras ratas. Las consecuencias podrían ser imprevisibles.

—De acuerdo, utilicemos perros. Cachorros de perro, para facilitarles la tarea a las ratas.

La mente de Harris se rebeló ante la idea de alimentar a los bichos con cachorros.

—¿Y por que no infectamos simplemente carne cruda? —sugirió.

—No, el virus tendría que transmitirse a base de tejidos vivos.

—¿Pero qué virus podemos utilizar? No disponemos de una sola rata gigante cautiva. ¿Cómo sabremos qué virus puede acabar con ellas? —preguntó Foskins.

—Yo tengo ya una idea que promete —dijo un bioquímico—. Podemos ensayarla en ratas negras normales y esperar que surta efecto sobre las hermanas mayores.

El debate continuó, las discusiones se desencadenaron, saltaron las soluciones. Harris se sentía muy halagado de participar en el centro de la operación, pero su mente estaba ocupada todavía en la búsqueda de algo olvidado.

—Muy bien —Foskins marcó el punto final de la ruidosa discusión—. Disponemos solamente de unos días para descubrir el virus adecuado. Aunque sea preciso comprobarlo a fondo, y no tengo que insistir sobre un punto tan claro,

tendríamos que poner en práctica el plan a mediados de la próxima semana. Mientras tanto el señor Harris y yo, junto con el topógrafo del distrito, nos dedicaremos a elegir los lugares más adecuados para introducir los perros infectados. Puedo añadir que el señor Harris se crió en esta zona, y supongo por lo tanto que conoce los lugares donde las ratas pueden haber instalado con mayor probabilidad sus madrigueras. Todos ustedes continuarán con el programa normal de distribución de cebos, inyecciones de gas o cualquier otro sistema que se les ocurra, y nos reuniremos cada mañana a las ocho y media para seguir el curso de la operación. ¿Alguna pregunta más? ¿No? Bien. Manos a la obra. —Se volvió hacia Harris y le dijo en voz baja—: Vámonos a tomar una copa, señor Harris.

Cruzaron la calle del Ayuntamiento y se metieron en un bar que acababa de abrir sus puertas para la invasión de la tarde. Sus ojos tardaron en adaptarse a la oscuridad tras la luz brillante del sol de la tarde.

—¿Qué quiere tomar? —preguntó Foskins, llevándose la mano al billetero.

—Keg.

—Una botella de Keg y un gin-tónico, por favor.

Encontraron un rincón tranquilo y se acomodaron en unos asientos de imitación de cuero.

—Salud —dijo Foskins.

—A la suya —replicó Harris.

Bebieron en silencio unos instantes.

—Estoy sorprendido —dijo Harris.

—¿De qué?

—De que continúe mandando.

—Ah, bueno. Como le dije por teléfono, señor Harris, el público quería la cabeza de alguien. Yo tenía el cargo, y yo era la única víctima posible. —Sonrió sin humor, examinando el borde de su vaso—. Hay que encontrar siempre una víctima propiciatoria: las cosas funcionan siempre así. —Rápidamente se quitó de encima aquel aire de abatimiento y sonrió al profesor—. Pero hago mi trabajo demasiado bien para que puedan prescindir de mí, y ellos, esas indefinibles personas, lo saben demasiado bien. Ya ve, el único error que cometí entonces —fue subvalorar al enemigo. Acepto que el error fue mayúsculo. Tuvo ciertamente consecuencias serias. Pero fue un error natural, si se tienen en cuenta las circunstancias, ¿no cree? Quiero «decir que no es cosa que suceda cada día, ¿no es cierto?

—Supongo que no. —Harris bebió un largo trago sintiendo los ojos de Foskins sobre él.

—La última vez que nos vimos se mostró más bien duro conmigo —dijo Foskins.

De pronto Harris comprendió por qué le habían incorporado a la operación. En realidad no era tan necesario: apenas podía considerarse imprescindible su ayuda. El público había maltratado a Foskins. Le había maltratado y no le había apreciado. Habían pedido a gritos su sangre y sus superiores se la habían entregado. Por lo

menos aparentemente. Y él también le había despreciado. Por lo tanto, Harris representaba de modo simbólico al público. Constituía el contacto físico de Foskins con la gente que se había burlado de él. Y ahora iba a demostrar que estaban equivocados. A través suyo. Demostrándole que ocupaba todavía el puesto de mando de un modo muy, pero muy eficaz.

«¡Buena suerte!», pensó Harris.

—Bien, parece que hoy hemos conseguido algo importante. —Foskins se apoyó de nuevo en su asiento con una amplia sonrisa en su rostro—. No sé por qué no pensamos antes en ello. ¿Quiere tomar otra ronda?

—Déjeme a mí —dijo Harris, apurando su vaso y poniéndose en pie—. ¿Lo mismo?

Cuando trajo de nuevo los vasos a la mesa, sorprendió al otro sumido en profundos pensamientos. Foskins le miró casi como si fuese un desconocido.

—Gracias —dijo—. Bueno, creo que ahora hemos dado con el truco, ¿no le parece? Sí, creo que pronto volveremos a la normalidad. Usted se incorporará a su escuela. A mí me darán otra vez el cargo, desde luego sin publicidad, o quizá trasladándome a otro ministerio. Pero de modo honorable. —Sorbió su ginebra—. Dígame, ¿por qué enseña en el East End? Hay lugares más agradables, ¿no es cierto?

—Es terreno familiar.

—Ah, ¿vive todavía allí?

—No. Tengo un piso cerca de King's Cross.

—Casado, seguramente.

—No, en realidad no.

—Ya entiendo. También me sucedió a mí.

Foskins tomó un gran trago de su bebida, mientras su mente divagaba de nuevo. Harris empezó a sentirse ligeramente irritado ante el aire melancólico que iba tomando la conversación.

—¿Cree usted que darán a tiempo con el virus adecuado? —preguntó, cambiando de tema.

—Oh, sí. No hay problema. Estos chicos podrían descubrir la manera de que las pulgas cojan el sarampión. El factor importante es el tiempo. Usted ya sabe lo rápido que se reproducen esas ratas. De cinco a ocho veces al año. Y sus crías pueden reproducirse al cabo de tres meses. Usted es profesor y puede calcularlo. Si no acabamos pronto con esas malditas ratas acabarán dominando toda la ciudad. ¿Quiere otra ronda?

—No, tengo que irme —dijo Harris—. Me están esperando.

—Sí, sí, desde luego —dijo de nuevo con abatimiento—. Bueno, nos veremos mañana, frescos y sonrosados, ¿no? —dijo con más animación.

—¿Quiere que venga?

—Sí, claro. Usted está ya en el ajo, amigo. No se preocupe por los demás. Me ocuparé de su destino. En realidad ya he dado instrucciones. No van a enviarle a otro

lugar. Bien. Le veré mañana.

Harris salió con alivio del bar. No acababa de captar el motivo de su desagrado hacia Foskins: quizá eran sus imprevisibles cambios de humor. Primero brillante, afectuoso, eficiente; luego... bueno, lo único que se le ocurría era «perro apaleado». A Harris le faltaba tiempo para llegar a casa y ver a Judy.

Foskins contempló ceñudo su vaso. «Supongo que no debo quedarme mucho rato —pensó—. No me conviene que alguien del equipo cruce la calle, se asome por aquí y me vea bebiendo en solitario. La impresión no sería buena, especialmente ahora».

Pensó en el joven profesor. Probablemente vivía con una chica —no parecía maricón—. Seguro de sí mismo, independiente. Joven. «Sin embargo, puede resultar útil en esta operación. Desde luego no es esencial, pero por lo menos el profesor aprenderá lo difícil que resulta organizar un proyecto de este tipo. La experiencia le resultará muy provechosa: me gustaría solamente que otros pudiesen tener idea de las dificultades que representa. Quizá entonces no reclamarían tan a gusto las cabezas al presentarse la primera crisis. Pronto verán que todavía no me ha llegado la hora del retiro».

Pidió otro vaso: «un vaso rápido», se dijo a sí mismo, y volvió a su asiento.

«Es curioso cómo acaban las cosas —pensó—. Uno tiene siempre que demostrar su valía ante los demás. A algunos les resulta fácil, nacieron con ese don, pero los demás necesitan trabajar duro, constantemente, sin descansar ni un minuto, sin poder revelar la propia debilidad a quienes estarían muy contentos de aprovecharse de ello en beneficio propio. Así me ha sucedido siempre. El trabajo, el mando: no se me han dado nunca de modo fácil. Mi lucha ha sido un secreto bien guardado. Si supieran las noches que he pasado sudando tinta, trabajando machaconamente para estar al día con mis exigencias de producción... No sólo para estar al día, sino para ir adelantado.

»Pero Rosemary lo descubrió. Era lógico que así fuera: era mi esposa. Cualquier otra mujer me habría ofrecido su consuelo, pero no Rosemary. Se sintió frustrada por tantas noches pasadas en casa, vadeando entre el paperamen. Y luego descubrió que las proezas de la cama tampoco se me daban con naturalidad: bueno, el desencanto fue excesivo. Si hubiésemos tenido hijos supongo que hubiese dispuesto de algo con que ocuparse, pero incluso esto tuvo que echarme en cara. Sin embargo duró quince años, es decir, que debí inspirarle algo de amor. Yo sabía que tenía de vez en cuando sus asuntos, pero no me importaba con tal que fuera discreta. Incluso hubiese podido superar sus pullas ante los amigos y los colegas, burlándome a mi vez de ella con aquella falsa cordialidad. Pero cuando sus asuntos se hicieron mucho más frecuentes y mucho menos discretos, y peor aún, mucho menos discriminantes, la cosa tenía que finalizar. Pero ella tomó la iniciativa y saltó por su cuenta; se fue con un maldito viajante de comercio. ¡Un viajante de comercio! Hice lo que pude para que la cosa no se supiera, pero siempre se corre la voz, y no me quedó más remedio que trabajar más duro todavía, tener todavía más éxito, lo que fuera, con tal de cubrir la vergüenza de que una esposa infiel me dejara plantado. Y la doble vergüenza de que me pusieran

los cuernos ella y un condenado viajante de comercio. ¿Quién puede conservar su dignidad tras esto? Pero lo conseguí, alcancé este cargo con mi trabajo. Sí, el asunto de las ratas perjudicó algo mi reputación, pero mis superiores no han querido que me fuera. No; conocen mi verdadera valía. Que el público reviente. Y cuando hayamos superado este pequeño episodio todos reconocerán mis méritos. De hecho, cuando de más poder se dispone, más fácil resulta encontrar soluciones a cualquier problema. Basta con que te rodees con la gente adecuada, con los cerebros adecuados: ellos dan con la respuesta y tú te llevas la fama. Lo más difícil fue escalar un puesto de autoridad, pero una vez conseguido, el resto vino por sí solo.

»Voy a tomar otra copa, una sola, y luego quizá me pase por el club: explicaré a los muchachos que todo va bien, dejaré caer algunas alusiones sobre nuestra idea, no mucho, por si falla, pero lo suficiente para que se enteren de que el viejo Foskins lo consiguió otra vez. Me encuentro ya mejor, y de momento no vale la pena que vuelva a casa para meterme en un lugar solitario. A los chicos les encantará verme, creo que sí».

Apuró su vaso y salió a la luz todavía brillante del sol.

Harris asistió cada mañana, a las ocho y media, a las reuniones diarias del Ayuntamiento. Estudió con Foskins y los topógrafos del distrito diez puntos claves donde era probable que hubiese madrigueras de ratas. Al finalizar la semana los bioquímicos habían dado con el virus correcto.

Se rieron del asombro del profesor ante tanta rapidez.

—El problema no era éste —le dijeron—. De hecho teníamos ya el virus desde hacía muchos años. Lo heredamos de los alemanes después de la guerra. Estaban elaborando un sistema para eliminar todo nuestro ganado con una infección que no perjudicara a la población, y de hecho habían dado con la respuesta. Por fortuna para nosotros la guerra terminó antes que pudieran utilizarlo, y desde entonces ha constituido un secreto bien guardado, junto con otros articulitos malignos. Lo difícil, y en esto hemos gastado tiempo, era encontrar un antídoto que lo contuviera. No nos entusiasmaba la idea de eliminar toda la vida animal del país. Bueno, descubrimos la antitoxina y no nos resultará difícil darla a nuestros animales, inyectándola o mezclándola con el pienso o el agua. Se está produciendo ya en masa, y por precaución estamos trabajando en otro suero, por si el primero falla. Repito que es pura precaución. No vemos ningún motivo para que falle el primero.

Foskins los felicitó por su buen trabajo y fijaron un calendario para ejecutar el plan.

—Muy bien, caballeros —concluyó el ministro—. El martes por la mañana, a las seis, soltaremos los primeros cachorros infectados. Iremos por la mañana a nueve zonas, todas puntos clave y abandonaremos a su sino a los desgraciados y sacrificados animales. ¿Alguna pregunta?

—Sí —dijo Harris levantando la mano, pero la bajó inmediatamente al darse cuenta de que estaba imitando a sus alumnos ausentes—. ¿Qué sucederá si mientras

soltamos a los cachorros se nos echan las ratas encima?

—Todos llevarán trajes de protección, señor Harris. Es un procedimiento de rutina en una operación de este tipo. Creo que juzgará los trajes adecuados, aunque quizá incómodos. —Foskins miró los otros rostros—. ¿Más preguntas?

—Sí —dijo Harris.

—¿Señor Harris?

—¿Qué pasará si falla?

—Si falla ¿qué?

—La idea.

—En este caso, señor Harris, que Dios nos ampare.

El gris amanecer proyectaba su niebla sobre el viejo canal. Ni un pájaro perturbaba el silencio de la fría mañana. Las sucias aguas se movían ocasionalmente en la ligera brisa matinal, enviando pequeñas ondulaciones que rompían indolentes en las orillas de piedra de aquel río artificial.

Un débil gañido rompió el silencio. Avanzaban por la orilla cinco hombres que parecían visitantes de otro planeta. Estaban cubiertos de pies a cabeza por un pesado material, como de plástico, y llevaban cascos con grandes Viseras de cristal. Dos de los hombres llevaban un gran cesto. La tapa saltaba de vez en cuando como si los ocupantes de la caja trataran de salir. Uno de los hombres señaló un punto al lado del canal y el cesto quedó en el suelo.

—Aquí podemos soltar el primer grupo —dijo Harris, sudando dentro de su pesado traje. Levantó la visera de cristal para que los demás pudieran oírle mejor.

—Aquí vimos a las ratas la última vez. Nadaron por el canal hasta este punto. Luego escalaron la orilla y desaparecieron por aquel agujero de allí. —Señaló hacia la otra orilla. Abrieron el cesto y sacaron tres perritos. Harris acarició con ternura uno de ellos. «Pobres animalitos», pensó.

El joven investigador, presentado al profesor tras su primera reunión en el Ayuntamiento como Stephen Howard, levantó su visera y se quitó el sudor de la frente con una mano enguantada.

—Bueno, atemos dos de ellos y soltemos a los otros para que se paseen —dijo—. De este modo las ratas tendrán que dar con ellos.

Harris vio cómo clavaban una estaca de metal en el camino endurecido que corría a lo largo del turbio canal. Ataron a ella dos de los cachorros.

—Bueno, pequeños, iros ya.

Puso al perrito que tenía en brazos sobre el suelo y le dio un pequeño empujón, pero el animal se apretó de nuevo contra su mano, lamiéndola, y mirándole a la cara.

—Vamos chico, es por la Reina y la patria.

El perrito se sentó sobre sus patas y le miró.

—Dios mío —murmuró Harris—, será más difícil de lo que imaginaba.

Howard metió la mano en el cesto y sacó algo de carne cruda.

—Esto les gustará. Era cebo para las ratas, pero no veo que los pobres animales

no puedan disfrutar de un último banquete. Me iré hacia el puente para que me sigan y les dejaré allí carne suficiente para hartarse. Vamos chicos, venid.

Pasó la carne por el hocico del cachorro y la arrastró sugestivamente, pero sin que la alcanzaran sus pequeñas dentelladas.

—¡No vaya muy lejos! —gritó Harris mientras la figura extraña desaparecía bajo el puente. Él y los demás empezaron a esparcir más carne cruda alrededor de los dos cachorros atados, y a darles pedazos para que estuviesen contentos.

Levantaron la vista cuando oyeron ruido de pasos precipitados y vieron que Howard venía hacia ellos moviendo excitado los brazos. Primero no entendieron de qué se trataba, pero al señalar hacia el puente comprendieron el motivo de una huida tan precipitada.

En la oscuridad, debajo del puente, vieron varias bestias negras que rodeaban al perrito, quien había empezado a gemir lastimeramente. Harris hizo el gesto de ir hacia allí, pero una mano sobre su hombro le detuvo. Asintió con la cabeza, comprendiendo que era necesario. ¿Qué importaba la muerte de un perrito si de este modo podían salvarse las vidas de innumerables personas? Pero para el pobrecito la muerte sería terrible.

De pronto vio que una línea de ratas se destacaba del oscuro interior del puente y se disparaba tras el investigador que huía pesadamente. La rata que iba en cabeza alcanzó rápidamente la figura del embarazoso traje y saltó contra sus lentas piernas. Se agarró al material del traje, pero sus dientes afilados como cuchillas no lograron penetrar en él. Howard continuó corriendo, arrastrando tras de sí a la tenaz criatura.

—La visera —gritó Harris—. Cierre la visera.

Howard le oyó y cerró de golpe la cubierta de cristal. Tropezó al agarrársele otra rata a la otra pierna, pero consiguió hacer pie. El grupo de hombres vio horrorizado cómo otra rata escalaba su espalda y se posaba sobre su hombro, dándole dentelladas al casco. Howard se hundió pesadamente y uno de sus brazos chapoteó en el agua del canal. Se puso de rodillas mientras las ratas pululaban ya sobre él. Intentó en vano quitárselas de encima, pero los animales se agarraban a su cuerpo como enormes sanguijuelas.

Harris vio lo que más temía: en el duro material empezaba a formarse una rendija. Corrió hacia delante, seguido por los tres restantes. Llegó hasta Howard y empezó a estirar ratas que estaban desgarrando ya frenéticamente la tela, sin atender a los golpes que recibían. Harris echó dos a patadas dentro del canal, confiando que en su aturdimiento se ahogarían. Sin hacer caso de las bestias que se agarraban al investigador le puso en pie y le arrastró a lo largo de la orilla del canal.

Todos los hombres luchaban ya por sus vidas a medida que aumentaba el río de ratas. Avanzaban a tropezones hacia el agujero de la valla que les permitiría escapar de la trampa mortal del canal. La presión disminuyó algo cuando pasaron ante los perritos que gemían y ante la carne esparcida por el suelo, porque las ratas se precipitaron con satisfacción sobre la fácil presa.

—¡Volvamos a la camioneta! —Harris oyó un grito amortiguado—. ¡Tenemos los cilindros de gas!

Continuaron retrocediendo. El camino era ahora más fácil porque la mayoría de las ratas convergían sobre la carne animal. Ayudándose mutuamente alcanzaron la brecha y la escalaron. De pronto, las ratas que todavía se mantenían pegadas se dejaron caer hasta el suelo, como si percibieran el peligro que representaba para ellas salir de los límites del canal. Harris arremetió contra una de ellas antes de que pudiera escapar, ignorando la repulsión que le causaba el animal, que se retorció. Cogió su cuello con una mano, las patas traseras con otra y la levantó en el aire.

—¡Aquí tiene un ejemplar vivo! —gritó, luchando para mantener su presa.

—Magnífico —respondió Howard, acudiendo en ayuda del profesor.

La rata gigante era inmensamente fuerte y se debatía con ferocidad entre sus brazos, pero los dos hombres resistieron tenazmente. Las otras ratas, que no habían huido sino que habían permanecido al otro lado de la brecha, la atravesaron de repente y empezaron a atacar a los dos hombres.

Los otros tres la emprendieron a patadas y estirones contra los bichos, tratando de alejarlos, pero pronto comprendieron que sus esfuerzos serían inútiles a no ser que contaran con más ayuda. Sus camaradas de las camionetas cercanas pusieron en marcha los motores y se lanzaron ruidosamente hacia ellos, frenando de modo chirriante al lado de la refriega. Abrieron de par en par las puertas traseras de las camionetas y los hombres, luchando todavía, empezaron a subir a ellas dificultosamente mientras las ratas se les colgaban de los trajes y subían a los dos vehículos. El ruido ensordecía a Harris, a pesar de la protección del casco: los perritos de las cestas que ladraban furiosamente, los bichos que chillaban con aquel tono peculiarmente elevado, los gritos y exclamaciones de los hombres. Vio que el conductor de la camioneta donde se estaba metiendo no llevaba ni casco ni guantes. Gritó al hombre para que se cubriera la cabeza y las manos, pero el conductor no le oyó entre el tumulto. Dos hombres habían entrado ya en la primera camioneta y estaban sacando rápidamente los tanques de gas y rechazando a patadas a las ratas cuando saltaban al interior. Harris y Howard se metieron dentro, cogiendo entre los dos a su cautiva, ignorando el dolor de los mordiscos, que no penetraban pero pellizcaban la carne de modo insoportable. La camioneta empezó a moverse y las ratas emprendieron su persecución tratando de saltar por las abiertas puertas traseras: algunas lo conseguían y otras eran rechazadas a la calle. Cerraron de golpe las puertas, atrapando por la mitad el cuerpo de una rata que cayó fuera tras recibir una buena patada por parte de uno de los ocupantes.

Soltaron el gas de uno de los cilindros para acabar con los bichos que quedaban dentro de la camioneta y que continuaban atacando.

—¡Ésta no! —ordenó Howard—. Buscad algo para meterla dentro. La queremos viva.

Vaciaron el contenido de una caja de herramientas y metieron a la enloquecida

rata en su interior. La tapa quedó firmemente ajustada. Un súbito bandazo de la camioneta los hizo volverse para mirar ansiosamente al conductor. Estaba tratando de quitarse una de las bestias negras de la mano descubierta. Un chorro de gas dirigido contra la rata la hizo caer pronto al suelo, a los pies del conductor, cuyo brazo colgaba ahora inerte a su costado. Continuaba conduciendo, gimiendo de dolor, mientras asía el volante con la mano derecha. Apuntaron el gas por el amplio interior del vehículo y la muerte llegó en pocos segundos a las sañudas ratas.

—¡No den demasiado gas! —gritó Howard—. ¡De lo contrario acabaremos también con los perros!

La última rata dio unos cuantos pasos aturdida, luego se puso rígida y falleció. Entonces los hombres se quitaron los cascos protectores y miraron al conductor herido, sabiendo que estaba condenado.

—La otra camioneta nos sigue de cerca —dijo Howard mirando a través de la ventana trasera—. Ya estamos lo bastante lejos —dijo al conductor—, por lo tanto aparquemos y le curaremos la herida. —Lanzó una mirada a Harris y sacudió la cabeza con desaliento.

La camioneta se detuvo en la cuneta y el otro vehículo hizo lo propio detrás de ellos. Se abrieron las puertas y salieron los hombres pesadamente, felices de respirar los frescos aires de la mañana tras el humo acre de los gases. Harris, que se sentía mal y ligeramente mareado, se apoyó contra un costado de la camioneta.

—Un exceso de gas puede matar a una persona —le dijo Howard—. Especialmente en un espacio reducido como éste. Tuvimos suerte de llevar puestos los cascos. El conductor acaba de desmayarse, y supongo que no es de la herida, sino del gas, y esto a pesar de ir al lado de una ventana abierta.

—¿Sabe el pobre que va a morir? —preguntó Harris, todavía con las ideas borrosas.

—Todos están enterados ya de la enfermedad, señor Harris. Era consciente del riesgo; tenía que haberse protegido.

—Bueno, quizá usted tampoco tuvo mucha suerte —dijo Harris señalando un roto en el traje de Howard.

El investigador palideció y metió su mano por el agujero.

—Creo que no me mordieron —dijo—, pero estoy lleno de cardenales causados por sus dientes. Dios mío. —Luchó con la cremallera del traje gris y consiguió abrirla a trompicones. Vio con alivio que las ropas que llevaba por debajo no habían sufrido daño. Exhaló un profundo suspiro y se apoyó contra la camioneta.

Al cabo de un rato dijo:

—Llevemos a este pobre hombre al hospital, aunque no le servirá de mucho; luego continuaremos nuestra ronda. Pero ahora Foskins tendrá que mandarnos más protección. En definitiva, sólo hemos cubierto el primer punto. Confío que entre los nueve puntos que quedan habrá escogido usted para nosotros algunos lugares seguros.

Harris le sonrió sin humor.

—¿Cree usted que queda algún lugar seguro?

Aquel día sufrieron ataques de los bichos en tres ocasiones más. Harris llegó por la noche al piso completamente agotado, tanto mental como físicamente; sus nervios estaban embotados por los terrores de la operación. Se hundió en su butaca y contó a Judy los acontecimientos del día.

—El canal fue lo peor, y lo que más nos impresionó, sobre todo, que hirieran al conductor; luego procedimos con más precaución. Desde allí fuimos a la zona portuaria: no había visto nunca las calles tan desiertas. Dejamos el cebo y nos fuimos corriendo.

Evitó cuidadosamente hablar de los perritos para no alterarla, porque conocía su amor por los animales.

—En uno de los lugares detuvimos las camionetas a la entrada de una avenida que conducía al río, salimos y llevamos el cebo al otro extremo. Lo tiramos allí, pero al dar la vuelta para regresar las hijas de puta nos habían cortado la retirada. Salían como un río de la reja de un sótano. No nos detuvimos a pensar. Howard se metió inmediatamente entre ellas y se fue disparado hacia las camionetas; los demás le seguimos en masa, abriéndonos paso a patadas y tropezones, dando gracias a Dios por nuestros trajes de protección. Nos apretujamos en las camionetas y nos fuimos pitando.

»Es curioso, pero mientras estábamos sentados en el Ayuntamiento, haciendo planes, oyendo todos los informes, incluso mis experiencias directas entre las ratas, no nos dábamos cuenta de la gravedad real de la situación. Para comprenderlo hemos necesitado lo de hoy. Por la mañana las calles estaban prácticamente desiertas, y más tarde la gente pasaba formando grupos o en coches y camionetas.

»En todo caso, después pudimos disponer de la escolta que nos había prometido Foskins. También trajo el ejército: dos camiones cargados de tropa, con cañones de agua, lanzallamas, gas; todo el maldito equipo. Ciertamente nos sentimos algo más cómodos.

—Teníais que haber ido de entrada con ellos —le interrumpió Judy, irritada no con Harris sino con Foskins, que estaba al mando.

—Sí, ya lo sé —dijo Harris—, aunque de todos modos cumplimos el programa, las habíamos subvalorado. A pesar de todos los informes, continuábamos considerando a las ratas como una plaga muy peligrosa, no como la fuerza arrolladora en que parece transformarse actualmente. A pesar de la masacre del tren y del ataque a la escuela no esperábamos encontrar tantas en un día. Es cierto que escogimos los lugares más probables, de lo contrario la acción hubiese carecido de eficacia, pero ni yo mismo estaba preparado a la idea de encontrarnos tantas veces cara a cara con las ratas. Te digo, Jude, que si el plan falla habrá que arrasar toda la zona.

Judy se estremeció.

—¿Y si no se llega a tiempo? Me contaste lo rápido que se reproducen. ¿Y si se

corren por todo Londres?

Harris quedó callado un rato y luego dijo:

—Adiós Londres.

—Querido, marchémonos. Has hecho todo lo que podías, los has ayudado el máximo. Dijiste que en realidad no eras necesario, que sólo estabas para elevar la moral de Foskins. Pues bien, que lo resuelvan ellos. Vámonos antes que la situación empeore.

—Vamos, Jude, sabes que no podemos. ¿Adónde iríamos?

—De momento con tía Hazel. A ti te podrían trasladar a una escuela local y a mí no me importaría trabajar un tiempo en una tienda. Las escuelas de fuera están llenas a rebosar de niños, y lo que piden precisamente es que los profesores salgan de Londres.

—No, amor mío, no podemos irnos ahora. Hoy mismo, mientras nos paseábamos vestidos con estos ridículos trajes espaciales, escoltados por soldados armados hasta los dientes, y yo los llevaba a todos los lugares que conocía, a lugares que conozco desde siempre y que han formado parte de mi vida, comprendí que tenía que llegar hasta el final. En definitiva, y aunque te suene ridículo, se trataba de mi terruño. Los que me acompañaban eran forasteros. A Foskins y a su ministerio les daría lo mismo que fuese un país extranjero. Como puedes suponer, no diré que quiero al barrio o que lo tenga en la sangre. No pienso en estas estupideces. Pero me siento en cierto modo responsable. Como si mi viejo colegio se estuviese cayendo de viejo. ¿Lo entiendes?

—Sí, lo entiendo —Judy le sonrió llevándose su mano contra su mejilla—. Estás viciado.

Se encogió de hombros, sonriendo para sí.

—¿Hubo más casos hoy? —le preguntó ella.

—Sí. En un patio de una escuela vimos a un grupo de ratas atacando a un perro. Nos metimos entre ellas y soltamos el cebo sin parar. —Su mente se llenó con la terrible imagen de sus compañeros soltando los perritos desde las camionetas en medio de las ratas, mientras él se sentía incapaz de participar—. Luego fuimos a una iglesia bombardeada y descubrimos los huesos descarnados de dos personas. Era imposible saber quiénes eran y cuánto tiempo hacía que estaban allí; los esqueletos estaban demasiado limpios para que hubiese pasado mucho tiempo y no había rastro de vestidos. Lo curioso es que estaban estrechamente abrazados, como dos amantes. Empezamos a descargar el cebo cuando oímos un grito. A uno de los hombres se le había subido una rata al cuello y corría por allí como un loco. Por fortuna el traje impidió que el animal lo hiriera, pero su miedo se nos contagio y todos corrimos hacia la salida. Dos hombres fueron en ayuda del atacado, pero pronto tuvieron que ocuparse de sí mismos. Los tres salieron disparados por el agujero, con las ratas colgando del cuerpo; cuando quedaron libres dirigimos el cañón de agua hacia la abertura para impedir que salieran más ratas. Los soldados ayudaron a los tres a

quitarse las ratas de encima con las bayonetas. El ejército quería llenar de gas el lugar, pero Howard se opuso. En esta ocasión lo importante era que las ratas vivieran, para que transmitieran el virus.

»Tras este episodio no tuvimos muchos problemas, aunque continuamos viéndolas. Nos mostramos más cautelosos y no nos alejábamos de las camionetas; saltábamos dentro al menor indicio de peligro. Creo que nadie se hizo el valiente. Conocíamos las consecuencias demasiado bien.

—No quiero tener a un héroe muerto, Harris —dijo Judy.

—Puedes creer que no lo tendrás.

—Bien, y ahora ¿qué?

—A esperar. Esperaremos que el virus surta efecto, y si resulta positivo no tardará mucho en difundirse. Calculan que en un par de semanas conoceremos los resultados, sean los que sean.

—Y si el resultado es negativo ¿qué pasará?

—Bueno, ya no se tratará de un problema del East End. Probablemente no podrán contener las ratas en esta zona. Se correrán por todo Londres. Y en ese caso no me gustaría estar presente.

CAPÍTULO 13

Las ratas salieron a morir a las calles. Parecía que tras haber pasado sus vidas arrastrándose en la penumbra desearan respirar el aire fresco del mundo superior antes de perecer. Llenaron las calles; sus cuerpos se hinchaban al sol, provocando al principio gran alarma entre los que vivían en la zona. La alarma se convirtió en alivio cuando la gente vio que los bichos se estaban muriendo y que la crisis pasaba. Los cuerpos infectados fueron recogidos en masa, cargados en camiones y transportados a los crematorios donde fueron reducidos a polvo inofensivo. Los primeros signos del efecto del virus tardaron sólo dos días en manifestarse, pero en la semana siguiente aumentaron rápidamente. Se producían todavía ataques contra personas, pero eran mucho menos numerosos que antes. Y luego se descubrió un notable efecto secundario del virus.

Una rata que parecía muerta porque estaba echada en el suelo mordió a un soldado. La mató de un tiro y se presentó al hospital, donde esperó la muerte. Su estado durante tres días fue muy crítico, pero consiguió superarlo; la supervivencia se atribuyó a una reacción sobre la enfermedad de la rata por parte del virus que la infectaba. El germen mortal había quedado considerablemente debilitado.

Otras personas mordidas por las ratas no fueron sin embargo tan afortunadas. Algunas murieron en el plazo habitual de veinticuatro horas, otras estuvieron al borde de la muerte durante incluso una semana. Las mordeduras no fueron lo bastante numerosas para asentar ninguna deducción, pero el hecho de que una persona hubiese sobrevivido y otras duraran hasta casi una semana era realmente animador. Se hicieron pruebas con animales, pero en lugar de morir por la enfermedad causada por las ratas murieron por el virus que el hombre había introducido entre los roedores.

Al cabo de tres semanas se consideró que el peligro de la plaga se había virtualmente desvanecido aunque sólo se encontraron unos dos mil cuerpos. Se supuso que el resto de la población de ratas estaba agonizando o que había muerto ya en sus guaridas subterráneas.

La vida retornó prontamente a la normalidad. Se elaboraron planes para iniciar una operación de limpieza en masa de los distritos más viejos del Londres oriental. Habría que derribar muchas casas; los solares se edificarían o bien, una vez aplanados, se convertirían en terrenos de juego de cemento o en aparcamientos. Las zonas de los muelles se convertirían tras su renovación en bloques modernos y abiertos. Los sótanos no ocupados quedarían tapiados para siempre, se limpiarían a fondo o se reconstruirían las alcantarillas y desagües. La cosa costaría millones, pero la lección había sido muy dura. Con el tiempo, Stepney y Poplar se convertirían en barrios de moda, y su antigua historia de suburbios quedaría en el olvido.

Se descargó a Foskins de cualquier responsabilidad por los errores iniciales y se le reinstaló públicamente en su antiguo cargo. El primer ministro le felicitó personalmente y transmitió las felicitaciones al equipo que le había secundado en su

crítica tarea. Foskins, en una conferencia de prensa, alabó a los especialistas cuyos laboriosos esfuerzos combinados con una dinámica inventiva permitieron lanzar el ataque final contra aquel terrible ser mutante y la enfermedad que transmitía; pero al mismo tiempo y con sutileza daba a entender que el mérito era suyo, por haber puesto en marcha y organizado el proyecto.

Continuaban reuniéndose cada día en el Ayuntamiento para discutir el progreso de la operación, pero los miembros del equipo no experimentaban ya aquella sensación de urgencia. A partir del virus se derivó un suero que podía utilizarse como antídoto contra las mordeduras de las ratas, con lo cual la enfermedad dejó de ser mortal, aunque ahora los casos de este tipo eran ya mucho menos frecuentes.

El peligro había pasado. Así lo creían todos.

CAPÍTULO 14

Judy se estaba bañando y disfrutaba de aquel cálido abrazo cuando oyó sonar el timbre del teléfono. La voz apagada de Harris pasaba respondiendo a través de la puerta entreabierta del cuarto de baño. Se preguntó indolentemente quién podía ser. Tras unos segundos de conversación unilateral oyó el clic del auricular al colgar y unos pasos que cruzaban la sala de estar hacia el cuarto de baño. Apareció Harris con una sonrisa irónica en el rostro.

—Era Foskins —dijo sentándose sobre la tapa del water.

—¿Un domingo por la mañana? Te estará echando de menos.

—En absoluto. Me acaba de despedir.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Mis servicios ya no son necesarios. «Le agradezco su ayuda extraordinariamente valiosa, amigo, pero ahora ya ha pasado lo peor y creo que no sería correcto continuar abusando de su precioso tiempo».

—El muy cabrón.

—No, no lo creas, no podía continuar así. Si he de ser sincero, se lo agradezco, porque en las últimas dos semanas me sentía muy poco útil.

—Sí, pero está el hecho de que te quite de encima cuando falta poco para el final.

—Bueno, ha demostrado que estaba en lo cierto, ¿no es verdad? Ya no me necesita para exhibirse: dispone para ello de todo el público. De todos modos, los chicos volverán dentro de unas semanas y habrá que emprender de nuevo la vieja rutina.

—Hum, supongo que sí —Judy se sumergió algo más en el agua—. Pero continuó creyendo que es un cabrón.

Harris rió y le echó agua suavemente por la cara.

—Nos ha invitado a una «pequeña reunión social» el próximo martes por la noche.

—¿Qué? —Judy se sentó de nuevo—. ¡No lo creo!

—Sabe que es un cerdo y no se lo acaba de tragar. Probablemente ésta sea su debilidad, que es sólo medio cabrón. —Mojó su mano en el agua jabonosa y recorrió con el dedo el muslo de Judy—. Me está dando la patada pero todavía desea que le quiera.

—Sí, claro. ¿Y tú qué?

—En realidad no creo que tenga importancia. En cierto modo me sabe mal por él, pero nuestro pequeño comité no me preocupa ni en un sentido ni en el otro: estoy contento de irme. Ahora lo peor ha pasado y tengo cosas más importantes en que ocuparme. —Acarició los muslos de Judy por dentro, mientras las piernas se abrían ligeramente para dejarle paso.

—¿Y acudiremos a esa pequeña reunión social?

—¿Por qué no? Así tendremos ocupada una noche.

Judy emitió un murmullo suave de apreciación cuando la mano alcanzó lo alto de sus piernas.

—¿Qué harás hasta que abran de nuevo la escuela? —preguntó.

Harris dio pequeños tirones al pequeño revoltijo de pelo púbico, casi preocupado por sus propios pensamientos.

—Quizá me dé una vuelta por la zona; miraré cómo limpian el barrio. Quizá incluso me decida a pintar.

—Yo podría conseguir unos días de vacaciones.

—¿Tía Hazel?

—Sí, por favor.

Empezó a revolverse en el agua y Harris se preguntó si aquel «Sí, por favor» era una respuesta afirmativa o lo decía para animar a sus inquisitivos dedos.

—Harris —dijo.

—¿Sí?

—Creo que te toca bañarte.

Empezó a desabrocharse la camisa.

Foskins los recibió efusivamente cuando llegaron a su casa, el martes siguiente.

—Hola, viejo amigo. Ah, usted debe de ser Judy. Entren, por favor.

«Medio colocado ya», pensó Harris, mientras su mirada se cruzaba con la de Judy y ella le guiñaba un ojo como respuesta.

—La mayoría de los invitados han llegado ya —dijo Foskins con una voz algo fuerte—. El cuarto de baño está arriba, a la izquierda; el dormitorio, a la derecha.

Judy desapareció escaleras arriba para retocar su maquillaje y Harris siguió a Foskins hasta una habitación llena de gente conversando. Vio a Howard entre un grupo, con el rostro congestionado por la gloria de los acontecimientos de la anterior semana.

—Hola, Harris —gritó meneando una mano, y el vaso que sostenía derramó parte de su contenido sobre una chica que estaba a su lado—. Ven y te presentaré a todo el mundo.

Harris fue hacia allí conducido por el brazo por Foskins, quien tomó al vuelo un whisky de la bandeja llena de licores que sostenía un camarero. Howard le presentó a su grupo con un aire de camaradería que no había demostrado nunca en su relación laboral.

—Oh, usted es el profesor que salvó a todos aquellos niños en la escuela, ¿no es cierto? —dijo excitada la chica que estaba al lado de Howard.

—Con la ayuda de casi toda la policía y los bomberos de Londres —sonrió Harris.

—Vamos, amigo, no hay que ser modesto —dijo Foskins agarrando al profesor por el hombro y sacudiéndolo cordialmente.

—Fiona adora a los héroes —dijo Howard riendo mientras ponía un brazo posesivo alrededor de su talle.

—Venga, venga, tengo que presentarle a todo el mundo.

Foskins lo arrastró fuera del grupo. Judy se les unió mientras daban la vuelta a la habitación, sonriendo, apretando manos y recibiendo felicitaciones. Tras su tercer whisky, la actitud de Harris hacia el subsecretario empezó a dulcificarse al verle reír, tomar el pelo a sus colegas ministros y aceptar sus alabanzas con modestia burlona primero o con hábil chulería después. Luego descubrió a Howard, de pie y a un lado, que miraba ferozmente a Foskins y hacía caso omiso de la charla de Fiona.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por Judy, quien cuchicheó a su oído:

—Así, pues, éste es el gran equipo.

—Podía haber sido peor —dijo, devolviéndole la sonrisa—. Por lo menos las botellas no paran.

—No hay duda de que Foskins está nadando en la gloria.

—Desde luego. ¿Para qué creías que servía la fiesta? No se lo puedes reprochar.

—Harris, te encuentro muy complaciente para un inconformista como tú.

Se echó a reír, la cogió por el hombro y la acercó hacia sí.

—De acuerdo, cometió un error, pero pronto lo corrigió.

—¡Sí, con tu ayuda y la de todos los demás! —dijo Judy, indignada.

—¡Tiene toda la razón, Harris! —Howard, tras cruzar la habitación, se les había unido, con Fiona siguiéndole los talones—. Está muy ocupado asumiendo toda la gloria, muy modestamente, es cierto; pero en definitiva fue *mi* idea.

—Sí —remachó Fiona jadeando.

—Por cierto —añadió Howard maliciosamente—, lo siento, pero me he enterado que usted ya no forma parte del equipo.

Harris sonrió al investigador, negándose a seguir el juego.

—¿Qué importa? De todos modos la cosa se está acabando —dijo mientras miraba a su alrededor para localizar al camarero y su bandeja.

—Sí, y todos volveremos a nuestros pequeños y oscuros empleos, mientras que él...

—Oiga, si no le gusta no me lo diga a mí, explíquesele a él. —Harris agarró hábilmente un whisky de la bandeja volante.

—Cierto —dijo Howard—. ¡Desde luego que lo haré! —y se dirigió hacia Foskins.

—Harris, eres malo —sermoneó Judy al sonriente profesor.

—Oh, Dios mío, va a hacer una escena —gimió Fiona.

En el momento en que Howard alcanzaba al jovial Foskins, se oyó sonar el teléfono del *hall*, el subsecretario se excusó de su grupo dejando al investigador con la boca abierta y los pies clavados en el suelo.

Harris reprimió su hilaridad cuando vio al investigador recuperar sus sentidos y salir dando zancadas en pos de Foskins.

Dos minutos después Howard entró de nuevo en la habitación con el rostro demudado. Se reunió con ellos y sacudió lentamente la cabeza con una mirada de

incredulidad en el rostro.

—Querido, ¿qué ha sucedido, qué ha pasado? —preguntó ansiosamente Fiona.

Los miró a todos, uno tras otro, sin alcanzar a distinguir sus rostros.

—Esa llamada —empezó a decir— era de nuestra sala de operaciones.

Esperaron en impaciente silencio.

—Se ha producido otro ataque. Otra matanza... en el norte de Londres.

CAPÍTULO 15

Stephen Abbot, sentado a oscuras en el cine, dirigió una mirada de reojo al rostro de su chica, iluminado por la pantalla de cinemascopio. La película le estaba aburriendo, en parte porque el gran *cowboy* de rostro nudoso que aparecía en la pantalla estaba ya demasiado chocho para actuar como un supermán, y en parte porque no llevaba puestas las gafas. Vikki no sabía que de vez en cuando llevaba gafas y él pensaba que si se enteraba podía perjudicar su relación. Probablemente le plantaría si llegaba a enterarse de sus dos dientes postizos de delante; en sus sesiones de «apasionamiento» tenía que ir con sumo cuidado para que la inquisitiva lengua de la chica no le hiciera saltar la placa. Era muy exigente. Y podía serlo con aquel tipo. Era la chica más buena del club.

Tenía también otro problema: quería ir al lavabo. Su situación no era todavía desesperada, pero la idea de que no podía ir lo estaba empeorando lentamente. Y no podía ir porque estaba sin gafas, y sin ellas no conseguiría nunca encontrar el asiento cuando regresara. Le había sucedido ya una vez; tuvo que pasearse arriba y abajo por el oscuro pasillo hasta que su azorada amiga le había llamado con la mano. Después ya no salieron más.

Se removió incómodamente en su butaca. Le rodeó los hombros con su brazo y ella se apretó contra él mientras dejaba descansar una de sus manos sobre su muslo. La zona situada bajo la mano de ella se convirtió en el centro de sus sensaciones hasta que el peso causado provocó movimientos en otra parte. La besó suavemente en la mejilla y luego sobre los labios, con fuerza, al girar ella la cabeza y aumentar la presión de sus dedos sobre su pierna. Bien, había esperado dos semanas para no echarlo todo a perder; quizá había llegado el momento de entrar en acción. El corazón le golpeaba el pecho, el cerebro rebosaba amor concentrado y el deseo de orinar había cedido ante otro deseo superior; puso su mano libre sobre la muñeca de ella y acarició la tela sedosa de su blusa. Alargó unos dedos temblorosos y precavidos hacia los botones centrales y metió un dedo por una abertura, sintiéndose mareado al entrar en contacto con la carne cálida de su estómago. Pasó unos momentos trazando movimientos circulares con su dedo explorador y esperando su rechazo, luego lo retiró y movió la mano hacia sus pechos. Encontró la suave protuberancia y la cubrió temblando. Ella puso la mano, protestando, sobre la suya e intentó débilmente y sin convicción sacarla de allí. Pero él continuó por la abertura de la blusa, donde quedó parada entre los botones.

La sacó y desabrochó un botón; cuando introdujo de nuevo la mano ella contuvo el aliento.

«La primera —pensó Stephen—. La primera chica bonita. Después de tantas chicas gordas o chupadas, con narices grandes o con dientes de caballo, al final una de bonita. Oh, estoy enamorado. Ya verás cuando les cuente a los chicos que me deja meter mano».

Su mano se arrastró por el interior del sostén de encaje, tocó un pezón pequeño y duro, lo apretó entre los dedos, tocándolo como si apretara un botón.

De repente ella lanzó un grito y se puso en pie de un salto, arrastrando su brazo con ella.

—No quería hacer nada —empezó a balbucear, enrojeciendo a medida que la gente se giraba para mirarlos.

—Algo me ha mordido —gritó Vikki—. Hay algo en el suelo. ¡Me ha mordido la pierna!

Miró hacia abajo pero no pudo ver nada en la oscuridad. Se agachó, más para escapar de los ojos acusadores de la multitud del cine que para descubrir aquel ofensivo «algo».

—No hay nada aquí —dijo tristemente.

—Sí que hay, sí que hay. —Vikki empezó a llorar, retrocediendo sobre la falda de la persona que estaba sentada al otro lado. Alguien de la fila de delante encendió un mechero y se inclinó sobre el respaldo de su asiento, acercando al suelo una llamita.

Una gran forma negra se escurrió bajo el asiento.

Mientras Vikki gritaba, una mujer de la fila de delante se puso en pie de un salto y gritó también. Luego estalló el caos en todo el cine. La gente saltaba y daba patadas o huía a saltos de algo que estaba entre sus pies.

—¡Las ratas! —una voz aterrorizada resonó por la sala, repetida por otras personas igualmente horrorizadas.

Vikki empezó a golpear el suelo con los pies, histéricamente, como si el contacto con el pavimento la hiciera más vulnerable a los bichos. Stephen la agarró por los hombros y mientras trataba de calmarla se encendieron las luces de la sala. Entonces el terror realmente se apoderó de todos cuando vieron el horror que se desencadenaba entre las butacas. Las ratas corrían por los pasillos y se bifurcaban por las filas de butacas, saltaban encima de ellas y se precipitaban sobre la multitud presa de pánico. Hombres y mujeres gritaban mientras luchaban entre sí para poder salir de las butacas, bloqueadas a ambos extremos por los cuerpos que caían. Las puertas de salida quedaron atascadas porque la gente caía y se amontonaba, intentado escapar de la muerte que tenían detrás. El gran cowboy de la película empezó el tiroteo final con los malos.

Stephen arrancó una rata del pelo de Vikki y la tiró lejos de sí, mientras los dientes rechinantes de la bestia le abrían las manos. Agarró a la chica por el brazo y tiró de ella por la fila de butacas, empujando a la gente de delante. Las luces de la sala parpadearon de modo inexplicable y finalmente se apagaron, dejando la confusa escena iluminada únicamente por la luz que reflejaba la gran pantalla. Algo estaba mordiendo la pierna del muchacho; intentó quitárselo con una patada contra el respaldo de un asiento, pero por falta de espacio la rata pudo mantener su presa. Se agachó para arrancársela y sus manos fueron mordisqueadas por otra rata. Desesperado, se sentó en una butaca y levantó penosamente la pierna sobre el

respaldo del asiento de delante, levantando al mismo tiempo a la gran rata negra. Vikki huyó de él y tropezó con un hombre que estaba dando los últimos espasmos en su lucha a muerte contra tres ratas. Cayó de lleno y fue sumergida inmediatamente por cuerpos hirsutos, sin que sus gritos pudieran distinguirse de los gritos de los demás.

Stephen agarró el cuello de la rata con las manos y apretó con todas sus fuerzas sin que el animal se soltara. Sintió que otra rata aterrizaba sobre su espalda y le mordía la chaqueta; se la quitó rápidamente, sin pensarlo, y la echó junto con la rata a la fila de detrás. Un hombre de la fila de enfrente vio su situación y agarró valientemente la rata que tenía en la pierna y estiró. De repente el animal soltó su presa y se revolvió sobre el hombre, mordiéndole en la cara.

El hombre se derrumbó con un grito de agonía.

El muchacho miró por encima de las butacas y vio que no podía hacer nada para ayudar a su salvador. Miró a su alrededor y al no ver una línea clara de salida, saltó sobre el respaldo de una butaca y empezó a andar cuidadosamente entre las filas, utilizando cuando podía los hombros de la gente, pero fiándose más bien de la suerte para guardar el equilibrio. Resbaló varias veces pero consiguió incorporarse de nuevo de un salto; el miedo le proporcionaba las energías necesarias para continuar adelante. El holocausto que se consumaba a su alrededor se hacía irreal. Era una pesadilla, y la extraña luz de la pantalla acentuaba el efecto sobrenatural.

Un hombre de delante levantó una rata por encima de su cabeza y la tiró lejos, golpeando al chico con aquel largo cuerpo y obligándole a resbalar de nuevo entre las butacas. Cayó pesadamente de espaldas y quedó conmocionado unos segundos. Alguien tropezó y cayó sobre él mientras se debatía con algo entre los brazos. La rata fue empujada sobre el pecho de Stephen, quien dio un grito de angustia. Golpeó al roedor y al hombre con sus puños, maldiciéndolos y llorando al mismo tiempo. Se le quitó el peso cuando el hombre logró incorporarse y continuó a tropezones con la rata todavía colgando de sus brazos y otra más sobre sus hombros que le masticaba el cuello.

El chico se incorporó de nuevo, escaló las butacas y continuó su azarosa marcha por el mar de personas condenadas. Muchas estaban ya en los pasillos: el pánico los había amontonado en aquellos espacios reducidos y no podían recurrir a la velocidad para escapar. Las puertas quedaron bloqueadas por los cuerpos amontonados, y los que conseguían pasar eran perseguidos en el vestíbulo por los bichos.

Una pareja de edad se apretaba en un último y desesperado abrazo mientras los bichos mordían sus piernas y caderas y los obligaban finalmente a caer de rodillas.

Otro hombre estaba sentado rígido en su butaca, con los ojos clavados todavía en la pantalla, como si mirara la película, y con las manos apretando los brazos de la butaca. Una rata saltó sobre su falda y abrió un agujero en su estómago.

Un grupo de adolescentes había formado un círculo, espalda contra espalda, y se iban abriendo paso lentamente por el pasillo, golpeando a los bichos con sus pesadas

botas. Por desgracia no podrían llegar más allá de la masa de personas acumuladas alrededor de la salida.

Los de general, en el piso de arriba, no salían mejor librados; disponían solamente de dos salidas y las ratas se estaban arrojando ya por ellas. Los cuerpos de los demás los obligaban a retroceder y muchos caían por la barandilla a la sala de abajo.

Stephen continuó adelante, sollozando de miedo, hasta alcanzar las filas delanteras. Estaban relativamente libres de gente y de animales porque los puntos principales de lucha eran los laterales y las salidas del cine. Saltó sobre el suelo y se dirigió hacia el escenario. Consiguió afianzar una pierna y se puso rápidamente en pie. Un río de cuerpos negros y peludos salió de entre las cortinas laterales y se fue directo hacia él. Se volvió para correr en la otra dirección pero resbaló en la sangre que manaba de su propia pierna destrozada. Los bichos se le echaron encima en un instante, aplanando su cuerpo con sus formas malolientes, mordiéndole, empujándose unas a otras para llegar a su carne. Las golpeó con los brazos, pero cada vez más débilmente, hasta que al final cruzó los brazos sobre su rostro para protegerlo, dejando que los bichos devoraran su cuerpo.

Apartó un brazo de sus ojos y miró sin comprender la gran pantalla coloreada encima suyo. Sus ojos leyeron las palabras y su voz las repitió débilmente, aunque su cerebro ya no las comprendió. Murmuró: «Fin».

George Fox trabajaba en el zoológico desde hacía más de veinte años. Al contrario que muchos de sus camaradas, tenía una profunda consideración por los animales que cuidaba: sufría cuando uno de sus leones se sentía mal, mimaba a su gacela preferida cuando perdía el apetito e incluso pasó en cierta ocasión una noche en vela al lado de una serpiente moribunda. Cuando unos gamberros se introdujeron en su aviario y, sin ningún otro motivo que la pura sed de sangre, dieron muerte a treinta de sus amigos alados de exóticos colores, tuvo una crisis mental y lloró tres días seguidos. Sentía una simpatía y comprensión profunda hacia sus animales, grandes o pequeños, feroces o dóciles. Años atrás un mono le arrancó de un mordisco media oreja, pero él se abstuvo de castigarlo; lo dejó suavemente en el suelo, reprimiendo el dolor, y abandonó silenciosamente la jaula mientras apretaba con un pañuelo, tinto ya en sangre, la parte herida.

Esta noche notaba que el zoo estaba inquieto. Había un silencio en el aire, una quietud innatural en la gran finca de los animales de Londres; pero los animales no dormían. Cuando hizo su ronda vio que las bestias daban vueltas en sus jaulas, que los monos se acurrucaban juntos, mirando nerviosamente hacia la noche, que los pájaros parpadeaban silenciosamente sobre sus perchas. Sólo la risa demencial de la hiena perturbaba el incómodo silencio.

—Tranquila, *Sara* —calmó a su leopardo favorito en la sección de los grandes felinos—. No hay por qué ponerse nerviosa.

De repente el chirriar de pájaros rompió el silencio de la noche. «Parece el aviario», pensó, mientras se dirigía a la puerta y corría después hacia el túnel que

conducía por debajo de la carretera pública al canal donde se encontraba el santuario de los pájaros fantásticos. Se le reunió otro vigilante en la entrada del paso subterráneo.

—¿Que sucede, George? —preguntó jadeando el otro.

—Todavía no lo sé, Bill. Algo ha asustado a los pájaros, parece que se hayan vuelto locos.

Se precipitaron por el negro túnel, utilizando sus linternas para tener más luz. Cuando emergieron por el otro lado oyeron un grito procedente de la sección de las jirafas. Vieron horrorizados que una de las gráciles criaturas corría a lo largo de la valla con grandes animales negros asidos a su tembloroso cuerpo. La jirafa se precipitó dentro del agua que hacía de foso alrededor de su explanada y se revolcó en ella furiosamente.

—Dios mío, ¿qué es eso? —preguntó Bill, sin estar seguro de lo que había visto a la luz de la noche.

—Te diré lo que es —gritó George—. Las malditas ratas. Las que se suponía que habían quedado exterminadas: ¡las ratas gigantes! —Dio unos pasos hacia el desgraciado animal pero luego se volvió hacia Bill—. Vuelve a la oficina, rápido. Llama por teléfono a la policía: díles que las ratas están atacando el zoo. Díles que necesitamos toda la ayuda disponible. ¡Rápido!

Corrió luego hacia la jirafa, sabiendo ya que no podía hacer nada por el pobre animal; pero a pesar de todo corrió. Se detuvo cuando oyó un grito humano procedente del túnel; se volvió y vio a Bill que salía de él con formas negras pululando sobre él y la sangre, así lo parecía, chorreando de su cabeza. Le vio hundirse, incorporarse a medias y caer de nuevo al suelo.

—Dios santo —dijo en voz baja. Tenía que llegar al teléfono. Había otra taquilla en esta sección, pero eso significaba pasar por el túnel lleno de ratas y cruzar el puente sobre el canal. Y seguramente las ratas habían llegado por el canal. «Aquellos hijos de su madre aseguraron que habían eliminado a las ratas, que todas estaban muertas o muriéndose. Pero los bichos están matando a mis animales. ¡A mis pobres animales!».

Gimió en voz alta, sin saber qué hacer. Finalmente decidió un plan de acción, tratando de ignorar los gritos de los animales de la sección sitiados por las ratas. Corrió hacia la valla que protegía el zoo de la carretera divisoria y la escaló con apresurada impericia. Cayó al otro lado y mientras estaba en el suelo vio los faros de un coche que se acercaba. Se incorporó dificultosamente, corrió hacia la carretera moviendo frenéticamente los brazos. Al principio parecía que el coche continuaría su marcha, pero seguramente el conductor vio su uniforme al resplandor de los faros. Frenó chirriando y George tuvo que hacerse a un lado para que no le alcanzara.

El excitado guardián se puso a gritar instrucciones cuando el conductor todavía bajaba la ventanilla. Ante la cara de incompreensión que ponía el conductor, George comenzó de nuevo:

—Llame a la policía, dígales que hay ratas, centenares de ratas atacando el zoo. Si no llegan pronto, los jodidos bichos matarán a mis animales. Vamos, siga, siga.

Cuando el coche tomaba ya velocidad una idea horrorosa cruzó por la mente de George. «Cuando lleguen la policía y los soldados, la única arma que serán capaces de utilizar será el gas. Y el gas es tan mortal para mis animales como para las ratas». Lanzó un grito de desesperación y corrió por la carretera hasta la entrada principal del zoo. Escaló la entrada giratoria y vio dos figuras de guardianes de noche que se aproximaban corriendo.

—¿Eres tú, George? —«gritó uno de ellos enfocándole una linterna a la cara.

—Sí, soy yo —contestó cubriéndose los ojos con el brazo.

—Salgamos de aquí, George, vámonos. Todo el zoo está invadido por las ratas. Son las ratas gigantes. Van a por los animales.

—No: tenemos que dejar salir a los animales, que queden en libertad. No podemos permitir que los maten.

—Ni pensarlo, nos vamos, no podemos hacer nada. ¡Y tú vienes con nosotros! —Mientras lo decía agarró al viejo guardián por el brazo y trató de hacerle retroceder hacia la entrada. George le golpeó ciegamente, tirando al suelo la linterna que llevaba su colega y huyó hacia la oficina principal.

—Déjalo, Joe —dijo el otro—. Sólo conseguiremos que las ratas acaben con nosotros, si vamos tras él. Salgamos de aquí.

El primero sacudió a regañadientes la cabeza y tras escalar la entrada salió a la calle.

George corrió con los pulmones a punto de estallar, haciendo caso omiso de las formas negras que emergían del túnel, salvó de un tirón los pocos peldaños que conducían a la oficina donde se guardaban todas las llaves de las jaulas. Por aquel entonces había estallado ya en el zoo un maremagnum de sonidos. Rugidos, chillidos, graznidos, ladridos, todo se combinaba para crear un caos tumultuoso. Arrancó de los ganchos los manojos de llaves que podía llevar consigo, sabiendo exactamente a qué sección pertenecía cada cual, y corrió al exterior.

Se detuvo pasmado ante la visión del poderoso gorila, el viejo del Zoo, que recobraba su vieja majestad primitiva, se arrancaba las ratas con sus grandes manos, aplastaba sus huesos con un inmenso poder y las echaba a lo lejos como trapos inertes. Pero incluso su fuerza tenía que sucumbir ante el número ilimitado de bichos con dientes como cuchillas. Las ratas cayeron como un enjambre sobre el gorila, irritadas por su fuerza, y lo obligaron a hundirse con estrépito sobre el suelo, donde continuó luchando valientemente.

George contemplaba la impresionante lucha mortal de los animales en un silencio fascinado, pero unos movimientos alrededor de sus piernas le devolvieron a la realidad. Miró al suelo y vio que los cuerpos negros y malignos pasaban corriendo por su lado, ignorándole inexplicablemente. Lleno de furia la emprendió a patadas con ellos, pero las ratas continuaban su marcha, ansiosas de devorar a los animales

atrapados.

El guardián corrió con ellas, abría las cerraduras y dejaba abiertas de par en par, mientras corría, las puertas de las jaulas. Muchos de los desgraciados animales se limitaban a agazaparse en lo hondo de sus moradas, mientras que los demás veían una oportunidad de conseguir la libertad y se precipitaban por las puertas abiertas. Los pájaros eran los más afortunados porque podían escapar por el aire. Pero para los demás animales el único sistema de escapar era la rapidez. Los más orgullosos se quedaron a luchar y mataron muchas ratas antes de caer a su vez, pero la mayoría prefirió huir. Cuando llegaban a las vallas exteriores del zoo se precipitaban contra ellas, enloqueciendo al ver frustrado su deseo de huida. Algunos conseguían saltar la valla —los monos o los más ágiles—, pero los otros o se acurrucaban bajo la valla o recorrían velozmente su perímetro.

El viejo guardián se encontró en la sección de los grandes felinos. Todavía no le habían atacado las ratas. En ningún momento se preguntó por qué; estaba demasiado angustiado por el destino de sus queridos animales para preocuparse por su propia seguridad. Cuando corrió hacia las jaulas de hierro los ruidos eran ensordecedores, y los felinos gruñían tanto por miedo como por desafío. Llegó ante los leones y sin dudar abrió las puertas metálicas.

—Vamos, *Sheik*; sal, *Sheba* —los llamaba en voz baja, animándolos para que salieran.

Corrió a lo largo de las jaulas, abriéndolas todas, sin pensar en el peligro. El león saltó hacia adelante, rugiendo irritado, cuando vio varias formas negras entrar por las puertas de la sección. Las despedazó, las lanzó a lo alto con sus mandíbulas y desgarró sus cuerpos con sus garras. A medida que llegaban más ratas los otros felinos se unieron al león en la matanza de bichos: el tigre, el leopardo, la pantera, el puma y el jaguar, todos se unieron en la lucha contra el enemigo común. Sólo el leopardo cazador se quedó en su jaula.

—Vamos ya, *Sara*, tienes que salir —suplicó George, pero el precavido animal se limitó a enseñarle los dientes desde el fondo de la jaula, a gruñir y a levantar una garra—. Vamos, *Sara*, sé buena chica. No hay que tener miedo. Tienes que salir. —Desesperado, empezó a subir a la jaula—. Vamos ya, mujer, soy el viejo George. Vengo a ayudarte.

Avanzó lentamente hacia el leopardo cazador con la mano extendida y hablando sin cesar para tranquilizarlo. El animal se acurrucó lejos de él, gruñendo con mayor ferocidad.

—Soy yo, *Sara*, George. El viejo George.

El felino saltó sobre el viejo guardián y en unos segundos lo redujo a una carcasa sanguinolenta, luego arrastró triunfalmente el cuerpo sin vida por la jaula.

Luego saltó de la jaula y salió disparado hacia la lucha entre felinos y roedores, pero en lugar de atacar a las ratas saltó sobre el lomo de la pantera y hundió los dientes en su hombro. Los bichos continuaban entrando en tropel y la lucha entre la

fuerza y el número continuó hasta el amargo final.

CAPÍTULO 16

Harris introdujo el coche por el tapón de vehículos militares y de la policía que obstruía Whitehall. Tuvo que detenerse varias veces para enseñar su pase a la policía. Cuando lo hacía le daban paso inmediatamente, tras un breve saludo. Se fue abriendo camino hasta llegar al edificio de granito gris del Ministerio de la Defensa, ahora cuartel general de operaciones. El recorrido a través de las calles desiertas había constituido una extraña experiencia, por no decir otra cosa; sólo había experimentado algo igual en las horas que preceden al alba, cuando volviendo de una fiesta los desfiladeros de cemento de Londres parecían virtualmente privados de vida y el ruido del tráfico y de las personas se convertía en algo irreal, difícil de imaginar. Pero incluso entonces solía aparecer otro coche solitario o quizá un hombre en bicicleta que volvía del turno de noche. Hoy no había nada. No había visto ni un coche patrulla del ejército, de los que recorrían las calles comprobando que la ciudad estaba vacía y que no quedaba personal no autorizado. En los dos días anteriores hubo muchos problemas con los saqueadores: devoradores de carroña que pensaban aprovechar la oportunidad de su vida para llenarse los bolsillos sin problemas. Se habían equivocado: nunca había sido tan estricta la seguridad. Estar en Londres sin autorización significaba la detención inmediata. Toda la zona estaba ocupada por policías y personal del ejército, cuya misión expresa era que se cumpliera la prohibición dictada por el gobierno.

—¿Daré resultado, querido? —dijo Judy interrumpiendo sus pensamientos.

Se volvió hacia ella con una débil sonrisa, incapaz de esconder su inquietud.

—Ha de darlo, ¿no te parece? —dijo.

Frenó un momento para que un camión del ejército saliera de una hilera de vehículos de color marrón, llenos todos de soldados con pesados trajes protectores y una máscara de gas colgando de cada rodilla; cogió la mano de ella y la apretó cálidamente. Como miembro del «comité de acción», nuevamente reorganizado, había dispuesto de cierta influencia para conseguir que Judy se quedara con él en lugar de ser trasladada al campo por cinco días. No era idea suya porque el peligro que correría cualquier persona que se quedara en la ciudad aquel día (y posiblemente los dos días siguientes) podía ser grande. En cierta medida toda la operación era impredecible. Pero ella había insistido en quedarse con él y consiguió que la excluyeran de la prohibición, inscribiéndola en el amplio equipo administrativo necesario para la «Operación Exterminio».

La «Operación Exterminio» se basaba en un plan sencillo imaginado por Harris, y gracias al cual había sido reincorporado al comité. Era el tipo de inspiración que sólo podía darse en una persona no habituada o atenazada por las complejidades de una mente científica, tan osado y poco complicado era el concepto. Tras la crisis inicial provocada por el contraataque de las ratas, los miembros del equipo original se habían hundido en un estado de confusión y desesperación. Los bichos se habían

inmunizado rápidamente al virus, aunque la enfermedad que transmitían se había debilitado considerablemente. Pero ellos, los animales, se habían hecho más fuertes, como si desearan ardientemente vengarse, y habían creado el caos no sólo en el este de Londres, sino en toda la ciudad; cada vez que emergían de sus madrigueras dejaban una estela de sangrientas carnicerías. Durante aquel martes trágico se habían producido muchos ataques: un cine, un hospital, un hogar de ancianos, incluso un bar. Los animales del zoo de Londres habían sufrido un ataque terriblemente encarnizado. Muchos animales habían escapado al parque que rodeaba al zoo y los que no pudieron ser capturados fueron abatidos. Se habían producido ataques en masa contra individuos aislados, que no disponían de ningún recurso contra el poder de los bichos. A medida que avanzaba la noche iban llegando informes de destrucción y derramamiento de sangre.

Se celebró una reunión de urgencia entre el comité y funcionarios del gobierno. Foskins no asistió. El primer ministro lo había destituido inmediatamente al recibir la noticia y no se le vio más en los frenéticos días que siguieron. Se añadieron nuevos miembros al equipo original, pero el nuevo plan estuvo ideado antes que pudiesen llevarse a efecto los cambios.

Cuando a Harris se le ocurrió la idea la dijo a bulto, casi inmediatamente, sin darse tiempo para reflexionarla. Más tarde pensó que de haberlo hecho seguramente habría guardado quieta la lengua, por considerar la idea demasiado sencilla, demasiado amplia en su concepto, y que si valía la pena alguno de los miembros más listos o más científicos del equipo habría dado con ella.

La idea, que procedía de las reuniones del equipo anterior, era básicamente la siguiente: puesto que el gas era el único método probado para destruir los bichos, había que atraerlos hacia el exterior para que el gas pudiese actuar sobre ellos. Esto podría conseguirse utilizando haces de ultrasonidos situados en puntos estratégicos por toda la ciudad que emitirían ondas sonoras hacia zonas lo más extensas posible, atrayendo a las ratas al exterior, donde pudiera utilizarse el gas. La idea, con gran sorpresa para Harris, fue aceptada en principio, con sólo ligeras reservas; se introdujeron unos pocos refinamientos. Habría que evacuar a Londres. La medida era drástica, pero las consecuencias serían fatales si no se tomaban los pasos necesarios. Los londinenses tendrían que dejar sus casas y emigrar hacia los alrededores para escapar así a los efectos de las grandes cantidades de gas que se utilizarían. De todos modos la evacuación era esencial para evitar los ataques por parte de las ratas. Ya no podía garantizarse la seguridad de nadie. Se construirían grandes recintos en los parques, la mayor cantidad posible de ellos en el plazo fijado, y los transmisores se situarían en el interior para emitir desde allí las ondas sonoras de alta frecuencia. El tono adecuado se calcularía fácilmente sobre ratas negras cautivas. Una vez los animales dentro, se bloquearían las entradas y se vertería el gas mortal. El peligro sería grande para las personas que se hallaran en el suelo, y por ello se utilizarían helicópteros que desde el aire lanzarían el gas al interior del recinto. En el exterior

esperarían tropas de tierra con camiones acorazados armados de cañones de agua, lanzallamas y más gas. La construcción de los recintos y la evacuación completa de Londres (excepto las personas indispensables para mantener los servicios esenciales de la ciudad) tendría que realizarse como máximo en seis días, de lo contrario existía el riesgo de que los roedores, multiplicándose rápidamente, invadieran del todo la ciudad. No había tiempo para lucubrar sobre el origen mismo de la plaga. Su tamaño, su fuerza, su punto de origen, su multiplicación a pesar del virus, su inteligencia superior a la de la especie más pequeña (el instinto de esconderse mientras la infección estaba acabando con sus compañeras): todas estas preguntas tendrían que esperar más tarde su respuesta. Ahora lo importante era sobrevivir.

Aquel día —puesto que el plan tuvo que idearse, estructurarse y ponerse en marcha por la noche— se declaró el estado de emergencia en la ciudad. Se informó a los habitantes que serían evacuados por sectores, aunque miles de ciudadanos se fueron sin ninguna presión con sólo enterarse de los acontecimientos de la noche; se utilizarían como refugios provisionales los ayuntamientos de los pueblos, las iglesias, las escuelas —cualquier edificio público—; se erigieron en los campos grandes entoldados y tiendas; se pedía a la gente que se fuera con su familia si tenían parientes en otras partes del país; se publicó la orden de que los saqueadores serían fusilados sobre el terreno; cualquier persona que permaneciera en Londres sin autorización después del sexto día sería detenida (se sabía que no llegarían a marchar todas las personas que vivían en la ciudad, pero por lo menos las leyes de emergencia las obligarían a quedarse en casa, y era de esperar que lejos del peligro).

Por suerte hasta el momento la zona del sur del río no se había visto afectada, pero se decidió vaciar los límites interiores de los extensos barrios periféricos como precaución adicional.

Mucha gente protestó: no querían irse de casa, no tenían miedo a los bichos. Pero no les quedaba otra solución: si no se iban pacíficamente, se los obligaba a ello, porque no quedaba tiempo para cortesías o discusiones. El periodo de exilio sería de dos semanas a partir del primer ataque con gas. Se necesitaría tiempo para asegurar el exterminio del último roedor; las alcantarillas se colmarían hasta el tope de gas; habría que vaciar y limpiar cualquier posible lugar de ocultación para los animales: sótanos, túneles, ruinas.

Nadie sabía sin embargo si se conseguiría borrar la vergüenza y estupefacción ante los ojos del mundo.

Las barricadas alrededor de los parques se elevaron con una notable rapidez, porque se destinaban más bien a confinar el gas en una zona más concentrada que a encerrar a las ratas. Las carreteras que salían de Londres se atascaron con coches y autocares, y los trenes efectuaban servicios continuos a las provincias vecinas. Llegaron tropas para patrullar por las calles y resolver la emergencia. En muy corto plazo se produjeron en masa más trajes protectores para el ejército y la policía. Toda manifestación pública fue interceptada rápidamente y dispersada y resuelta, a ser

posible de modo pacífico.

Al principio parecía que la ciudad nunca estaría a punto para la inminente batalla, pero, milagrosamente —y en gran parte gracias a la colaboración del público, estimulado por el pánico—, al quinto día el montaje estaba casi a punto. Se celebraron conferencias de última hora, se revisaron los planes existentes, se transmitieron instrucciones finales a las tripulaciones de los helicópteros y al ejército, y luego vino la larga vigilia durante una vacía noche en espera del alba y de la crisis definitiva que el día traería consigo.

Harris y Judy estuvieron despiertos gran parte de la noche, haciendo el amor, conversando, para no pensar más en los inminentes acontecimientos. Cuando el alba gris obligó a la noche a retirarse, se sumieron en un sueño inquieto mientras el sol se levantaba lentamente sobre una ciudad extrañamente silenciosa.

Despertaron, y su cansancio se evaporó inmediatamente al llenarse su mente con los pensamientos del día. Judy preparó un desayuno que casi no probó y se dispusieron a salir a la calle casi desierta. Cuando abrieron la puerta de la calle vieron una rata negra que atravesaba la calzada y se escurría hacia el parque de enfrente.

Corrieron hacia el coche y partieron mientras Harris miraba inquieto por el retrovisor, como si esperara ver la calle llena de bichos.

Llegaron finalmente al edificio del Ministerio de la Defensa, aparcaron al lado de un reluciente Rolls Royce y se abrieron paso hacia la sombría entrada, mostrando sus pases. Mientras recorrían los interminables corredores hacia sus respectivas salas de operaciones encontraron a un risueño Howard.

—¡Buenos días! ¿Todos a punto para el gran día? —dijo, dándoles una entusiástica palmada.

—Bastante a punto —sonrió el profesor.

—He pasado aquí toda la noche. Dormí unas horas en una litera de campamento. Todo está dispuesto para la gran operación.

—Bien.

—Creo que me voy a mi sala —dijo Judy—. Estar situando entradas de alcantarillas a partir de viejos mapas y trasladarlos a los nuevos callejeros no responde precisamente a mi idea de diversión, pero si sirve de algo...

Todos se volvieron a la vez hacia una figura familiar que se les acercó a grandes pasos desde el otro extremo del pasillo haciendo ademanes con el brazo. Cuando la figura estuvo más próxima comprendieron asombrados que se trataba de Foskins. Sin corbata, sin afeitar desde hacía días, pero con una mirada excitada en los ojos.

—Dios mío, ¿qué está haciendo aquí? —preguntó Howard mirando incrédulo al ex subsecretario.

—He estado aquí desde el último martes —dijo mientras la animación se trocaba en una mirada de amargura. Estiró su camisa abierta y se abrochó la chaqueta—. Antes de nuestra última y, ejem, fracasada operación, había ordenado una investigación en los archivos sobre cualquier persona procedente de una zona tropical

que hubiese entrado en el país en los últimos dos o tres años.

—¿Se refiere a un país capaz de criar esta clase de rata, o por lo menos algo parecido? —dijo Howard.

—Exactamente. Pero por desgracia pensamos que la operación virus daría resultado y la investigación se dejó de lado. Tengo, bueno, tengo que admitir que lo olvidé todo en la excitación que vino después.

Hubo un silencio ligeramente incómodo que Harris rompió:

—¿Y bien?

—Pues, tras mi destitución reuní la información que había pedido y empecé a estudiarla yo mismo.

—¿Por qué? —preguntó Howard fríamente.

—Porque, bueno...

—No importa —interrumpió Harris mirando con desdén a Howard—. ¿Qué pudo encontrar?

—Como es lógico había muchas entradas del trópico, pero sólo unas pocas coincidían con lo que buscábamos. Hice unas preguntas, porque todavía dispongo de amigos en los departamentos civiles, y encontré a una persona.

Su mano temblaba al levantar un papel.

—Este hombre. El profesor William Bartlett Schiller, zoólogo. Había pasado varios años en Nueva Guinea y las islas adyacentes, parece ser que investigando informes sobre unos animales mutantes vistos por los habitantes locales. Parece muy posible, porque una isla de esa zona fue utilizada para una prueba nuclear y algunos de los habitantes fueron afectados por las radiaciones. Como es lógico no se dio publicidad al asunto, pero de algún modo Schiller se enteró y decidió realizar algunas investigaciones.

—Muy bien —dijo Howard con impaciencia—. ¿Pero qué le hace suponer que este profesor tenga algo que ver con las ratas?

—Está claro que el profesor estuvo en Nueva Guinea e intervino en el estudio de las anormalidades en animales —Foskins, irritado, se convertía de nuevo en el hombre que había sido, que había sido por lo menos en público—. Hay que añadir —continuó— que se instaló en Londres. Cerca de los muelles. En una casa al lado de un canal.

—¡El Canal! —exclamó Harris—. Desde luego: estuve intentado recordarlo. Fue allí donde aparecieron las ratas al principio. Keogh las vio. ¡Yo las vi! Cerca de la casa del viejo guarda de la esclusa. Solía jugar allí de pequeño, pero cerraron el canal y el guarda se trasladó. Apuesto a que el profesor cogió aquella casa.

—Ésta es la dirección —dijo Foskins alargándole un trozo de papel.

—Sí, ésta es.

—Bueno, vamos —interrumpió Howard—. ¿Qué importa ahora? Ese profesor chiflado pasó de contrabando un ejemplar de su especie mutante y se lo llevó a casa para estudiarlo...

—Le permitió reproducirse...

—Sí, le permitió reproducirse. Pero este conocimiento no nos sirve de nada ahora. La operación sigue el curso previsto. Quizá más tarde podamos investigar...

—¿Y por qué no ahora?

—Porque, señor Foskins, hoy hay cosas mucho más importantes que resolver. ¿O no se ha enterado de la «Operación Exterminio»?

—Sí, claro, pero si han de exterminarlas...

—No dispongo de más tiempo para este tipo de discusión, señor Foskins, por lo tanto si me permite...

—¡Desgraciado estúpido! Pronto desapareció de escena cuando falló su última idea.

—¡Alto! Usted estaba muy ocupado asumiendo todo el mérito de la idea, no veo que no pudiera también cargar con toda la culpa.

Foskins palideció y luego su cuerpo entero pareció perder tensión.

—Sí... está en lo cierto. Acepto la culpa, pero le ruego que aprenda de mis errores.

—No tiene importancia ahora, ¿comprende? Vamos hombre, luego podremos realizar todas las investigaciones que queramos, pero ahora lo que hay que hacer es exterminarlas. —Se volvió hacia Harris que había intentado sin éxito dejar de simpatizar con el antiguo subsecretario—. ¿Viene, Harris? Tenemos mucho trabajo.

—Cierto. —Dio un golpecito al brazo de Foskins—. Se investigará, no se preocupe. —«Y me aseguraré de que saque de esto algún beneficio», pensó.

Se dirigieron hacia la gran sala de operaciones, dejando a Judy sola al lado del hombre angustiado.

Toda idea de Foskins se desvaneció de sus mentes cuando entraron en la bulliciosa sala de operaciones. En el centro había un enorme mapa de Londres con zonas de color verde que ilustraban los parques y luces rojas apagadas indicando las posiciones de los transmisores. Cuando entraran en funcionamiento se encenderían las luces rojas. La posición de los helicópteros estaba indicada por Hechas amarillas y la de los vehículos de las tropas por azules. La sala estaba atestada de gente, la mayoría con alguna función a desempeñar, pero muchos también como espectadores. Harris vio al primer ministro discutiendo detalles de último momento con el jefe de Estado Mayor. Un lado de la sala estaba destinado al equipo de radio y televisión; los transmisores se manejarían desde aquí, las instrucciones se transmitirían a las tropas y a los helicópteros, y todo se seguiría a través de las cámaras de los helicópteros y de las cámaras instaladas en las calles. La operación entera sería televisada a todo el país y transmitida por satélite a otros países. El primer ministro consideraba vital su presencia, no para la operación en sí, sino para su carrera política. Que se le viera al frente de un ejercicio de salvación de estas dimensiones —y que se le viera en todo el mundo— constituía un extra con el que pocos dirigentes habían disfrutado. Desapareció en una sala adyacente para ser entrevistado por las redes de televisión.

Harris había empezado apenas a estudiar el gran mapa de cristal cuando vio a Judy que discutía acaloradamente con un sargento del ejército cuya misión era impedir el paso de intrusos y le señalaba a él con la mano. Se fue hacia ella.

—¿Qué sucede, Judy?

—Foskins. Se ha ido solo a aquella casa.

—¿Para qué?

—No lo sé. Dijo simplemente que tenía que hacer algo; algo que sería una enmienda, quizá podría encontrar el nido.

—Dios mío. ¡Lo van a matar! —Salió al *hall* cogiendo a Judy por el brazo.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó ella ansiosamente, sospechando ya sus intenciones.

—Tengo que salir tras él.

—No. Por favor, Harris, no lo hagas.

—No te preocupes, Jude. Llegaré antes a la casa. Él ha de encontrar el camino, pero yo cortaré. Por lo menos podré evitar que se meta dentro.

—Pero están los transmisores de sonido, empezarán a emitir en cualquier momento.

—Es cierto. Pero el camino será más seguro, porque las ratas irán directamente a los parques.

—No lo sabes, quizá te ataquen.

—En el coche estaré a salvo. Tengo una máscara de gas y un traje protector, recuérdalo... es equipo estándar.

—Por favor, no lo hagas.

La apretó contra sí.

—Te quiero, Jude. —La besó en la frente—. Pero me voy.

CAPÍTULO 17

Harris condujo como un loco, porque sabía que probablemente no había más tráfico que él. Un coche patrulla del ejército lo detuvo una vez y tuvo que perder unos minutos valiosos mostrando su pase y explicando su misión. El oficial al mando lamentó no poder acompañarle, pero tenía que cumplir con su deber. Le deseó suerte y le abrió paso.

Mientras conducía por la ciudad y los bloques comerciales se erguían sobre él a ambos lados, el sentimiento de absoluta soledad se hizo casi insoportable. Deseó volver atrás, para estar de nuevo entre la gente, para sentir la seguridad del grupo, pero se obligó a sí mismo a continuar, porque sabía que tenía que impedir que Foskins entrara en la casa.

Cuando llegó a Aldgate, vio a los primeros roedores. Corrían a un lado de la ruta y formaban un negro río de cuerpos hirsutos. Se les unían muchos más que salían de los edificios y convergían en el río principal empujando y escalando los lomos de los otros.

Volvió la cabeza bruscamente al oír un ruido de vidrios rotos y vio la luna delantera del restaurante J. Lyons derrumbarse con el río de cuerpos que emergía de su interior. Todos seguían la misma dirección y Harris supuso que el punto era el parque al lado de la Torre de Londres, donde estaba situado uno de los transmisores. Continuó adelante, consciente del gradual incremento en el número de animales, pero felizmente todos ignoraban el coche lanzado por la calle. Cuando dobló hacia la Commercial Road tuvo que frenar violentamente. Parecía como si se extendiera ante él una gran alfombra movediza: la amplia avenida estaba totalmente cubierta por bichos negros que formaban una cubierta ondulante sobre el asfalto.

Se quedó helado ante aquel espectáculo. La mayoría venía de una calle lateral y desaparecía por otra calle, al otro lado de la avenida principal. La masa negra parecía presentar una anchura de unos cincuenta metros, sin ninguna solución de continuidad a lo largo de ella. ¿Tenía que dar media vuelta y encontrar otro camino o se encontraría con la misma dificultad en otra avenida? ¿Y cuánto tiempo necesitaría para sortear el obstáculo? ¿Tenía que meter el coche en medio de los animales? ¿Qué sucedería si el coche se paraba y quedaba atrapado en medio del río? Si le atacaban, el traje protector apenas bastaría para resistir. El instinto le aconsejaba dar media vuelta, volver a la protección de los militares, pero cuando miró por el retrovisor vio otros ríos de ratas que emergían de calles y edificios como lava líquida de un volcán, formando afluentes alrededor de los obstáculos para reunirse de nuevo y constituir grandes corrientes. Comprendió que el camino de regreso sería igualmente peligroso.

Algo aterrizó con estrépito sobre su capó obligándole a mirar de nuevo hacia adelante. Una de las ratas gigantes le estaba contemplando a través del parabrisas, su cara maligna estaba casi a su mismo nivel, a una distancia solamente de medio metro, con una delgada capa de cristal como única protección.

Aquello decidió por él. Puso la primera y dio gas dejando que el embrague resbalara para coger potencia. Empezó a avanzar, primero lentamente, y luego quitó suavemente el pie para aumentar la velocidad. La rata resbaló sobre el capó; trataba de mantenerse con sus largas garras, pero la superficie lisa del coche pronto se impuso y se deslizó de nuevo hasta el suelo.

Harris mantuvo apretado el pie sobre el acelerador. Se dijo que sería más o menos como por una carretera inundada: el truco consistía en mantener la marcha, lenta pero continua. El coche alcanzó el borde de la corriente y se metió entre los cuerpos agitados. Se puso a dar sacudidas a medida que pasaba sobre ellos. El crujido de los huesos y de los cuerpos aplastados provocaba náuseas en el profesor, quien no podía hacer otra cosa que fijar sus ojos en la continuación de la calle y dejar clavado el pie sobre el acelerador. Las ratas parecían no preocuparse por el coche y no intentaban escapar de las mortíferas ruedas. Algunas saltaron por encima del capó y de la carrocería, una de ellas saltó contra una ventanilla lateral y la astilló sin romperla. En dos ocasiones el coche resbaló sobre la húmeda sangre que impregnaba las ruedas y Harris tuvo que esforzarse en seguir la línea recta, rogando para que el motor no se calara.

Sintió un golpe sobre el techo de la carrocería, encima suyo, y luego apareció una cabeza puntiaguda sobre lo alto del parabrisas con el morro retorciéndose a un lado y otro y las puntas de las garras extendidas y planas sobre el cristal.

Harris se apretó contra el asiento de puro pánico y estuvo a punto de soltar el pie del acelerador, pero hundió automáticamente el embrague para evitar que el motor se calara. El animal cayó sobre el capó, debido principalmente a la sacudida del coche, y se volvió para contemplar al hombre del interior.

Parecía incluso mayor que una rata gigante normal y Harris se preguntó si las ondas sonoras no la afectaban tanto como a las demás. Se recuperó rápidamente y continuó la marcha, tratando de ignorar al monstruo que le miraba malignamente al otro lado del cristal. Los chillidos agudos de las ratas atrapadas entre sus neumáticos aguijoneaban su odio y esto le empujaba hacia adelante.

De pronto la rata del capó se precipitó contra el parabrisas: descubrió los dientes y trató de utilizarlos para romper el cristal. Éste aguantó, pero el profesor sabía que no resistiría un exceso de presión. Vio con alivio que casi había superado ya la masa deslizante de cuerpos negros y empezó a acelerar. La rata saltó de nuevo, provocando la aparición de una gran raya dentada sobre el parabrisas. Al fin el coche salió del río de animales y Harris inmediatamente puso segunda y luego tercera. Sabía que tenía que soltar rápidamente a la rata antes que el cristal cediera y empezó a dar bruscos virajes a ambos lados, confiando quitarse así de encima aquel pasajero incómodo.

Pero ya era demasiado tarde.

La rata dio una desesperada embestida contra el parabrisas como si intuyera que era su última oportunidad: toda el área de visión de Harris se hizo nebulosa y blanca cuando el cristal estalló en una miríada de pequeñas rajadas.

Harris se vio directamente ante el rostro de la rata. Había conseguido pasar la cabeza y luchaba para ampliar el agujero y dejar paso a su cuerpo poderoso. Mostró sus incisivos manchados de sangre al profesor, sus ojos le miraban ferozmente deformados y bulbosos por la acción del cristal que estiraba hacia atrás la piel del cuello. Harris sabía que en cuestión de segundos el cristal cedería y el animal saltaría sobre su rostro descubierto. Apretó a fondo los frenos; sabía y temía lo que iba a seguir. Cuando el coche, tras serpentear, quedó inmóvil se puso los pesados guantes del traje protector y abrió la puerta de su asiento. Saltó al exterior y dio la vuelta corriendo hasta la parte delantera: agarró aquel cuerpo repugnante y tiró con todas sus fuerzas. La repentina impresión del aire frío sobre su rostro le hizo comprender lo expuestos que estaban su cabeza y su rostro, y el pánico le dio todavía más fuerza y rapidez. Consiguió soltar a la rata; el cristal le había hecho cortes en el cuello mientras trataba de desasirse.

La mantuvo encima de su cabeza y la echó hacia el otro lado del coche, pero su peso le cogió desprevenido y debilitó su impulso. El cuerpo de la rata rozó el borde del capó y rodó hasta el suelo con una fuerza pasmosa, pero se puso inmediatamente en pie y se lanzó por debajo del coche contra el profesor. Harris se movió rápidamente pero no esperaba que la rata pasara por debajo del coche.

Cuando saltó al interior y empezó a cerrar la puerta sintió un dolor terrible en la pierna, miró hacia abajo y vio que la rata estaba asida a un punto de la pierna encima mismo del tobillo; la tela del traje, con su dureza, le había salvado de una herida grave. Trató de sacudirse al animal pero éste continuó asido fuertemente; aumentaba la presión y trataba de subir al coche.

Harris lo golpeó con el puño, pero sin resultado. Metió de nuevo el pie en el interior del coche y lo dejó en el borde mismo, agarró la manecilla de la puerta con ambas manos y cerró de golpe la puerta con todas sus fuerzas. La rata lanzó un chillido penetrante y soltó su presa de la pierna. Tenía el cuello apresado entre la puerta y el marco pero continuaba meneándose frenéticamente con los ojos vidriosos y la boca espumeante. Harris apretó más la puerta, deslizando incluso la mano a través de la estrecha rendija para asirla mejor, y estrujó la vida de la rata.

Cuando cesaron sus convulsiones abrió la puerta lo suficiente para que el cuerpo cayera al suelo y la cerró de nuevo rápidamente. Quedó sentado, temblando unos segundos, sin sentir ningún alivio porque sabía que debía continuar adelante. Únicamente el rugido del motor, a muchas revoluciones, consiguió devolverle los sentidos. Tenía el pie apretado sobre el acelerador; no había quitado el contacto a propósito, y el motor giraba locamente. Soltó el pie, amplió el agujero del parabrisas, puso la primera y arrancó primero lentamente y luego cogiendo velocidad a medida que recordaba su misión.

Vio muchas más ratas gigantes y se metió sin dudarlo entre ellas, sin preocuparse en reducir la velocidad cuando bloqueaban la carretera. Parecía por lo menos que la idea de los ultrasonidos funcionaba. Las ondas estaban sacando a los bichos de sus

madrigueras. Quizá la historia del flautista de Hamelín no era tan fantástica. Quizá su flauta estaba sintonizada también con la frecuencia de las ratas.

Miró a través de una ventanilla lateral al oír ruido de helicópteros. «Ahora todo depende de ellos —pensó— y de su gas».

Salió de la Commercial Road y se dirigió hacia el canal en desuso; parecía que las ratas disminuían en número. Cuando alcanzó la calle que corría a lo largo del viejo canal, la encontró totalmente vacía de roedores. Vio un coche al fondo, en mitad de la calle, y supuso que Foskins se le había adelantado. Se detuvo en el lugar donde sabía que estaba la casa, escondida tras un alto muro y apantallada por la vegetación salvaje. Seguramente Foskins aparcó el coche y caminó hacia atrás buscando el lugar. Quedó sentado unos segundos, trató de captar cualquier ruido sin decidirse a abandonar la relativa seguridad del vehículo. Cogió el casco con visor de cristal y salió del coche. Miró desde allí a ambos extremos de la calle. Con el casco en la mano y a punto para ponérselo a la menor alarma, se dirigió hacia el boquete tapiado donde estuvieron antes las rejas de hierros. Dos de los pesados tableros habían sido apartados, dejando un espacio lo bastante ancho para que pasara una persona.

Harris metió con precaución la cabeza y gritó:

—¡Foskins! Foskins, ¿está usted ahí?

Silencio. Un silencio completo, de absoluta soledad.

El profesor lanzó una última mirada arriba y abajo de la calle, se puso el casco a pesar del desagrado que le causaba la consiguiente sensación de claustrofobia, y se introdujo por el agujero. Se abrió paso a través de la maleza por el antiguo camino, mirándolo todo remotamente a través del visor de cristal. Alcanzó la vieja y familiar casa y se detuvo ante la puerta delantera, cerrada. Se quitó el casco y llamó de nuevo:

—Foskins, ¿está usted dentro?

Golpeó la puerta, pero la casa continuaba silenciosa. «Diablos, tendré que entrar —se dijo—. Por lo menos si había ratas se habrán ido todas ya».

Miró a través de la ventana rota, pero no pudo ver nada a través de la oscuridad; los árboles del jardín y la maleza impedían que entrara mucha luz en el interior de la casa. Volvió al coche, cogió una linterna de la guantera y regresó a la casa. Apuntó la linterna a través de la ventana y sólo vio dos butacas viejas y podridas y un pesado armario de madera. Retrocedió ante un hedor que no se debía enteramente a la ranciedad de los años. Intentó abrir la puerta delantera, pero estaba firmemente atrancada. Dio entonces la vuelta hacia la parte trasera.

Lo que en otros tiempos debió de ser la cocina daba sobre el viejo canal y su puerta estaba ligeramente entreabierta. La abrió del todo y el crujido de los goznes fue el único sonido que interrumpió el incómodo silencio.

Entró.

El olor que atacó su nariz era incluso más fuerte que antes y se puso rápidamente de nuevo el casco con la esperanza de que sirviera de máscara. La cocina tenía todavía unos cacharros en el fregadero, cubierto con el polvo acumulado durante

tanto tiempo; colgaban telas de araña de las ventanas y por los rincones de la pequeña habitación; quedaban todavía cenizas en el hogar de su último fuego. Quien viviera aquí se fue apresuradamente.

Harris abrió una puerta y entró en una sala oscura; aunque todavía distinguía los contornos, encendió la linterna. Entró por una puerta que nunca les permitió pasar el guarda de la esclusa cuando, de pequeño, los invitaba, a él y a sus amigos. No porque hubiese al otro lado ningún misterio sino porque el guarda decía que era una habitación privada, una habitación que utilizaba para descansar y para leer el periódico del domingo. Sin saber por qué, la habitación desconocida le produjo una viva aprensión, le despertó el temor en el centro mismo de su alma. Giró nerviosamente la manecilla y empujó la puerta, primero lentamente y luego con rapidez y energía, dejándola rebotar contra la pared.

Estaba casi completamente oscura, porque las polvorientas cortinas de la ventana no dejaban pasar ya la luz a través de su fina malla. Apuntó la linterna por las paredes; buscaba y al mismo tiempo temía encontrar algo. Parecía haber sido convertida en un estudio; en un rincón había un globo, en otro una pizarra; por las paredes había dibujos de animales, de estructuras óseas, variaciones de especies; un largo estante atestado de grandes volúmenes; una mesa con montones de mapas y dibujos.

Harris dirigió de nuevo la linterna a la pizarra. El dibujo a tiza, a pesar de estar medio borrado y de que era difícil de distinguir con aquella luz, parecía ser de... se quitó el casco para ver mejor y se acercó más. La cabeza puntiaguda, el cuerpo largo, las pesadas ancas, la delgada cola: sí, se trataba sin ninguna duda de una rata. Y, sin embargo, aunque fuera difícil de comprobarlo con aquella luz, era una rata algo extraña.

Un ruido en algún lugar bajo las escaleras interrumpió sus pensamientos.

—¿Foskins, es usted? —gritó.

Hubo un instante de silencio, pero luego oyó otro ruido. Un ruido ligero de algo deslizándose. Corrió hacia la puerta y llamó de nuevo a Foskins. Más silencio y finalmente un fuerte ruido sordo que parecía proceder de detrás de la casa. Debajo.

Retrocedió poco a poco por la sala con una mano en la pared para guardar el equilibrio. Enfrente de la cocina había otra puerta que no había visto antes, pero que ahora recordaba de cuando era pequeño. Era la puerta del sótano y no estaba cerrada del todo.

La abrió y dirigió la luz de su linterna por el abrupto tramo de escaleras, pero sólo pudo distinguir una pequeña porción del fondo.

—¿Foskins?

Dio un primer paso hacia abajo, y casi se desvaneció ante el insufrible hedor. Vio que el fondo de la puerta estaba comido. «Si el zoólogo introdujo las ratas mutantes en el país, seguramente las tenía guardadas aquí abajo —se dijo Harris—; y aquí dejó que se reprodujeran, las estimuló incluso a ello. ¿Pero qué le sucedió al científico?

¿Fue muerto por sus propios monstruos? Y una vez muerto nada pudo controlar el rápido crecimiento de la población de ratas. Pero ahora el sótano tiene que estar vacío: las ondas sonoras habrán sacado de allí a las ratas. Y, sin embargo, la rata del coche no pareció afectada por los ultrasonidos. Quizá haya otras ratas como ella. ¿Me voy o sigo?».

Había llegado hasta allí y sería una pérdida real de tiempo interrumpir la investigación. Bajó las escaleras.

Cuando alcanzó el fondo, captó un ligero punto de luz procedente de algún lugar ante él. Buscó la claridad con su linterna, rastreando el suelo, y descubrió muchos objetos blancos esparcidos por el suelo. Descubrió con horror que se trataba de huesos, y que muchos parecían huesos humanos. «Si esto fue un nido de ratas, debieron arrastrar a sus víctimas humanas hasta aquí, para devorarlas con seguridad o quizá para alimentar a sus crías».

Dirigió la linterna a los lados y descubrió jaulas alrededor de la habitación con la tela de alambre reventada y el fondo lleno de paja y más objetos blancos. Dirigió de nuevo el rayo de su linterna hacia la pequeña zona luminosa y entonces comprendió de qué se trataba. Era otra linterna, del tipo de llavero, que proporciona un débil punto de luz suficiente para que una persona encuentre en la oscuridad el agujero de la cerradura. Yacía al lado de un cuerpo y, con el corazón encogido, Harris dirigió la linterna hacia él.

Los ojos sin vida de Foskins miraban brillantemente hacia el techo. Era difícil reconocerle porque había perdido la nariz y tenía toda una mejilla desgarrada, pero Harris supo instintivamente que se trataba del antiguo subsecretario. La parte inferior de su rostro estaba cubierta de sangre y sobre su cuello abierto y carmesí se movía algo. Una rata negra se estaba alimentando: bebía el líquido rojo a tragos cortos y ansiosos. Se detuvo cuando la luz le dio de lleno y dos ojos odiosamente sosegados, amarillos y malignos miraron directamente a la brillante linterna.

Cuando Harris dio involuntariamente un paso atrás, la parte ancha del rayo de luz cayó sobre el resto del cuerpo mutilado. El traje estaba hecho trizas, un brazo parecía casi arrancado del cuerpo. Sobre el pecho desnudo se abría un boquete en el lugar que correspondería al corazón. Otra rata estaba atravesada sobre el cadáver, con la cabeza hundida en los intestinos del hombre sin vida, sin que en su excitación notara la presencia de otra persona. Foskins tenía agarrada convulsivamente con la otra mano una hacha, cuyo filo se hundía en el cráneo de otra rata gigante. Otro bicho estaba muerto al lado.

Parecía como si toda la escena se hubiera petrificado en la mente de Harris, como si sus ojos hubiesen actuado de cámara fotográfica y hubiesen reducido la escena macabra a una instantánea inmóvil fuera del tiempo. Aunque no podía haber quedado inmóvil más de dos segundos, parecía una eternidad, un vacío en el tiempo que no podía medirse en horas o minutos.

Otra cosa empezó a registrarse oscuramente en su mente a través del *shock*. Algo

acechaba en un rincón alejado. Algo hinchado y pálido. Indefinible.

La catalepsia paralizadora quedó rota de repente cuando la rata que estaba sobre el cuello de Foskins se desprendió de él y saltó hacia la luz.

Harris se tambaleó hacia atrás, tropezó con unos huesos y cayó de espaldas. La linterna se le escapó de las manos y saltó rodando por el suelo, sin que por fortuna se apagara. Mientras estaba en el suelo, ligeramente aturdido, se dio cuenta de que no llevaba el casco protector y que también se le había escapado de las manos. Sintió que unas patas pesadas escalaban su cuerpo hacia su rostro desnudo.

Consiguió agarrar a la rata por el cuello cuando estaba a punto de hundir los dientes en su carne. El aliento fétido de las mandíbulas del animal a pocos centímetros del rostro de Harris aumentaron el terror que le dominaba. La rata parecía incluso mayor y más pesada que la especie gigante; era similar a la del coche. Rodó sobre el suelo, desesperadamente, lanzando patadas y acertando felizmente en la cabeza a la otra rata que también se dirigía hacia él.

Apretó la cabeza puntiaguda contra el suelo y la golpeó con su puño libre, pero las garras de la rata se cebaban sobre su cuerpo, le golpeaban a un ritmo furioso y le impedían utilizar su peso para atenazarla. La rata dio una dentellada contra el pesado guante de su mano cuando ésta descendió de nuevo y agarró el material con los dientes. Harris notó que algo acababa de aterrizar sobre su espalda y sintió un agudo dolor cuando el atacante le estiró la cabeza hacia atrás por los cabellos. Rodó de nuevo tratando de aplastar a la rata que tenía en la espalda, pero al mismo tiempo perdió la presa sobre la otra. El sistema dio resultado, pero al apoyarse sobre una rodilla sintió que su pelo se rompía por las raíces.

La primera rata le saltó a la cara, pero consiguió girarla a tiempo, no sin sentir un dolor ardiente al marcarle la mejilla unos incisivos como cuchillas. Con la mano derecha impulsó todavía más a la rata en su vuelo, largándole un fuerte golpe en las ancas que la envió por encima de su hombro y la hizo chocar contra una de las jaulas. Harris hizo un movimiento hacia el hacha que recordaba haber visto en la mano inerte de Foskins; avanzó a gatas hacia ella, como los mismos animales que estaba combatiendo.

Cuando alcanzó el hacha, iluminada por la fantástica luz de su linterna perdida, vio que su mano estaba descubierta, expuesta a los dientes y garras cortantes de los bichos. La estiró casi contra sí, para protegerla con su cuerpo, pero su equilibrio dependía de la mano enguantada. Alargó el brazo de nuevo para alcanzar el arma que podía salvarle la vida y unos dientes afilados se cerraron sobre su mano y la sacudieron furiosamente.

Se puso en pie, gritando, y arrastró la mano hacia sí. La rata cayó al suelo con dos de sus dedos entre las mandíbulas.

Parecía increíble, pero no sintió dolor, porque su mente estaba demasiado aturdida por el terror y la impresión para que el mensaje llegara a su cerebro. Se dirigió dando traspiés hacia la puerta; sólo quería escapar, no le preocupaba ya

Foskins, no le preocupaba derrotar a los bichos, lo único que quería era liberarse de aquella pesadilla. Una de las ratas aterrizó sobre su hombro y le derribó al suelo. Cayó sobre una jaula y rodó hasta detenerse detrás de ella, quitándose de encima en el proceso a la rata. El deseo de acurrucarse, de acostarse y morir, pasó por su mente frenética, pero se puso en pie con un rugido, un chillido, un grito de rabia, nunca supo qué fue, e hizo presa al mismo tiempo en dirección de la rata. La cogió por las patas traseras y la arrancó del suelo. La otra rata le había saltado al muslo y Harris sintió sus mordiscos a través del material del traje protector. La sangre manó cálida y libremente pierna abajo y de este modo comprendió que los dientes habían penetrado el pesado traje. Esto exasperó su furia y le proporcionó la energía necesaria, no la energía de la locura, porque su mente se mostraba ahora fría y calculadora, indiferente al dolor, sino la energía de un hombre que se niega a dejarse vencer por un ser inferior y repugnante.

Giró su cuerpo, arrastrando a la rata que tenía agarrada e ignorando al mismo tiempo a la rata del muslo. Levantó al animal que se debatía, lo más alto que pudo, y lo hizo rebotar con todas sus fuerzas contra la pared. El aturdido animal lanzó un chillido agudo, no muy distinto al de un niño, pero todavía se retorció y giraba en sus manos. La hizo rebotar de nuevo y pudo emitir un gruñido de satisfacción al oír el ruido de los huesos del delgado cráneo que se rompían contra el hormigón. La tiró lejos de sí, lo más lejos que pudo, sin saber si todavía estaba con vida.

Se inclinó luego y tiró de la rata que colgaba de su muslo, pero el dolor se hizo insoportable. Levantó el cuerpo que se retorció y se dirigió a tropezones hacia la figura sin vida de Foskins. Cayó sobre sus rodillas y estuvo a punto de desmayarse con el esfuerzo y el dolor, pero consiguió arrastrarse unos pasos más, desesperadamente. No podría resistir ya mucho tiempo el dolor del muslo. Con un esfuerzo supremo y definitivo llegó hasta el cadáver y cayó sobre él. Su peso obligó a la rata a dejarle, pero el animal se lanzó inmediatamente a otro ataque. Harris rodó hasta quedar de espaldas al suelo, levantó las rodillas y dio una patada con ambos pies. El golpe envió a la rata sinuosamente por la habitación, y le dio tiempo para ponerse de rodillas.

Agarró el hacha y sacó el filo de la rata muerta. Vio con horror que la mano de Foskins aguantaba todavía macabramente el mango. Cogió la muñeca con su mano izquierda herida y con la derecha soltó el hacha. Se volvió inmediatamente y apenas tuvo tiempo de enfrentarse con la bestia negra, que le atacaba con las mandíbulas rezumando espuma y sangre, los ojos reventando de odio. Abatió el hacha para parar el salto y la hoja atravesó directamente el puntiguado cráneo. Aterrizó hecha un paquete ante él, muerta ya pero retorciéndose violentamente. La había decapitado.

Harris se desplomó: su frente tocaba casi al suelo. Un ruido deslizante le devolvió los sentidos. Levantó la vista y vio a la otra rata, la que había proyectado contra la pared creyendo que le había fracturado el cráneo: se arrastraba hacia él. Estaba gravemente herida, casi muerta, pero todavía tenía la energía y el odio necesarios

para irse hacia él, dejando un rastro húmedo de sangre tras de sí.

Harris se arrastró hacia ella y la rata levantó su repugnante cabeza y le mostró los dientes, mientras salía de su garganta algo así como un gruñido. Harris vio que tenía la espalda rota, pero que continuaba adelante, decidida a destruirle.

Cuando la distancia que les separaba se redujo a sólo dos palmos, Harris se puso sobre sus rodillas y levantó el hacha por encima de la cabeza, con ambas manos. Las ancas posteriores de la rata se estremecieron como si intentaran cobrar la energía necesaria para el salto, algo que no podría ya conseguir. El profesor abatió el hacha con estrépito sobre la parte posterior de su cuello: le trituró la columna vertebral y cortó sus arterias.

El profesor, exhausto, cayó como un paquete al suelo.

No supo cuánto tiempo permaneció sin sentido. Tanto podían ser cinco minutos como cinco horas. Se quitó el guante de una mano y miró la hora. Era imposible saberlo con exactitud porque no disponía de referencias para los terribles acontecimientos que precedieron su colapso. El dolor en la mano era ya atroz y superaba las pulsaciones del muslo. Le dolía todo el cuerpo y su mejilla estaba pegajosa de sangre. Un fuerte dolor le obligó a tocarse la oreja y descubrió con espanto que le faltaba el lóbulo.

—Dios mío —murmuró. Pero estaba con vida y una especie de ligereza inundó todo su ser. «Las inyecciones que me dieron evitarán cualquier contagio —se dijo con confianza—. Lo único que me falta es salir de este condenado agujero».

Se sentó y la mano rozó el cuerpo muerto de Foskins. «Pobre hombre —pensó—. Realmente tuvo que emplearse a fondo para poder matar a dos ratas. Bueno, en definitiva descubrió el nido; éste debió ser su punto de partida, la madriguera base».

Un sonido le puso de nuevo en tensión. El miedo refluyó hacia él. «Dios mío, no terminarán nunca». Buscó apresuradamente el hacha, la encontró todavía hundida en el cuerpo muerto de la rata y la recuperó de un tirón.

El sonido era como un gemido, un ruido extraño y maullante. Procedía del otro extremo.

De repente, la mente de Harris recordó el instante en que había descubierto el cuerpo de Foskins. Su cerebro había tomado una instantánea. Había visto en la oscuridad una imagen pálida y borrosa.

Ahora podía oír un ruido de algo deslizándose.

Se arrastró desesperadamente hacia la linterna caída, que por suerte todavía funcionaba, aunque su luz, era cada vez más débil. «¿Tengo fuerzas suficientes para resistir otro ataque?», se preguntó. Lo dudaba. Su intención era recuperar la linterna y luego subir las escaleras y salir a la calle lo más rápidamente posible.

Pero cuando consiguió la linterna y el ataque no se produjo, le entró curiosidad. Dirigió el foco hacia el punto de procedencia de los ruidos. Algo estaba allí, algo blanco o gris, que se movía ligeramente. Dos ojos se reflejaban hacia él. Unos ojos pequeños. Luminosos. Se dirigió lentamente hacia ellos.

Cuando se hubo acercado, todo su cuerpo se puso a temblar, por la repulsión que le causaba aquel espectáculo. Se detuvo a algo más de un metro, resistió el impulso de huir y se obligó a mirar.

Acurrucado en el rincón más alejado, ante él y sobre la paja, rodeado de huesos humanos, yacía el ser más detestable que había visto nunca, despierto o en sueños. En cierto modo se parecía a una rata, una rata grande, mayor, mucho mayor que las demás. Su cabeza era puntiaguda, su cuerpo largo pero obeso, y podía ver una cola larga y gruesa que retorció hacia delante, desde detrás. Pero la semejanza acababa aquí.

Todo su cuerpo parecía pulsar espasmódicamente; estaba casi sin pelo, con sólo unos pocos hilos grises. Su color era completamente blanco, o quizá gris colorado, pero era imposible distinguirlo con aquella luz, y sus venas se transparentaban obscenamente y palpitaban al unísono con los movimientos de su cuerpo. A Harris le sugirió un ojo vaciado, fuera de órbita, enorme e inyectado en sangre. Tragó saliva para detener el inminente vómito.

Miró aquellos ojos ciegos. No tenían pupilas, eran unas simples rendijas amarillas y brillantes. La cabeza se movía a un lado y a otro como si olfateara el aire, pues era el único sistema de que disponía para localizarle. El hedor de la bestia era repugnante, pútrido, casi venenoso. Una forma a un lado de su gran cabeza intrigó a Harris. Haciendo caso omiso de su repulsión se acercó un paso más, porque comprendía que el animal estaba tullido por su propia obesidad.

El bulto era casi tan grande como la propia cabeza y también se meneaba al lado mismo, por el aire. Miró más a fondo, acercando la linterna y vio que parecía... ¡una boca!

«Dios mío. ¡Tiene dos cabezas!». Harris retrocedió con un grito de horror. La segunda cabeza no tenía ojos, pero sí boca y restos de dientes. No tenía orejas: era únicamente un hocico puntiagudo que se retorció y olfateaba.

El maullido de los asquerosos animales se hizo más intenso mientras su cuerpo se debatía pesadamente en la cuna de paja. Pero era incapaz de moverse. Intuía el peligro y sabía que no tenía escapatoria. Las ratas gigantes que «Harris y Foskins habían combatido eran sus guardianes. La guardia del rey. Pero ahora estaban muertas y él sin protección. Vulnerable.

Con un gemido Harris levantó el hacha y se tambaleó hacia el monstruo, asustado pero sabiendo que tenía que matarlo, sabiendo que no podía dejarlo en mano de las autoridades porque lo conservarían con vida y estudiarían su monstruosidad, su rareza; sabía que no podría dormir ya tranquilo si no acababa con él. Y si el animal tenía que morir, él sería su ejecutor.

Se lanzó hacia delante y la ciega criatura intentó apartarse. Pero su glotonería y su dependencia en relación a sus súbditos la perjudicaron. Era demasiado pesada, demasiado vieja, demasiado desguarnecida.

El cuerpo reventó como una gran pelota llena de sangre oscura y roja. Harris

quedó empapado en el fluido espeso y pegajoso, pero continuó golpeando a la carne pulsante, con una rabia que nunca había sentido.

—¡Por todos los que han muerto por culpa tuya! —gritó al animal moribundo—. ¡Por la gente buena, por los malos, por los inocentes, por las ratas como tú! —Tajó las cabezas y mató los dos cerebros que habían dominado a las otras ratas—. ¡Y por mí! Para que yo sepa que siempre podremos acabar con una basura así.

Hundió de nuevo el hacha en el lomo combado del animal con un último impulso, luego cayó de rodillas y rompió a llorar.

Pronto se secó los ojos y se puso en pie. Miró por última vez el montón de carne asquerosa, se volvió y atravesó tambaleándose el sótano, no sin mirar a su lado el cuerpo de Foskins, pero incapaz ya de sentir ninguna emoción.

Escaló penosamente las escaleras y salió por la cocina a la luz del sol. Se detuvo un momento al borde del canal y al ver las nubes de gas que pasaban por el cielo azul y brillante se sintió seguro, porque el gas estaba cumpliendo su objetivo mortal. Respiró profundamente para eliminar el penetrante olor del sótano que llevaba metido en las narices. Se encogió al sentir el dolor de su mano y examinó los muñones de los dedos. Su corazón se estremeció de repente por Judy. Y por la gente. Quería estar entre ellos.

Se volvió y regresó por el camino: su cuerpo ya no temblaba y el sol lo estaba calentando. Pasó por el boquete y salió a la calle, subió cansadamente a su coche y tras arrancar se alejó de la vieja casa.

EPÍLOGO

La rata quedó atrapada en el sótano durante cinco días. Se había arrastrado hasta un rincón oscuro tras una fila de estantes para dar a luz a su camada y cuando intentó seguir el sonido que resonaba dentro de su cabeza encontró el camino bloqueado por una pesada puerta de hierro. El sonido continuó durante cinco largos días y estuvo a punto de volver locos a la madre y a sus diminutas crías con su tono incesante y monótono. Pero encontraron comida en abundancia en el sótano, porque los propietarios habían ignorado la orden del gobierno de dejar todas las puertas abiertas para que se vaciaran de bichos todos los edificios. Sabían que cuando la población de la ciudad regresara a sus hogares tras el corto exilio la comida sería escasa en los primeros días, y su tienda estaría preparada para aprovecharse de la escasez. La rata y sus crías se atracaron de comida, porque los jóvenes sólo parecieron necesitar la leche de su madre en los tres primeros días y luego prefirieron satisfacerse con los alimentos que encontraban a su alrededor. Cada día crecían en tamaño y en fuerza; su color era casi marrón oscuro, porque empezaban a crecer los pelos negros sobre su cuerpo. Excepto uno de ellos. Sobre su cuerpo rosado, casi blanco, aparecieron unos pocos pelos blancos. Parecía que dominaba a los demás, que le traían comida y calentaban su cuerpo con los suyos. Un curioso bulto parecía crecer sobre su hombro ancho y desproporcionado, al lado de la cabeza.

Esperaron pacientemente que la gente regresara.



JAMES HERBERT (Londres 1943 - Sussex 2013) escritor inglés de terror. Estudió en el Hornsey College of Art, y trabajó como cantante y posteriormente como director artístico de una agencia de publicidad, hasta que en 1977 decidió dedicarse por completo a la escritura. También diseñó sus propias portadas de libros y publicidad.

Sus novelas de terror han sido traducidas a numerosos idiomas, y ha vendido decenas de millones de copias. Lanzó una nueva novela prácticamente cada año desde 1974 hasta el 88, escribió seis novelas en la década de 1990 y lanzó tres nuevas obras en la década de 2000.